

# LETRAHERIDOS

AÑO 8 NÚM. 48 AGOSTO 2026 BIMESTRAL

REVISTA DE LIBROS Y CULTURA



## ESPECIAL

**VI CONCURSO DE RELATOS LETRAHERIDOS**

⌘ERA UNA FIESTA⌘

**David Blázquez Aguirre  
Emilio Albacete Tabernero**

## **Y OTROS CUENTOS DE**

**Gustavo Ruggerio, Rocío González Pastoriza, Abigail (Seudónimo),  
Javier Moises Rentería Hurtado, Ariadna Ariz Constans, Maroua Bensfia khiyat,  
Tomás Rodríguez Castro, Lucía Machiarena Silveira, Ana María Abad García,  
Cyntia Paola Ocampo Quiñónez, Milagros Antonella Corallo Bao, Florencia Gómez Correa,  
Waldemaro González, Emanuel Elías Sánchez, Luis Fernando Sánchez Cáceres,  
Raúl Lara Molina, Barbarella González Acevedo, Gabriela Mayer, Tepeztate (Seudónimo),  
Javier Prieto, Juan Pablo De Velasco Macias, Lourdes Aso Torralba, Manuela Gómez García,  
Piedra del Gallo (Seudónimo), Alejandro Martín Revilla, Miguel Angel Sánchez Romero,  
Raquel Martínez Rodríguez, Ángel Mecerreyes Sancho, Carlos Caprioli,  
Doris Yadira Guevara Bernal, Sergio Carrasco Ruiz, Ana Isabel Martín Ferrero,  
Lou W. Morrison y Fernando Armas Pérez**

# SEGUIMOS CON LA IA



JUAN PABLO FUENTES

Aunque las bases de nuestro concurso son muy claras, nos llegan muchos relatos que no las cumplen. Siempre hemos pensado que debe haber servicios que se dedican a mandar textos automáticamente a cualquier concurso que aparezca sin tener en cuenta las bases. A nosotros nos toca, por tanto, separar el grano de la paja. Afortunadamente disponemos de herramientas informáticas que evitan que lo tengamos que hacer a mano.

La aparición de la IA está cambiando las reglas en todos los ámbitos, también en el de la escritura. En Amazon, antes de la aparición de ChatGPT, se publicaban aproximadamente 80 000 libros al año. Ahora son 300 000 y subiendo. La compañía ha tenido que implementar limitaciones de subida por autopublicación para evitar una avalancha. Vistas las cifras, solo lo ha conseguido parcialmente.

En nuestro concurso también estamos sufriendo por la aparición de la IA. El año pasado ya empezamos a sufrirlo y me quejé en un editorial. La cosa ha empeorado. Hemos recibido más relatos que nunca y muchos cumplen los requisitos generales de máximo de palabras e inclusión de la frase. Por desgracia, no hemos incluido ningún apartado relativo a la prohibición del uso de herramientas de IA para la generación de los textos y nos hemos encontrado un porcentaje

importante que nos han resultado muy sospechosos.

Insistimos, los relatos generados por IA tienen estructuras muy reconocibles que se identifican fácilmente. Hay páginas que permiten detectar si es así o no de una manera fiable. Además, si no tienes una mirada interesante sobre la realidad, el uso de estas herramientas tampoco te lo va a dar. Ni se imaginan lo insulsos que son esos relatos, tanto en el contenido como en la forma.

En una tertulia literaria en la que hablábamos de estos temas hicimos la broma de no leer libros escritos a partir de 2022 por si contenían trazas de IA. Hay gente que defiende su uso para hacer correcciones ortotipografías, explorar ideas argumentales o buscar frases diferentes. Si esto es lícito o no, es un debate que está ahora mismo de actualidad y que no vamos a desarrollar aquí. El tiempo nos dirá.

Pero sí que queremos lanzar este aviso a navegantes. En la próxima edición de nuestro concurso quedará prohibida la utilización de este tipo de herramientas y tenemos métodos automáticos de calidad para detectarlos. Así que, por favor, no nos hagan perder el tiempo y la salud mental enviando relatos sin alma. De momento, preferimos leer los que han sido escritos por manos humanas. En el futuro, ¿quién sabe?

—LH



# HERINDÍCETRA



## Revista Letraheridos.

Revista de libros y cultura.

Año 8. Número 48. Agosto 2026

### Con textos de

David Blázquez Aguirre. Emilio Albacete Tabernero. Gustavo Ruggerio. Rocío González Pastoriza, Abigail (Seudónimo). Javier Moises Rentería Hurtado. Ariadna Ariz Constans. Maroua Bensfia khiyat. Tomás Rodríguez Castro. Lucía Machiarena Silveira. Ana María Abad García. Cyntia Paola Ocampo Quiñón. Milagros Antonella Corallo Bao. Florencia Gómez Correa. Waldemaro González. Emanuel Elías Sánchez. Luis Fernando Sánchez Cáceres. Raúl Lara Molina. Barbarella González Acevedo. Gabriela Mayer. Tepeztate (Seudónimo). Javier Prieto. Juan Pablo De Velasco Macías. Lourdes Aso Torralba. Manuela Gómez García. Piedra del Gallo (Seudónimo). Alejandro Martín Revilla. Miguel Ángel Sánchez Romero. Raquel Martínez Rodríguez. Ángel Mecerreyes Sancho. Carlos Caprioli. Doris Yadira Guevara Bernal. Sergio Carrasco Ruiz. Ana Isabel Martín Ferrero. Lou W. Morrison. Fernando Armas Pérez

### Editores

Juan Pablo Fuentes  
J. Casri  
S. Bonavida Ponce

### Editora web

Montse González de Diego

### Maquetación:

S. Bonavida Ponce

### Logo Ediciones Letraheridas:

Xavi Oribe

### Gracias a Calàbria 66:

Espacio vecinal para actividades culturales.

ISSN: 2696-4376

La descarga y lectura de esta publicación es responsabilidad exclusiva de cada lector. Los creadores no se hacen responsables de los contenidos de sus colaboradores. Cada autor asegura que los textos son de su autoría y expresan únicamente sus fantasías y opiniones. La lista de libros recomendados, los nombres de autores, así como los datos de libros, precios y editoriales, pueden contener errores.

Ediciones Letraheridas 2020 ©

# 01

## EL EDITORIAL

Juan Pablo Fuentes

¡Nos come la IA!

# 05

## BASES VI CONCURSO LETRAHERIDOS

# 06

## APUNTES

Notas para esta edición

S. Bonavida Ponce

# 08

## CITAS

¿Qué te hace ser una persona letraherida?

# 10

## GANADOR

DETENCIÓN DE LOS RÍOS

David Blázquez Aguirre

# 13

## ACCÉSIT

SIMETRÍAS

Emilio Albacete Tabernero

# 16

## RESTO RELATOS

ALMA DE MADRUGADA

Gustavo Ruggerio

INVENTARIO DE INVIERNO

Rocío González Pastoriza

DONDE LA TIERRA SE QUIEBRA

Abigail

(Seudónimo)

# 10

Detención de los ríos



# 13

Simetrías



# 16

Alma de madrugada



# 19

Inventario de invierno



# 21

Donde la tierra se quiebra



# 22

El misterio del peso de la virgen





**25**

Bebida de luz  
de luna



**26**

Volver a la  
casa que dejé



**29**

La rebelión  
inesperada del  
prado



**31**

Lo que no se  
celebra



**32**

Esto no es  
Narnia



**35**

Estrellita del  
salón

EL MISTERIO DEL PESO DE LA  
VIRGEN

**Javier Moises Rentería Hur-  
tado**

BEBIDA DE LUZ DE LUNA  
**Ariadna Ariz Constans**

VOLVER A LA CASA QUE DEJÉ  
**Maroua Bensfia khiyat**

LA REBELIÓN INESPERADA DEL  
PRADO

**Tomás Rodríguez Castro**

LO QUE NO SE CELEBRA  
**Lucía Machiarena Silveira**

ESTO NO ES NARNIA  
**Ana María Abad García**

ESTRELLITA DEL SALÓN  
**Cyntia Paola Ocampo Quiñó-  
nez**

LA RELATIVA JOCOSIDAD DEL  
CUARTO DEL FONDO  
**Milagros Antonella Corallo  
Bao**

ERA UNA FIESTA NADA MÁS  
**Florencia Gómez Correa**

REFLEJO  
**Waldemaro González**

EL OJO QUE PARPADEA  
**Emanuel Elías Sánchez**

EL MINISTERIO DE LOS SUEÑOS  
**Luis Fernando Sánchez Cáce-  
res**

EL DÍA QUE MURIÓ LOU REED  
**Raúl Lara Molina**

ENTREACTO  
**Barbarella González Acevedo**

FECUNDA  
**Gabriela Mayer**

LA INEXORABLE CIRCUNSTANCIA  
**Tepeztate**  
(Seudónimo)

LOS JARDINEROS DE LA MEMORIA  
**Javier Prieto**

OJOS VIEJOS AL ATARDECER  
**Juan Pablo De Velasco Ma-  
cias**

CASILLA OCUPADA  
**Lourdes Aso Torralba**

EL GASCÓN DE 1873  
**Manuela Gómez García**

AL FINAL  
**Piedra del Gallo**  
(Seudónimo)

CRUELDAD REFINADA  
**Alejandro Martín Revilla**

EL RUIDO  
**Miguel Angel Sánchez Rome-  
ro**

LA SIEMBRA DEL AIRE  
**Raquel Martínez Rodríguez**

EGO TE ABSOLVO  
**Ángel Mecerreyes Sancho**

NO ES FÁCIL  
**Carlos Caprioli**

AFTER  
**Doris Yadira Guevara Bernal**

NADIE ME CORRE  
**Sergio Carrasco Ruiz**

LA ÚLTIMA HABITACIÓN  
**Ana Isabel Martín Ferrero**

VIDA DE PERROS  
**Lou W. Morrison**  
(Seudónimo)

UN NUEVO COLEGIO  
**Fernando Armas Pérez**

# VI CONCURSO LETRAHERIDOS



*\*Un recordatorio de lo que fueron las Bases.*

1. Los organizadores, el Grupo Letraheridos, concederán un premio al relato ganador con una dotación de 100 euros y un accésit de 50 euros.
2. El relato se enviará desde el siguiente formulario de Google Forms: <https://forms.gle/7XZAUG38gZShod248>
3. La temática del relato será libre.
4. En el texto del relato debe aparecer explícitamente la siguiente frase: «*era una fiesta*».
5. Los participantes podrán residir en cualquier país del mundo.
6. Los participantes deberán ser mayores de dieciocho años.
7. Solo se aceptará un relato por persona.
8. Las obras tendrán una extensión máxima de 2000 palabras. No hay extensión mínima. Para el conteo de palabras se tendrá en cuenta título, seudónimo, numeración de páginas y cualquier palabra o número que aparezca en el documento enviado.
9. El relato se enviará en formato PDF. Se recomienda usar Times New Roman, tamaño 12 e interlineado doble.
10. Las obras se presentarán con seudónimo. En el encabezado de la primera página del relato se indicará, en este orden, el título del relato y el seudónimo del participante. Desaconsejamos numerar las páginas y añadir información extra en encabezados y pies de página, pues todo ello contará para la extensión máxima de palabras.
11. Solo se admitirán relatos escritos en castellano.
12. El relato presentado no tiene por qué ser inédito, puede haber sido publicado previamente en redes sociales, blogs, antologías o en cualquier otro medio. Únicamente quedan excluidos los relatos que hayan resultado ganadores en concursos o certámenes literarios.
13. Desde el formulario de Google Forms se adjuntará un único archivo en PDF y los datos de plica se introducirán directamente en el formulario de Google Forms anteriormente citado.
14. El nombre del archivo PDF del relato debe contener el título del relato seguido de un guion bajo y el seudónimo.  
Por ejemplo: si tu relato se titula El bosque verde y tu seudónimo es Robin Hood, entonces, el nombre del fichero del relato resultante será:  
«El bosque verde\_Robin Hood.PDF».
15. Al final del formulario de Google Forms se puede leer la política de protección de datos.  
Ver al final de las bases enlace a la Política de protección de datos.
16. El plazo máximo de admisión de relatos estará abierto hasta el 31 de enero de 2026 a las 20:00:00 hora española peninsular.
17. El jurado será designado en su momento por el Grupo Letraheridos.

18. El fallo del jurado tendrá lugar durante el mes de marzo de 2026 y será inapelable.
19. El ganador y accésit se anunciarán públicamente después del fallo y en la mayor brevedad posible en las redes sociales del Grupo Letraheridos.
20. Ganador y accésit ceden sin exclusividad la explotación de su relato al Grupo Letraheridos para ser publicado en la página [www.letraheridos.es](http://www.letraheridos.es), en la Revista Letraheridas y Letraheridos y en las redes sociales asociadas.
21. Los participantes se responsabilizan del cumplimiento de las disposiciones legales vigentes en España en materia de propiedad intelectual y del derecho a la propia imagen, declarando responsablemente que la difusión o reproducción de la obra en el marco del presente concurso no lesionará o perjudicará derecho alguno del participante ni de terceros.
22. No se mantendrá correspondencia con los concursantes.
23. Cualquier costo derivado de transferencias o porcentajes bancarios serán deducidos del importe total del ganador o del accésit.
24. La participación en el concurso implica la aceptación de las presentes bases. El incumplimiento de alguna de ellas dará lugar a la exclusión en el presente concurso.
25. Cualquier situación excepcional no recogida en estas bases será analizada, tratada y resuelta por los responsables del Grupo Letraheridos.

**Organizador: Grupo Letraheridos**

[www.letraheridos.es](http://www.letraheridos.es)

**Patrocinador: Ediciones Letraheridas**

<http://www.letraheridas.es>

**Patrocinador: Un tranquilo lugar de aquiescencia.**

[www.untranquilolugardeaquiescencia.com](http://www.untranquilolugardeaquiescencia.com)

**Política de Protección de datos**

<http://letraheridos.es/politica-de-proteccion-de-datos-concursos/>



# NOTAS PARA ESTA EDICIÓN



S. BONAVIDA PONCE

¿Dónde se quedó la fiesta? Resulta curioso leer como cada año hay un *leitmotiv* que, por motivos desconocidos para el jurado, se repite a lo largo de varios textos en el concurso. Este año, ese tema central y repetitivo, se materializó en algo inesperado, una docena de relatos con tanatorio como escenario, un muerto y el familiar (o familiares) con sus reflexiones acerca del muerto y de la muerte. ¿Qué clase de resortes se disparan en la mente lectoescritora para que una premisa, «Era una fiesta», aparentemente jocosa, de corte *Hemingwaynia-no*, acabe en un velatorio?

Leí en un libro de ensayos, «Imágenes distópicas: representaciones culturales» (Ed. Catarata), que la literatura no puede ser más (ni menos) que el reflejo de los tiempos que la función autorial, en toda su fisicidad corporal, experimenta: noticias, medios, streaming. A esa evidencia ensayística se le sumó la estadística de Naciones Unidas que emitió un informe en 2018 sobre un repunte de las guerras: «en 2016, la cantidad de países que se vieron afectados por conflictos violentos alcanzó el nivel más alto registrado en casi 30 años», si a esta estadística le sumamos los estúpidos líderes mundiales, los tecnócratas de los años de Star Trek y, como no, la omnipresente IA, el resultado no podía ser naturalmente satisfactorio para lo que nos ocupa, que no es más que escribir y leer.

En ese apartado tan peliagudo que representa la IA para la creación de textos he de reconocer (personalmente) que: a) o bien la IA ha mejorado mucho (algo sí), o b) quien la usa para creación exclusiva de texto ha mejorado en su manejo. Ambas opciones, a) y b), no son, por razones obvias, excluyentes, pero que nadie se lleve a engaño, la IA todavía no ha mejorado tanto a nivel literario. Hay una diferencia abismal entre un texto bien estructurado (casi excelente ortografía y gramática) pero carente de alma, y uno escrito por un escritor novel (con sus fallos y aciertos), pero con mensaje, sentimiento y, si se me apura el lado más místico, alma (substituya aquí cada lector la incógnita, Y=«alma», por la palabra que mejor le evoque una buena impresión lectora).

La crítica a la anterior observación es evidente, la pericia del escritor hace que el texto sea más o menos interesante, pero somos de media unos ocho miembros en el jurado y créanme cuando les digo que, si a seis de nosotros un texto nos apesta a IA, es porque es IA. Al jurado nos encanta comentar entre nosotros los textos porque si algo nos define como *letraheridas* es nuestro amor por las palabras y los relatos. Así, cuando leemos un texto estructuralmente bien creado, pero sin la necesaria incógnita Y... Nos asaltan todas las alertas: «¡Ais! ¿será IA?».

Lo dejó escritor Stephen King en su libro «Mientras escribo», el lector siempre es más agudo que el propio escritor.

Quizá en un futuro, no muy lejano, todo el arte se cree por IA, robots creando esculturas, lienzos creados con brazos robóticos y literatura *postIA* creada por algoritmos mejorados que hayan implementado una función llamada *public void funcion Alma(...)* que permita recrear eso que, hasta el momento, no se ha conseguido. A los escritores que no usan IA en la creación literaria, les mando mis felicitaciones por el enorme trabajo que requiere armar un buen texto sin *agentes externos*.

Un año más, te animo a que, si lees estas líneas, te decidas a participar el año que viene. Aquí tienes tu hueco. Gracias por formar parte de esta gran familia letraherida. Saludos muy cordiales, compañeras y compañeros letraheridos. —LH



## NÚMERO RELATOS



**554**

relatos  
totales  
recibidos.

## RELATOS VÁLIDOS



**407**

relatos  
válidos.  
(73%) cumplen  
las bases.

## JUVENTUD VS VETERANÍA



La autora con  
más veteranía  
nació en 1931.  
(Colombia)



El autor/a de  
menor edad  
nació en 2004.

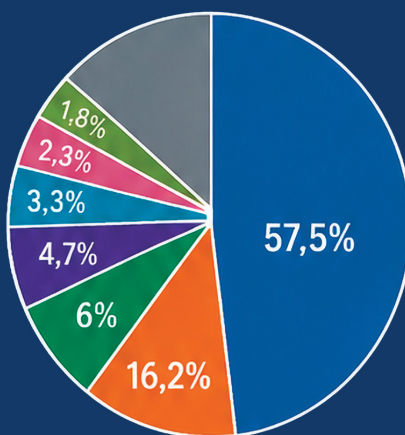
## MEDIA DE EDAD



La media  
de edad es de

**49**  
años.

## PARTICIPACIÓN POR PAÍS



|             |       |
|-------------|-------|
| ● España    | 57,5% |
| ● Argentina | 16,2% |
| ● México    | 6%    |
| ● Colombia  | 4,7%  |
| ● Venezuela | 3,3%  |
| ● Perú      | 2,3%  |
| ● Cuba      | 1,8%  |
| ● Resto     | —     |

## PARTICIPACIÓN SEGÚN GÉNERO



**61%**  
Autor



**38%**  
Autora



**1%**  
Prefiero no decirlo



## PALABRAS

El concurso permitía un texto  
máximo de 2000 palabras, así,  
el promedio de palabras por  
relato enviado fue de

**1629** palabras.

# ¿QUÉ TE HACE SER UNA PERSONA LETRAHERIDA?

«Supongo que soy una persona letraherida porque encuentro en las palabras un lugar donde entender lo que siento. Leo y escribo para ordenar el caos, para no tragarme lo que me pesa y para descubrir lo que todavía no sé de mí».

(Maroua Bensfia khiyat)

«Buscar llenar lo infinito, con algún libro que me haga compañía».

(Joaquín Díaz Majluf)

«Lo que me hace ser una persona letraherida es la necesidad de comprenderme y comprender el mundo a través de las palabras. Escribo porque hay cosas que no sé decir de otro modo, porque la escritura me permite ordenar lo vivido, nombrar lo que duele y dar forma a lo que permanece en silencio. Las palabras han sido refugio, herramienta y espejo, una manera de no pasar intacto por la realidad y de dejar constancia de lo que me atraviesa».

(Benjamín Arlex Segovia Bahamondes)

«La vida es demasiado dura como para no escribir».

(Ernesto Hernández Noa)

«La literatura es para mí un bien de primera necesidad».

(Íñigo Lapetra Murcia)

«Soy una persona letraherida porque al escribir todavía intento descubrir qué es más peligroso: mentir o soñar».

(Alejandra Karina Susanibar Cari)

«Soy letraherida porque las palabras me enseñan a ver el mundo de otra manera y a transformar lo que siento en historias».

(Francisco Cayuelas Carbonell)

«Porque vivo en la palabra; ahí encuentro sentido a cada cosa que hago, siento o pienso».

(Melisa Giovana Peinado Ibarra)

«La única constante en mi vida han sido las letras».

(Lucía Ródenas Feit)

«Me considero una persona letraherida porque soy incapaz de concebir el mundo sin tener la literatura como medio de expresión de mi rabia, mi dolor y mi indignación. Sólo en los textos considero que puedo darles sentido a los recuerdos que me han marcado y solo a través de la escritura soy capaz de purgar lo que siento».

(María Fernanda Villamil Toro)

«La necesidad de entenderme y entender el mundo a través de las palabras. Leo y escribo no para evadirme, sino para poner nombre a lo que duele, a lo que no encaja y a lo que aún no sé decir en voz alta».

(Mariola Valderraín Navarro)

«Escribir se volvió una función vital más, tanto que no hacerlo sería como dejar de respirar».

(Yohana Pizarro Castro)

«Una cronista de la belleza herida».

(Mónica Alejandra Valdés Aparicio)

«Toda existencia es transitoria, las palabras son imperecederas».

(Gabriela Casañas Aguiar)

«La palabra se me escapa, nunca la atrapo, por eso soy una persona letraherida».

(Gemma Gómez Rivas)

«Leo buscando algo que no soy capaz de nombrar».

(Marina Fueyo Rodríguez)

«El amor por las palabras y sus hondos reflejos».

(Pedro Mateos Simón)

«Ser letraherida es mirar con atención y sentir la necesidad de escribir lo que a veces no se sabe decir en voz alta».

(Joselyn Sepúlveda Salgado)

«Desde que era niña me refugié en la literatura para entender, afrontar un mundo que no comprendía, que nunca sentí mío. Las letras son parte de mi vida, de mi día a día».

(Carmen Carolina de las Mercedes López García)

\*Una pequeña preselección de algunas citas.

«El poder de transformar una lágrima en arte».

(María Iglesias Pantaleón)

«Escribir es la única forma de hacer real lo que en mi cabeza habita».

(Michel Palencia González)

«Sangro porque he de sangrar. Respiro porque he de respirar. Escribo porque he de escribir».

(Pablo D. Tapia)

«La necesidad de vivir mundos infinitos a través de la imaginación».

(César Mateu)

«Porque muchas veces encuentro en las palabras lo que la realidad no sabe decir».

(Antonio Jesús Carrión Jiménez)

«Soy una persona letraherida porque las palabras me atraviesan, me incomodan, me interpelan y, a veces, me salvan. Es aceptar que las palabras dejan marcas y, aun así, seguir buscándolas».

(Enzo Albino García Flores)

«La literatura me salvó tantas veces que no sería capaz de contarlas».

(Natalia Yagüe Marco)

«La literatura es un estado del alma y un estilo de vida. Creo que podemos encontrar en ella las formas para ser humanos y para mejorar como personas. Soy una persona letraherida porque me apasiona la literatura en todas sus formas».

(María Sofía Abarca)

«Soy una persona letraherida porque entiendo que las palabras no solo cuentan historias: también revelan las heridas que el tiempo nos dejó y las que aún no nos atrevemos a nombrar».

(Luis Fernando Arisa Garro)

«No poder decir o hacer todo lo que quiero, por lo que le dejo ese placer a los personajes de mis cuentos».

(David Bravo Durán)

«Soy letraherida porque la escritura me salvó. Fue mi forma de resistir y de sanar».

(Nerith Rocio Elejalde Cadena)

«Soy una persona letraherida porque sin palabras simplemente no existo».

(Ramiro Javier Alvaro)

«Soy letraherida porque las palabras me atraviesan, me transforman, y a veces me duelen. Pero ya no sé vivir sin esa herida».

(Lucía Machiarena Silveira)

«Usar las palabras para mirar de frente lo que duele, lo que vuelve, lo que insiste. Escribir no para curarme, sino para no fingir que ya estoy bien».

(Matías Lebrante)

«Me hace letraherido convertir recuerdos, pérdidas y silencios en historias».

(Nicolás J. Marinelli)

«Cada libro que he leído me ha dejado una cicatriz palpitante».

(Joan Machado)

«Soy letraherido porque las historias son lo único que flota cuando la realidad decide hundirse».

(Emanuel Elías Sánchez)

«Escribo para explotar la realidad, destruirla y reconstruirla».

(Jorge Armando Pérez Torres)

«La necesidad de contar historias».

(Estanislao Pan García)

«Me hace ser una persona letraherida la intensidad con que vivo, y cuento mis historias».

(Barbarella González Acevedo)

«Escribo hasta que duele: exilio, violencia, tiempo y cordura».

(Roberto Franco Alba)

# DETENCIÓN DE LOS RÍOS



**DAVID BLÁZQUEZ AGUIRRE**

**Ganador**

[www.instagram.dblazqueza](http://www.instagram.dblazqueza)

*a Sandra Kočović,*

**R**esultó entonces que los ríos se detuvieron. A mí la noticia me cogió de viaje, en un país extranjero, y a ti, no sé.

Se nos dijo, con prontitud (¡qué palabra!), que no había porqué preocuparse. Qué principales expertos en física y contrastados técnicos en hidrología fluvial estudiaban el fenómeno. Que se evaluarían los pros y los contras de la situación, si es que hubiera también algún contra que evaluar. Esas cosas se nos dijeron.

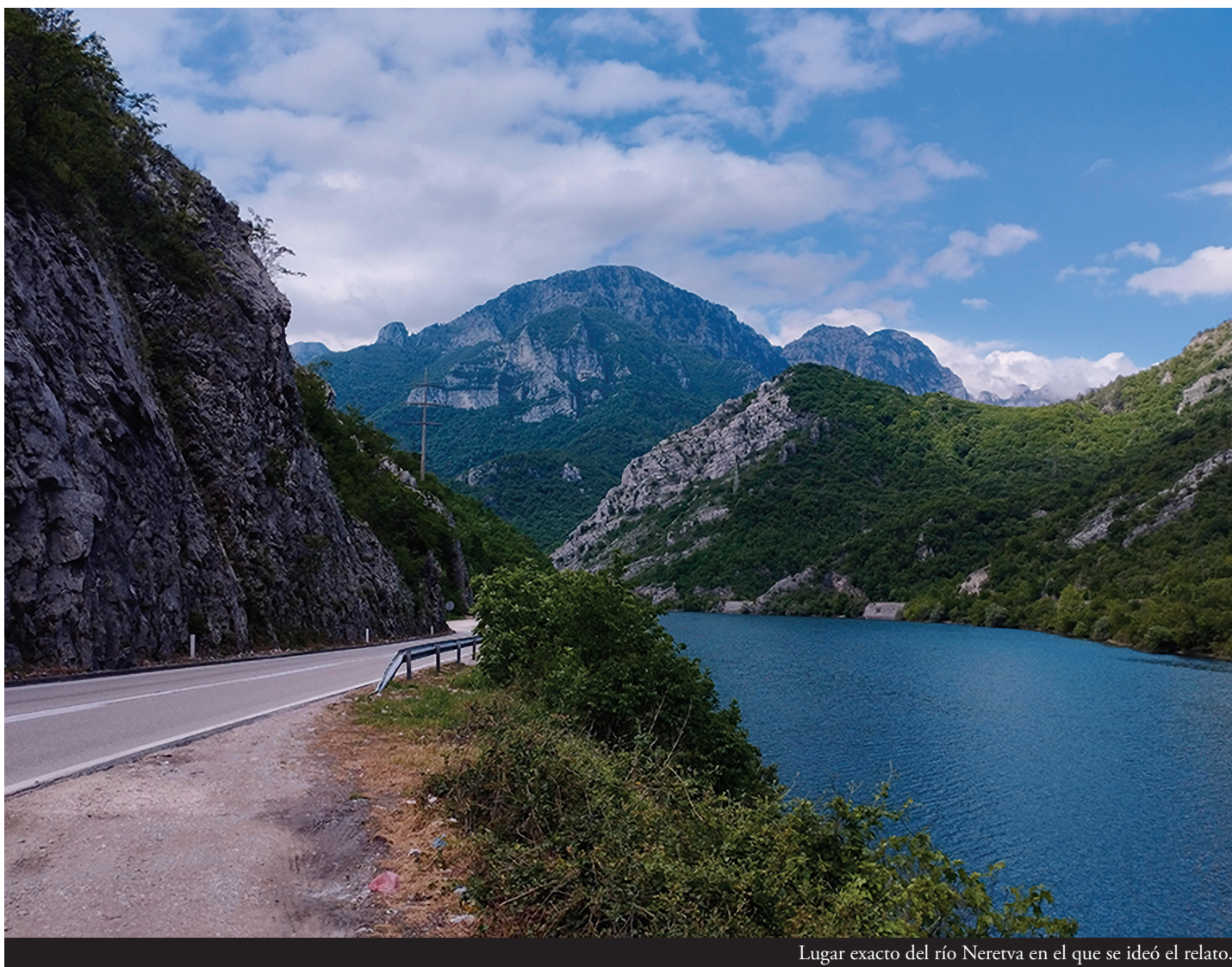
En aquel momento, en el momento en que los ríos se detuvieron, yo iba conduciendo por una angosta carretera de montaña, y fue al cruzar un pequeño puente y cambiar de un margen a otro del río, cuando algo en el paisaje llamó mi atención, cuando me di cuenta de que algo extraño sucedía. Dejé el coche de alquiler orillado unos metros más abajo y salí a ver. Al momento, otro coche se paró detrás del mío, y otro más también se paró, y otro. Y también otro que venía en dirección contraria y que quizás debió pensar en que si algún accidente. Y así, de pronto, el arcén de la carretera se llenó de gente caminando en silencio hacia el puente que habíamos dejado unos metros atrás. Y esa fue la manera en que nos dimos cuenta de que el río se había detenido.

Yo no entendía una palabra de aquel idioma tan diferente al mío, pero creo que debían decirse unos a otros cosas parecidas a: 'mira, parece que el río se ha detenido, pues sí, eso parece, el agua no corre, se ha detenido, este río... yo soy de por aquí, de cerca de Konjic, y nunca lo he visto detenerse, y yo, yo también soy de aquí, de dos pueblos más abajo y mi mujer también lo es, y también pasa por nuestro pueblo el río, que tenemos un puente con celosías de acero desde el que damos de comer a los patos, y jamás lo vimos detenerse ni creo que nunca nadie, ni los más viejos, nos contasen que se hubiera detenido'. Luego alguien sacó un paquete de tabaco y fue ofreciendo cigarrillos y el mechero pasó de mano en mano y alguien me preguntó que yo, que de dónde, y yo dije, en aquel idioma, como pude, que español, y luego hice un gesto como diciendo que en España yo tampoco había visto nunca detenerse un río y que al igual que ellos, también yo estaba sorprendido, y parecieron entenderme. Y fue entonces que se me ocurrió sacar el teléfono y alzando la mano como pidiendo un momento de silencio (y quizás también para adquirir un poco de protagonismo) llamé a España, a mi hijo mayor, y tras una breve conversación y después de colgar, acerté a decir, no sin cierta teatralidad, 'also in Spain rivers have stopped, even the Ebro', y alguien tradujo, y nos miramos unos a otros y nos encogimos de hombros y seguimos fumando nuestros cigarrillos en silencio.

Esa misma noche los principales ríos se llenaron de focos y cámaras de televisión, y presentadores con estupendos trajes informaron intrépidamente desde el corazón de los hechos, siempre con el asesoramiento de especialistas en la materia que entraban en antena desde los estudios centrales. Y fue así, que aprendimos palabras como lecho, cauce, caudal, calado, tensión superficial o régimen laminar. Y se nos enseñó, también, para una mejor adaptación a la nueva situación, que si meto la mano en el líquido me sigo mojando y que si introduzco una botella y la desplazo por el interior del líquido la sigo llenando y que una moneda... que una moneda, sin importar si es de cincuenta céntimos, de un euro, de un dinar o de un marco convertible, no reúne las condiciones necesarias de flotabilidad y se sigue hundiendo y que hay que ser precavido, si no queremos perder nuestra moneda.

Y en los días siguientes, mientras las autoridades seguían evaluando, ahora sí de forma coordinada entre los diferentes organismos competentes, los pros y los contras, si es que hu-





Lugar exacto del río Neretva en el que se ideó el relato.

biera también algún contra que evaluar, los ríos se llenaron de familias con cestas de mimbre y niños con flotadores homologados. Y aquello era una fiesta, y qué risas, y vaya forma de chapotear y cuantas fotos y recuerdos de los que no se olvidan y se comparten en instagram. Los adolescentes se miraban entre ellos de reojo tras las gafas de sol y se sonrojaban al descubrirse observados y buscaban alguna excusa para extraviarse a solas un poco más arriba, en el camino, entre los árboles. Las madres y los padres hablaban en sus corrillos de las mismas cosas que el fin de semana anterior y que el anterior a este, y los jubilados se sentaban sobre alguna roca y metían tranquilamente los pies en el agua, que ahora, sin la corriente, mucho mejor, así sí se puede bañar uno.

Los lunes en la oficina no-se-hablaba-de-otra-cosa, con que gracia se ha detenido el Tajo, y el Sava, y el Drina, y el Neretva bajo el puente de Mostar, que están como de postal, cuanto le hubiese gustado a mi padre ver esto, lo pronto que se nos fue,

a mí desde pequeña que me han atraído mucho los ríos, yo soy piscis y acuario, y estoy por el amor líquido, y las redes llenas de selfies, hashtag river, cuido mi pelo con champú de agua de río, este año iremos de vacaciones a un río de montaña muy poco conocido que la tienda más cercana está a.

Y así fueron pasando los días. Y tú debías observar cosas parecidas a las que observaba yo.

Pero con el tiempo las cosas empezaron a ponerse verdes, pues verde es el color que toma el agua cuando empieza a pudrirse. Y aparecieron los primeros peces flotando sobre las aguas detenidas. Y entonces se nos enseñó que el exceso de nutrientes y de materia orgánica acaba produciendo una densa película de algas sobrenadantes, que no dejan pasar la luz del sol y que acaban conduciendo a una pérdida del oxígeno disuelto en el agua y finalmente a la putrefacción de esta, y que eso se llama eutrofización. Y como diminutivo le llamamos eutro, hashtag eutro, y empezamos a utilizar expresiones como



gente eutro, relaciones eutro, ambientes eutro, no te permito ser tan eutro conmigo, y cosas así.

Y mientras las autoridades estudiaban medidas paliativas a los contras finalmente identificados, y movilizaban dinero público en un plan de choque sin precedentes, se nos enseñó, también, gracias a la participación de contrastados medioambientalistas, la importancia que tiene la preservación de los ecosistemas, y, preocupados, empezamos a identificar certeramente (¡qué palabra!) algunos culpables que siempre hablaban en otro idioma y tenían otra religión, y hubo cambios de tendencias políticas pues la-situación-ha-superado-al-actual-equipo-de-gobierno-que-se-encuentra-superado-por-la-situación, y se necesita más que nunca un cambio, aunque habrá que revisar los tipos impositivos para hacer frente a los nuevos tiempos sin dejar a nadie atrás. Y un conocido tertuliano, que antes había sido jurista en Madrid, aseveró en 'prime time' que los ríos habían hecho dejación de sus funciones y que eso, en democracias consolidadas como la nuestra, no.

Y será porque todo tiene su principio y su fin, o porque hasta los tertulianos pueden llegar a quedarse sin argumentos, o porque la detención de los ríos no albergaba en su espíritu la magnitud que tienen los Sucesos, que, de la noche a la mañana, los ríos volvieron a fluir. Y así los manantiales volvieron a brotar y los cauces volvieron a su estado natural de esorrentía, y el agua volvió a desembocar en los mares, arrastrando con ella las algas hasta su disolución, y recuperando su color azul, cuando no cristalino, y los rayos de sol parecían colarse entre las ramas de los árboles de otra manera, y fue entonces cuando apagué con cuidado el cigarrillo, espiré lentamente la última bocanada de humo, guardé la colilla en la propia cajetilla de tabaco y crucé el pequeño puente, volviendo de aquel a este margen del río, sonriendo al ver como las gotas de agua más briosas salpicaban mis zapatos. Y mientras caminaba por el arcén de la carretera en dirección al coche de alquiler que había dejado orillado unos metros más abajo, creo recordar que pensé que es mejor así, que en realidad es un gran acierto no poderse bañar dos veces en el mismo río ni vivir dos veces la misma historia, que la primavera apuntaba calurosa, que debía darme prisa si quería llegar a tiempo a mi destino y que aún tenía que parar a llenar el depósito de gasolina. —LH





# SIMETRÍAS



**EMILIO ALBACETE  
TABERNEIRO**

**Accésit**

*Es importante darles la mano mientras se mueren,  
le digo a un amigo que también ha perdido a su padre.*

*También es importante soltarlos después,  
responde él tras un breve silencio.*

Gueorgui Gospodinov, «El jardinero y la muerte».

Ayer por la mañana, al salir de casa, vi reflejada en un cristal la cara de mi padre muerto. El mundo se paró por un instante para dejarme apreciar con claridad las bolsas bajo los ojos diminutos y aquella eterna expresión de indiferencia, como si pasar por la vida fuera solo una tediosa obligación que no tenía más remedio que cumplir.

Aguanté por unos momentos la respiración hasta darme cuenta de que lo que veía no era más que mi propio reflejo en el escaparate de la sombrerería que hay frente al portal y que, por capricho de la perspectiva o quizá por antojo del destino, había colocado mi cara bajo una gorra oscura, similar a la que mi padre llevaba puesta a todas partes. De inmediato, el paso de una nube ocultó el rayo de sol culpable de aquella reflexión insolente y terminó con la ilusión óptica responsable de que mi corazón se parase por unos segundos.

Lo que más me inquietó del incidente fue que algo tan casual y efímero me perturbara hasta el punto de enquistarse en mi mente, impidiéndome disfrutar de mi habitual café de desayuno en el bar de la esquina. Apuré la taza con urgencia

y me dirigí de nuevo a casa, intentando esquivar la visión del escaparate.

Al llegar, me puse a revolver en un cajón. No sabía muy bien lo que buscaba hasta que lo encontré. En la fotografía, mi padre con su eterna barba y mi yo de siete años cogido de su mano; en mi cara, la incomodidad latente de un niño huraño, obligado a cumplir con las normas familiares. Nunca me gustó la foto, pero, a pesar de ello, se había pasado al menos los últimos veinte años en aquel cajón. Tengo un recuerdo nítido de aquel momento y casi puedo volver a notar el sudor incómodo de mi mano en aquella otra, rugosa y firme.

Las manos de mi padre. Al igual que él mismo, sus manos eran duras y blandas a la vez: si las pellizcabas, la carne era maleable y flexible, pero su piel era sólida, de una dureza inexpugnable. A veces, imaginaba que esa coraza le cubría todo el cuerpo y que eso le hacía invulnerable, inmortal. Solo tenía siete años.

Me asomé al espejo con la foto en la mano y repasé ambos rostros de nuevo, descubriendo similitudes que nunca hubiera imaginado. Me di cuenta, por primera vez, de que había superado la edad en la que murió. Soy mayor de lo que él nunca fue, me dije. Mayor, que no más viejo, porque para mí, viejo, lo fue siempre.

El cáncer marcó sus últimos años. Cáncer de pulmón sin haber fumado un solo cigarrillo en toda su vida. Pulmones infestados de toda la porquería inhalada durante sus cuarenta años en la fábrica. La misma fábrica que le robó a mi infancia un padre con el que jugar. Un padre que me despertaba al llegar, deshecho y cansado, para darme el beso de buenas noches. Me ha llevado mucho tiempo valorar aquellos besos y arrepentirme de mis rabietas infantiles por sacarme de mis sueños.

Los últimos meses fueron de enfermedad y sufrimiento. Cuando llegó el final, mi madre me llamó por teléfono.

—Está muy mal. Tienes que venir.

—Hoy estoy muy liado, no sé si me podré escapar del trabajo. Este fin de semana me acerco.

—No creo que podamos esperar hasta el fin de semana. Tiene muchos dolores, ha pedido la sedación terminal.

—Sí, es mejor así; al menos no sufrirá. Me paso el sábado a primera hora.

—No lo entiendes, hijo. Ya no va a despertar. Quiere despedirse.

—...

—¿Estás bien?

—¿Cómo?... Sí, sí, muy bien, mamá. No te preocupes por mí.

—Ven rápido, por favor.

—De acuerdo, voy ahora mismo... ¿Qué tal estás tú?

—Soy fuerte, ya lo sabes. Cariño, te dejo, tengo que llamar a la familia. Nos vemos ahora.

Remoloneando, salí del trabajo en dirección al hospital. En lugar de tomar el metro, decidí pasear para reorganizar mis sentimientos y, al llegar, me perdí un par de veces dando vueltas para encontrar la habitación. Antes de entrar, me quedé unos segundos espiando por la puerta entreabierta. Mi padre, reclinado en la cama y con los ojos cerrados, jadeaba con la boca abierta, mientras mi madre le tomaba de la mano.

—Perdón por el retraso, me ha costado mucho escaparme. ¿Qué tal está?

—Le han tenido que volver a subir la morfina, tenía muchos dolores. Ahora descansa.

—¿Y qué dice el médico?

Mi madre suspiró hondo e intentó esbozar una sonrisa que se quedó en una mueca triste.

—Es cuestión de horas. Ya no volverá a recuperar la consciencia. Siento que no hayamos podido esperarte, hijo; me ha pedido que me despida de ti. Está dormido, pero quizá pueda escucharte, nunca se sabe. ¿Quieres decirle algo?

Durante años he intentado averiguar cómo responder a esa pregunta, pero nunca se me ha ocurrido algo diferente a lo que dije.

—Siento no haber llegado a tiempo, papá. Ahora descansa.

—Pasé la mano por su frente azulada y sudorosa y, de inmediato, sentí el impulso irrefrenable de retirarla.

Mi madre no se separó de su lado en toda la tarde, vigilando su respiración cada vez más débil. Yo vagaba inquieto por la habitación, sin saber muy bien cuál era mi papel en aquel escenario.

—Es tarde y estarás cansado de haber estado trabajando todo el día. Mejor vete a casa y duerme un poco. Yo te aviso con lo que sea —dijo mi madre cuando vio por la ventana que ya era noche cerrada.

Vi en su cara la derrota y sus manos aferradas a las de mi padre. Sabía que debía quedarme allí con ella, que eso era lo que se esperaba de un hijo. Que eso era lo que ella esperaba de mí.

—Tienes razón, mejor me voy a descansar un rato, pero prométeme que tú intentarás descansar también. Y, si necesitas algo, llámame y vengo enseguida.

—No te preocupes, hijo. Intentaré descansar aquí, a su lado —respondió, con un gesto en el rostro que interpreté como una mezcla de alivio y decepción.

El día del entierro, el tanatorio estaba lleno a rebosar de gente a la que no conocía o que hacía mil años que no veía. Yo iba de grupo en grupo, recolectando sonrisas quebradas y gestos solemnes, descubriendo en mi padre a una persona que me resultaba extraña.

—Me acuerdo de que en las fiestas siempre era el primero en saltar a torear la vaquilla.

¡Vaya juergas que nos corríamos en el pueblo cuando éramos jóvenes! —dijo, en tono jocoso y fuera de lugar, uno de sus antiguos amigos de infancia.

—Tu padre era la persona más rebelde y comprometida que he conocido. Si no hubiera sido por él, la empresa nunca nos habría firmado el convenio —me dijo, con los ojos brillantes, alguien que me resultaba vagamente familiar.

—Siempre ejerció de hermano mayor. Me pagó los estudios cuando yo no tenía un duro.

—Al hablar, mi tío intentaba esquivar las emociones que se amontonaban en sus ojos.

Luego la ceremonia religiosa de alguien que nunca se había definido como creyente, pero tampoco lo contrario; soportando la homilía de un anciano sacerdote que, en cada párrafo, consultaba unos apuntes que acababa de recoger y que se equivocó de nombre en un par de ocasiones.

Y mis ojos secos entre tanto llanto.

Y al final, unas paradójicas lágrimas, motivadas por mi incapacidad para descubrir la razón por la cual no sabía llorar la muerte de un padre.

Y al terminar, un rosario de besos, abrazos y condolencias huecas en medio del aparcamiento del tanatorio.

Salí de allí y fingí perderme con el coche buscando el camino del cementerio, para refugiarme en la comodidad obscena de mi casa.

No vi cómo metían el ataúd en el nicho.

No vi a mi madre tragarse sus lágrimas con los dientes apretados.

No oí, en medio del silencio de la multitud, el arrastrar de las paletas de los operarios al sellar con cemento la lápida.

Y luego, durante muchos años, el esfuerzo por olvidarlo.

Hasta esta noche, en la que ha venido a visitarme en sueños por última vez. Estaba como el día en el que murió, con un tono azulado en la piel y el desaliento pintado en el rostro. Lo vi sentado en un banco, disfrutando de los primeros rayos del sol de primavera, en un parque que era una fiesta de colores vivos y



estridentes. Yo, que volvía paseando de alguna parte, fingí tener prisa, pero él me paró con un gesto y me indicó que me sentara a su lado.

—Aquí, al sol, es donde mejor se está.

—Tienes razón, papá, se está muy bien aquí. Oye, me tengo que ir, me están esperando.

—No tengas tanta prisa, quédate aquí un rato con tu padre.

—Bajó la cabeza y se quedó en silencio por un instante—. ¿Eres feliz, hijo?

La pregunta fue tan inesperada que me dejó pensando por un tiempo demasiado largo como para que mi respuesta pareciera verosímil.

—Claro, papá. Muy feliz. Oye, de verdad, me tengo que ir.

Lo miré a los ojos y ya no era un enfermo moribundo. Ahora era aquel hombretón robusto que recordaba de mi infancia, y yo era otra vez el niño esquivo y huraño. Me abrazó y desordenó mis cabellos torpemente, con aquella forma tan ruda con la que mostraba su cariño.

—Sé que no he sido el padre que merecías, pero lo hice lo mejor que supe —me susurró al oído.

Guardé silencio por mucho tiempo, dejándome mecer en el calor de su abrazo. Un olor familiar, mezcla de colonia, trabajo y pasado, embotaba mis sentidos. Cerré los ojos y estreché aún más el abrazo.

—Yo tampoco he sabido ser el hijo que necesitabas. —La frase me estalló en la boca.

—Cuídate mucho —me dijo, mientras se desvanecía.

Me he despertado en mitad de la noche, ahogado en llanto. Un llanto caliente y convulso, como si tuviese algo roto en mi interior que, de pronto, se hubiera desbordado. Un llanto que no ha cesado hasta el amanecer.

Lo primero que he hecho al levantarme ha sido mirarme al espejo. La cara de mi padre me ha devuelto una sonrisa triste, se ha pasado la mano por la cara y hemos decidido no afeitarnos la barba incipiente, con su tacto rugoso y regular.

Luego me he vestido con urgencia y he bajado las escaleras con el alma un par de peldaños por delante de mí. Frente al escaparate de la tienda cerrada, hemos intentado hacer coincidir de nuevo nuestro reflejo con aquella gorra, pero la apagada luz de la madrugada no favorece los espejismos.

Y aquí seguimos aún, esperando un nuevo milagro del mortecino sol de finales de otoño. —LH



# ALMA DE MADRUGADA



GUSTAVO RUGGERIO

[www.instagram.com/gustavoruggerio](https://www.instagram.com/gustavoruggerio)

**E**l calor era insoportable la primera vez que la señora Alma salió de su casa a caminar, sola y sin destino. Fue un siete de enero, a las tres de la madrugada. Su esposo roncaba cuando ella escuchó el clic del corte de luz. Por si faltaba algo, pensó. Desaparecieron las luces del reloj despertador y el punto rojo del televisor. Ella siguió con la mirada la agonía de las aspas del ventilador hasta que quedaron inmóviles. Era inexorable, en minutos la temperatura se elevaría hasta lo imposible. En el silencio que sobrevino, los ronquidos del hombre parecieron multiplicarse. Alma esperó acostada que volviera la luz pero sabía que era inútil, así que dejó la cama y fue hasta la ventana que daba a la calle buscando aire. La consoló que el apagón era en todo el barrio. En la plaza frente a su casa alcanzó a ver la silueta de los jacarandás y los caminos de piedra roja, contempló la oscuridad, escuchó el silencio solitario y el ir y venir de su propia respiración fatigada. Dos luces paralelas llegaban por el asfalto, creció su intensidad junto con el ruido del motor de un auto; con la ayuda de esas luces pudo ver la calesita, protegida por una carpa de lona.

Alma caminó en penumbras hasta la cocina para buscar agua. Miró el termómetro clavado en la pared: la línea roja de mercurio superaba la marca de treinta grados. De buena gana lo hubiera tirado a la basura, era de madera balsa con forma de pejerrey, por la espina dorsal del falso pez corría la línea roja. Su esposo lo había traído a la vuelta de una excursión de pesca y lo colgó. Dijo

que debía estar a la vista de toda la familia y también de las visitas porque era un trofeo que le recordaba la mejor jornada de toda su vida de pescador. Ahora, ella se preguntaba cómo era posible que siguiera roncando, al mismo tiempo que se le evaporaban los pocos restos de energía que la mantenían en pie y su malestar crecía hasta la angustia.

El día previo a esa madrugada había sido inolvidable por el récord de temperatura: cuarenta y dos grados, la más alta del último medio siglo. Hacía cinco días que el calor no daba tregua, no había ni una brisa de día ni de noche, no se veían nubes ni esperanza de viento sur; el pronóstico alertaba con rojo máximo. Esa noche Alma se acostó más temprano de lo habitual, compartió la mesa comiendo apenas una naranja mientras su esposo, despreocupado, hacía la sobremesa con las piernas subidas a una banqueta, mientras fumaba mirando televisión. Ella pensó en recordarle que debía cortarse las uñas de los pies pero no lo hizo, así evitó que él se lo pidiera. En silencio, levantó platos y cubiertos y se dispuso a lavarlos. Odiaba amanecer y encontrar la cocina sucia; había tolerado el desorden mientras sus tres hijos vivieron allí, pero desde que el nido quedó vacío, fue todo pulcritud.

Reprimió las ganas de tirar el pez termómetro, ahuecó las manos debajo de la canilla, juntó agua y se la echó sobre la cara, la cabeza y la nuca, le corría en hileras por el pecho y la espalda, volvió a mojarse hasta que el agua formó un pequeño charco a su alrededor, como si se hubiera orinado.

A veces, el matrimonio hablaba sobre las noches que ella pasaba sin dormir, él se mostraba comprensivo y afligido, pero eran conversaciones que terminaban a poco de empezar, después de las obvias recomendaciones y consejos, pasaban a otro tema o al silencio. Alma había comprendido tiempo atrás que él era incapaz de aceptar que sus inquietudes eran distintas, que su felicidad no pasaba por los caminos de la economía, los hijos ni el futuro. Solo ella sabía que sus heridas no suturaban con palabras fáciles, aunque fueran amorosas.

Volvió a acostarse. Le dolían los ojos aunque los cerrara, sentía los párpados inflamados y la certeza de que esa noche ya no dormiría. Se sentó en el borde de la cama, de frente a la puerta espejo del placard; por la ventana a su espalda entraba un reflejo de luz que le permitía ver dibujada su silueta. Veía sus hombros caídos, la cabeza

inclinada hacia el pecho y las manos cruzadas sobre las piernas. Se sintió vieja y desganada. Había puesto una toalla sobre la almohada para que absorbiera la transpiración que le moja-



ba la cabeza; aquella noche debió cambiarla tres veces. Su esposo dormía boca abajo, con el brazo derecho colgando al costado de la cama, así comenzaba sus noches y así las concluía, ocho o nueve horas más tarde; si alguna urgencia le exigía levantarse, caminaba sin conciencia hasta el baño o la heladera, volvía y acomodaba el cuerpo como si ocupara un molde en el colchón. Cuando comenzaron sus apneas, las molestias principales fueron para ella; a él no lograban quebrarle el sueño aunque las más profundas le bloquearan la garganta. Aquella madrugada eran especialmente sonoros, ella lo empujó con el brazo una vez, con la pierna otra; él detuvo los estertores con un resoplido, pero poco después volvieron a su ritmo habitual. Aparecieron los mosquitos zumbando en manada, ella intentaba espantarlos con las manos o la toalla. Se levantó por agua varias veces, otras tantas para orinar o mojarse la cabeza. En cada levantada, mirarse al espejo era inevitable. Sentía un leve mareo, suficiente para obligarla a rozar la pared con la mano como si fuera un bastón. Al acostarse, la cabeza dejaba de girar. Eran las tres de la madrugada cuando se levantó por última vez, se asomó al patio trasero y vio al Negro echado. Abrió la puerta de entrada, dio un paso adelante, la cerró a su espalda y salió a la calle.

Caminó hacia la esquina. Anduvo por ahí, mirando lo que de día no se ve. Se detuvo bajo un tilo y respiró bien profundo, el aire perfumado le acarició la garganta y el pecho. Al pasar por la vereda de una vecina conocida, pensó en cómo serían sus noches, si ella podría dormir bien; escuchó ladridos lejanos, observó las hojas inmóviles de los plátanos, se detuvo donde le dieron ganas y por el tiempo que quiso. No había nadie en las calles oscuras. Bajó al empedrado, miró hacia arriba y se detuvo a seguir el movimiento de una estrella, así anduvo de madrugada sin temores ni preocupaciones, sin ningún pensamiento que pudiera atormentarla. Dos horas después regresó a su casa. Escuchó los ronquidos, el perro levantó la cabeza hacia ella. Todo estaba igual. Se desvistió y volvió a acostarse. Respiró hondo con una sonrisa secreta y durmió. Así serían sus noches a partir de entonces. No dejó de salir ni una sola madrugada, nunca sabía dónde iría cuando comenzaba cada viaje, pero sí supo que ya no podría vivir sin ir.

Algunas caminatas más tarde comenzó a tomar notas a cada regreso. Al principio solo escribía frases sueltas:

Cuánta belleza hay en el cielo cuando lo miro acostada en el banco de la plaza.

Creo que me dormí debajo del gomero...soñé con veredas dibujadas con rayuelas.

Hoy conocí a un amigo...sentí su cuerpo caliente sobre mis piernas, es siamés.

No podía cerrar los ojos si no escribía lo que había vivido en esas horas, recién entonces se acostaba a dormir. Hojas y hojas más adelante, comenzó a escribir recuerdos. Una tarde buscó en lo más alto del placard la caja de zapatos donde años antes había guardado fotos viejas. Tomaba una cualquiera y le escribía:

Qué lindo te queda ese guardapolvo blanco, Almita, es tu primer día de clases y no querías que mamá te dejara sola. Ya sos grande, Alma, te dije, y a vos te dieron ganas de decirle que no querías ser grande, que querías estar con ella. Estabas durita durita, por el miedo y el almidón.

Devolvía la foto a la caja y sin mirar, tomaba otra:

Ay, Almita, qué linda estás en tus quince, era una fiesta y así estabas vestida, con el vestido rosa hasta los pies que mamá cosió noche tras noche. Esperabas que llegara el chico que te gustaba, lo esperabas tanto tanto que tus amigas te molestaban con que no vendría ¿cómo se llamaba? Vino y te pidió bailar con él.

Pasaron hojas, completó libretas y cuadernos. Se encerraba por horas y horas, vivía con la mirada en otro lugar. Su esposo le preguntaba qué le pasaba, si podía hacer algo por ella, que la veía rara, como en otro mundo. Nada, nada, era su respuesta.

Un día Alma se ocupó de las cuestiones domésticas con especial dedicación, ordenó la ropa, tendió las camas y sacó a pasear el perro; caminaron, él corrió palomas y se olfateó con otros mientras ella andaba por ahí sin pensar. La rutina finalizó como siempre, en la plaza; el perro en el canil, ella sentada en un banco de cemento, con la vista detenida en el caballo blanco de la calesita, atravesado en el lomo por un caño de metal acerado; se fijaba en el ojo negro, perfecto en su forma circular, era el punto que la hipnotizaba y le abría las puertas para volar a su infancia. Cuando era niña su mamá la llevaba por las tardes; mientras esperaban su turno para subir, sufría los segundos que demoraba la vuelta hasta que el caballo volvía a aparecer. Su madre lo sabía y apretaba suavemente la mano de su hija al tiempo que le decía no te preocupes, ya vuelve tu caballito.

La señora Alma estaba ausente, no escuchaba ni veía lo que pasaba en la plaza: los padres cuidando el juego de sus hijos, palomas picoteando migas, perros que jugaban. El suyo estaba acostado a sus pies, mirando hacia donde ella miraba. Volvieron a su casa; estuvo ajena todo el día, aunque no dejó ninguna de sus



tareas sin atender: ordenó más ropas, limpió pisos, repasó muebles y cocinó para ese día y varios más. Cuando su esposo llegó del trabajo lo saludó con el mismo beso de costado de cada día. Cenaron. Él se acomodó frente a su aparato de televisión. Ella lavó platos y ordenó la cocina. La noche también sería como todas, con ronquidos y pensamientos. A las tres de la mañana Alma se levantó con el mismo sigilo de siempre, aunque esta vez buscó una mochila, la cargó con algunas pocas ropas, con los cuadernos, lápices y todas sus fotos. Abrió la puerta sin advertir que su perro la acompañaba, dejó las llaves colgadas, pisó la vereda y comenzó a caminar. —LH





# INVENTARIO DE INVIERNO

Rocío GONZÁLEZ PASTORIZA



Cuando tenía diez años, me comí a mi mascota. Mis papás me lo habían regalado para Navidad hacía ya cuatro años. Tenía apenas un mes cuando lo llevaron a la casa. El tío abuelo de mi papá —el de la finca de dos hectáreas— se lo había regalado, como un bono por las fiestas.

Mi mamá se enojó ni bien lo vio. Le gritó a mi papá: que cómo lo íbamos a cuidar, que dónde iba a estar, que iba a llenar el fondo de mierda. Que el olor iba a ser insoportable y que los vecinos iban a denunciarnos.

Yo estaba re contenta y la alegría se escabulló silenciosamente entre las peleas de ambos.

Con el paso de los meses, mi mamá se terminó encariñando. Me ayudaba a hacerle ropa, y hasta una correa le compramos para sacarlo a pasear. Durmió en mi pieza hasta que ya no entró por la puerta, y pasó al fondo, donde mi papá improvisó un corral contra la medianera.

Ocurrió en el día de mi cumpleaños.

Mi familia había organizado un carneo en la casa de mis abuelos, la más grande y la que podía albergar a todos: mis padres, tíos, primos. Todos más grandes que yo.

Las enseñanzas de antes eran otras. Y aprender sobre sacrificios podía ser, en ocasiones, algo bastante literal.

Cuando llegamos, vi las mesas preparadas en el comedor. Mis tías iban y venían desde la cocina. Una de mis primas metió una bolsa en la heladera; alcancé a ver algo blanco y viscoso.

—No vas a ir a tocar eso. Son tripas —me advirtió mi mamá.

—Y no vas a ir a pasarle el dedo a la torta —agregó mi papá.

Me dio un asco que pusieran todo en la misma heladera. No dije nada y me fui al fondo.

Ahí había otra mesa, de madera y con un mantel de hule transparente. Había una máquina extraña en una de sus esquinas, y sobre ella yacían fuentes, cuchillos, y una olla de hierro.

Faltaban algunos parientes y mi abuelo. Pero antes de que su ausencia se notara, entraron por el portón que daba al fondo. Se escucharon unos empujones, un forcejeo. Arrastraban un chanco enorme, con bozal y una cuerda tensa que casi lo ahorcaba.

Era mi mascota.

Todo sucedió con una rapidez fugaz. Le ataron las patas. Lo tiraron en el pasto. Mi abuela se acercó. Se arremangó. Agarró un cuchillo gigante que había estado afilando en la cocina. Se dirigió a él. Lo apuñaló en el cuello.

No alcancé a taparme los oídos a tiempo. El chillido cortó el aire. Percibí su sufrimiento. O quizás fue solo el mío.

Mi abuela —la misma que me hacía dulce de membrillo para comer con queso en las mañanas, la que me hacía semitas con forma de palomas y el mate con leche— había asesinado a mi mascota.

Lo colgaron del techo, boca abajo. Le abrieron la panza. La sangre chorreaba por el pasto, sin detenerse. Por el frío, el vapor salía humeando por su cuerpo mientras trabajaban sobre él. Aún estaba calentito, como si la muerte no hubiera terminado de llegarle.

El hocico abierto dejaba ver ese último chillido. Yo miraba sin poder moverme.

—Esto es un carneo, hija —me dijo mi papá cuando se sentó junto a mí. Yo había sido testigo del asesinato que para mi familia tenía otro nombre.

—Ya con esto tenemos bastante para aguantar el invierno. Hay para vender, también —le dijo mi abuela a mi madre, limpiándose la frente.

—Y con las conservas vamos a tener otra platita extra —le respondió mi mamá.

—De acá van a salir varias comidas, che —añadió mi abuelo, mirando la mesa con los cortes de carne y huesos. Observó todo como quien mira un botín, apoyando sus manos en la cadera, manchando el buzo con sangre.



Pasadas algunas horas, me dieron a probar algo que habían estado preparando en la cocina. El olor era delicioso, y eso me molestó. Me dieron un pedazo de pan con una pasta oscura.

—Es morcilla. Probá, te va a gustar. Se ve feo, pero es rica — me dijo una de mis primas.

Me dijeron que era su sangre mezclada con cebolla, grasa, cueros de las orejas y los cachetes, clavo de olor y otras especias. El olor era similar al del picadillo de empanadas que mi mamá hacía los domingos.

Probé con los ojos cerrados. Mastiqué rápido y tragué. Escuché unas risas. Me gustó, eso le dije a mi familia. Me miraban esperando mi aprobación. Pero yo solo sentía una culpa que me perforaba el estómago. Se me cargaron los ojos con lágrimas pesadas, espesas. Me aguanté y no lloré. Era una fiesta, la de mi cumpleaños. Y uno tiene que estar contento en ellas.

Desde ese día, cada visita a la casa de mi abuela —un verdugo despiadado— cargaba con muertes, muchas. Para los siguientes fines de semana, ya había matado las gallinas que tenía en el corral del fondo y los conejos blancos con quienes yo jugaba. Eran los mismos que aparecían después en escabeches y en sus almohadones, los que ponía como pie de cama.

Iba a tener que rendirle mucho a Dios —al que le era tan devota.

Hoy es el cumpleaños de mi hija. Yo hice la torta y le encargué la comida a mi madre.

Trajo un lechón. A mi niña le encanta. Yo solo puedo preguntarme quién fue el dueño de esa mascota. Y si la quiso como yo a la mía. —LH





# DONDE LA TIERRA SE QUIEBRA



**ABIGAIL**  
(SEUDÓNIMO)

[www.instagram.com/elidomi747](https://www.instagram.com/elidomi747)

**E**ra una fiesta —dicen los escuderos que no sueñan— su oficio es el suelo, no el cielo. Pero yo, Sancho Panza, digo que he visto cosas que ni los poetas se atreven a nombrar. Seguí los pasos de un hombre empeñado en sembrar las nubes y de una mujer que orbitaba su delirio, como una luna herida. Helena la llamaba él, aunque nunca supe si era su nombre verdadero o un recuerdo de su memoria.

Ella desbordaba sus cuentos y visiones; sin embargo, allí estaba, suspendida entre la sombra del amor y el vértigo de la pérdida. Una vez la vi mirar al caballero como quien contempla una estrella que se apaga, con la certeza de que jamás volvería a encenderse. Aunque mi mundo era de tierra y mulas, algo en la mirada de Helena me enseñó que hay dolores que no se explican, sino que se padecen en silencio; pesares que no admiten razones, solo compañía.

Helena hablaba poco, pero cuando lo hacía, sus palabras parecían recogidas del viento que brama entre las ruinas. Yo la escuchaba desde mi rincón, hundido entre el olor de mis alforjas y ese sudor con rastro a madera seca tras el camino. No comprendía del todo su decir, pero sentía que algo en su voz me empujaba a mirar más allá del polvo. No era como nosotros, los que cargamos certezas y pan duro; era como él, el caballero enjuto, tejido de sueños y cicatrices.

A veces, cuando el sol caía y el silencio se hacía largo, la veía mirar al horizonte con una tristeza demasiado vasta para este

mundo. Entonces comprendía que su amor no era de aquí; que no la ataban al caballero la carne ni las promesas, sino esa locura dulce que solo conocen quienes aman sin medida. Yo, hombre de campo, intuí que hay pesares

que no se deben profanar, sino rodear con respeto, como se rodea una lumbre en mitad de la noche castellana: aunque el fuego pertenezca a otro, el calor nos salva también.

Fue en aquel último alto del camino, donde la tierra se quiebra y el aire bate como si viniera de otro mundo, que la vi por última vez. No dijo nada. Se quedó al borde del acantilado, con los ojos clavados en un abismo que yo no alcanzaba a ver. Y entonces lo supe: no buscaba al caballero. Miraba su propio naufragio. No era locura: era belleza. Una ausencia tan honda que terminó por arrancarla del suelo, dejándola allí, suspendida, sin regreso. Yo, que siempre pisé firme, sentí por primera vez el vértigo de lo inalcanzable. Ella no se iba caminando; se deshacía en el aire. Comprendí entonces que las cosas más hondas no se dicen: se guardan en el hueco que deja lo perdido.

Desde entonces, cada vez que el cielo se tiñe de ese azul que duele, me asalta un aroma repentino de lirios que no sé de dónde viene. Pienso en Helena. Y en el caballero. También en mí, que fui testigo de una pasión tan grande que ni los libros pueden contener. Acaso ese sea nuestro oficio: no vivir la historia, sino sostenerla para que no se derrumbe del todo. —**LH**



# EL MISTERIO DEL PESO DE LA VIRGEN



**JAVIER MOISES RENTERÍA  
HURTADO**

[www.instagram.com/cleotilde\\_r199](https://www.instagram.com/cleotilde_r199)

**H**oy el río Guapi se adorna de luces, colores, pólvora y sonidos. Canoas y lanchas llenas de globos y palmas navegan anunciando que llegó la Navidad y, sobre todo, *que era una fiesta*; las vísperas de la Inmaculada Concepción, patrona del municipio.

Desde la orilla, la vieja Chancha observa el desfile acuático con los ojos brillantes. Sus manos arrugadas aferran el bastón de chonta mientras sus labios murmuran el arrullo que aprendió de su abuela. A su lado, su nieto Javier sostiene una vela encendida y pregunta por enésima vez:

—Abuela, ¿es verdad que la Virgen se puso pesada?

Chencha sonríe. Ha contado esta historia mil veces, pero nunca se cansa de repetirla. Porque en Guapi, la memoria se transmite como el río constante, profundo, arrastrando consigo todo lo que somos.

—Siéntate, mijo —le dice—. Te voy a contar cómo llegó Ella.

El niño se acomoda en un tronco mientras el bombo retumba a lo lejos. El olor a pólvora y a coco quemado flota en el aire húmedo de la noche. Chencha cierra los ojos y comienza.

\*

Hace muchos años, cuando la tempestad azotaba la costa pacífica caucana, un barco mercante que vendía objetos religiosos tuvo que refugiarse en Guapi. El viento aullaba como animal herido y las olas golpeaban el casco con furia de mar embravecido. Los relámpagos rasgaban el cielo negro.

El capitán, un hombre de barba gris llamado Don Eusebio, ordenó echar anclas en la desembocadura del río. Era un marino experimentado, curtido por treinta años navegando las costas del Pacífico, pero aquella tormenta le ponía los pelos de punta.

—¡No podemos seguir! —gritó a su tripulación—. Esta tormenta nos va a tragar si no buscamos refugio.

Los comerciantes, temerosos de dejar su mercancía en la embarcación durante la tormenta, decidieron subirlo todo al pueblo. Cargaron cajas repletas de rosarios, crucifijos, estampas de santos y vírgenes. Entre todas esas imágenes, había una que brillaba con luz propia; una Virgen María vestida con ropaje azul celeste bordado con hilos de oro, con las manos juntas en oración y pisando la cabeza de una serpiente. Sus ojos pintados parecían mirar directo al alma.

Don Eusebio había comprado esa imagen en Cartagena a un escultor español. La había pagado bien cara, pensando revenderla en algún pueblo grande de la costa.

Don Eusebio y sus hombres tocaron a la puerta de la casa de Doña Basilisa, la matrona más respetada del pueblo. Ella era una mujer de porte noble, con el cabello completamente blanco y una mirada que irradiaba bondad. Viuda de un pescador, había criado sola a siete hijos y era conocida por su generosidad.

Sin dudar, les ofreció su sala y su cocina.

—Pasen, pasen —les dijo—. En Guapi nadie se queda bajo la lluvia.

Esa noche, mientras la tormenta rugía afuera, los comerciantes durmieron arrullados por el sonido del agua golpeando los techos de zinc. La imagen de la Virgen quedó en un

rincón de la sala, iluminada apenas por una vela que Doña Basilisa insistió en dejar encendida.

—Es una falta de respeto dejar a la Madre en la oscuridad —había dicho.

Durante la noche, varios vecinos juraron después que vieron un resplandor azul saliendo de la casa. Otros dijeron que escucharon un canto angelical mezclándose con el sonido de la lluvia.

Al amanecer, el cielo se despejó. El sol salió tímido entre las nubes y los pájaros volvieron a cantar. El río fluía manso y brillante como un camino de plata.

Don Eusebio despertó a sus hombres temprano.

—¡Arriba! Tenemos que aprovechar la calma para zarpar.



Comenzaron a cargar las cajas de vuelta a la barca. Todo iba bien hasta que llegó el turno de la Virgen. Dos hombres fornidos, acostumbrados a levantar sacos de cien libras, se agacharon para alzarla.

—Uno, dos, ¡tres! —contaron al unísono.

Pero la imagen no se movió ni un milímetro.

—¿Qué te pasa, Jacinto? —reclamó uno—. ¡Levanta con fuerza!

—¡Yo sí estoy levantando! —protestó Jacinto—. ¡Eres tú el que no le pone ganas! Intentaron de nuevo. Nada. La Virgen parecía haberse fundido con el piso.

—Llamen a más hombres —ordenó Don Eusebio, frunciendo el ceño.

Cuatro hombres lo intentaron. Luego seis. Luego ocho. Nada. La imagen que el día anterior había sido cargada con facilidad por dos personas, ahora pesaba como si estuviera hecha de plomo macizo.

La noticia corrió por el pueblo como pólvora. En minutos, medio Guapi estaba frente a la casa de Doña Basilisa. Los ancianos se miraban entre sí con asombro. Las mujeres se persignaban. Los niños señalaban la imagen con ojos muy abiertos.

—Es un milagro —susurró Don Anselmo, el hombre más viejo del pueblo.

—La Virgen no se quiere ir —dijo Doña Clementina.

Don Eusebio, hombre práctico y poco dado a creer en portentos, bufó molesto.

—¡Esto es ridículo! Seguramente el piso está húmedo y se pegó. Tráiganme palancas. Pero ni con palancas lograron moverla. La Virgen permanecía inmóvil, serena, con esa media sonrisa pintada en sus labios de madera.

Fue entonces cuando Doña Basilisa habló. Su voz era suave pero firme.

—Don Eusebio, con todo respeto, creo que la Señora quiere quedarse con nosotros.

El capitán la miró con escepticismo, pero algo en los ojos de la mujer lo hizo dudar. Miró a su alrededor; todos los guapiños lo observaban con una mezcla de esperanza y reverencia.

—Está bien —dijo finalmente—. Si se quiere quedar, que se quede. Pero tendrán que pagarme lo que vale. Les pido su peso en oro.

Un murmullo recorrió la multitud. Oro. En Guapi había poco oro, pero la gente tenía sus ahorros: pepitas guardadas en latas, polvillo acumulado durante años de barequear en el río, aretes heredados de las abuelas.

—Haremos una colecta —anunció Doña Basilisa—. Entre todos reuniremos el oro.

Y así fue. Durante todo el día, las familias fueron llegando con sus pequeños tesoros. Don Jacinto, el pescador, trajo tres pepitas que guardaba para la dote de su hija. Doña Clementina donó sus aretes de matrimonio. El maestro de escuela vació su alcancía. Los niños juntaron el polvillo de oro que encontraban jugando en las orillas del río.

Al caer la tarde, habían reunido una cantidad considerable. Don Eusebio preparó su balanza de comerciante, una vieja romana de hierro que usaba para pesar sus mercancías.

—Muy bien —dijo—. Ahora sí vamos a ver cuánto pesa esta Virgen milagrosa.

Entre varios hombres, con gran esfuerzo, lograron levantar la imagen y colocarla en la balanza. Don Eusebio puso las pesas en el otro platillo, esperando que la aguja marcara un peso considerable.

Pero cuando la balanza se estabilizó, todos quedaron boquiabiertos. La aguja apenas marcaba una quinta parte del peso calculado. La Virgen que minutos antes no podían mover ni diez hombres, ahora pesaba menos que un niño pequeño.

—¡Esto es trampa! —gritó Don Eusebio—. ¡Están manipulando la balanza!

—Don Eusebio, esta es su propia balanza —protestó el comerciante local—. Nunca le ha fallado.

—Entonces pésela de nuevo —exigió el capitán.

Volvieron a pesar la imagen. Esta vez la aguja marcó aún menos. Un tercio del peso anterior.

Don Eusebio, sudando y nervioso, insistió en pesarla una tercera vez. El resultado fue todavía más desconcertante: la Virgen ahora pesaba apenas unas cuantas libras, como si fuera hueca por dentro.

El silencio se apoderó de la plaza. Hasta los niños dejaron de hacer ruido.

Don Eusebio miró la imagen, luego la balanza, luego a la multitud expectante. Algo en su pecho se ablandó. Quizás fue el cansancio, quizás la evidencia de que estaba ante algo que no podía explicar. O quizás, simplemente, fue la mirada de aquella Virgen que parecía decirle: “Este es mi lugar”.

Suspiró profundamente.

—Está bien —dijo con voz ronca—. Quédense con Ella. Solo les pido una pequeña porción de ese oro que juntaron, para cubrir mis gastos.



Los guapireños aceptaron de inmediato. Le dieron a Don Eusebio una fracción del oro recolectado, mucho menos de lo que la imagen valía. El capitán tomó el pago, hizo una reverencia torpe hacia la Virgen y se marchó con sus hombres, murmurando entre dientes sobre misterios que no entendía.

La imagen de la Inmaculada Concepción se quedó en Guapi para siempre.

Doña Basilisa mandó construir un altar especial en la iglesia del pueblo. La Virgen fue colocada en el lugar de honor, rodeada de flores frescas que las mujeres renovaban cada día. Los pescadores, antes de salir al mar, se detenían a pedirle protección. Las madres llevaban a sus hijos enfermos a rezarle. Los ancianos pasaban horas contemplándola, encontrando paz en su mirada serena.

Con el paso de los años, la devoción creció. Se comenzó a celebrar su llegada cada 7 de diciembre, en vísperas de la fiesta de la Inmaculada Concepción. Al principio era una celebración sencilla: una misa, algunas flores, cantos. Pero poco a poco, la tradición fue tomando forma.

Alguien sugirió sacar la Virgen en procesión por el río, el mismo río por donde había llegado. La idea prendió como fuego. Se construyó una barca especial, adornada con palmas y flores. Se encendieron velas. Los músicos sacaron sus bombos, cununos y guasás. Las cantadoras entonaron los arrullos ancestrales.

Y así nació la tradición que perdura hasta hoy.

\*

—¿Y qué pasó después, abuela? —pregunta Javier, con los ojos brillantes. Chenchá señala hacia el río, donde las barcas iluminadas continúan su procesión.

—Pues que, desde entonces, cada 7 de diciembre, hacemos esto —dice—. Sacamos a la Virgen en procesión por el río. La adornamos con flores, la acompañamos con arrullos,

bombos, cununos y guasás. Porque Ella eligió quedarse con nosotros, mijo. Y nosotros nunca lo vamos a olvidar.

En ese momento, la barca principal pasa frente a ellos. En su centro, iluminada por cientos de velas, está la imagen de la Inmaculada Concepción. Su ropaje azul brilla bajo la luz de la luna. Las mujeres cantan el arrullo tradicional, sus voces elevándose sobre el sonido del agua:

“A Guapi llegó, se puso pesada y aquí se quedó”.

Javier se pone de pie y agita su vela. Chenchá lo imita, con lágrimas en los ojos. A su alrededor, cientos de guapireños hacen lo mismo. El río se convierte en un espejo de luces, un camino de estrellas flotantes que guían a la Virgen por las aguas que Ella misma eligió como hogar.

Es una festividad que aglomera a toda la población, grande y pequeña, sin perder su tradición ni sus costumbres. Porque en Guapi, cuando el río se viste de fiesta, todos saben que la Virgen sigue eligiendo quedarse entre ellos. Y cada año, cuando las barcas se iluminan y los arrullos resuenan en la noche, el milagro se repite: el peso de la fe es más liviano que una pluma, pero más fuerte que cualquier tormenta. —LH





# BEBIDA DE LUZ DE LUNA

ARIADNA ARIZ CONSTANS



**S**in ti, querido, el otoño se hizo eterno. Cada noche, cuando la luz de luna se colaba por nuestra ventana y bañaba el salón, me asomaba y miraba la ciudad latente. Salía a pasear cada madrugada, como de costumbre, por el mismo camino de siempre. Cruzaba la calle mayor, sorteaba las callejuelas y llegaba al pie de la montaña. Y ahí, cogía el camino que escalaba la ladera, mientras los primeros rayos de sol enfermizo subían conmigo. El aire era seco, los árboles estaban grisáceos, y las nubes anticipaban un día inerte tras otro, pero a pesar de todo, cada vez se me hacía más fácil ese paseo, desde que no estabas. Cuando llegaba a la capilla, rodeaba sus muros, llenos de esas preciosas flores blancas que lo cubrían, y volvía a casa. La vuelta era lo más duro. Mis piernas estaban entumecidas por el paseo y cuando llegaba, el silencio que dejaste me ahogaba, repasando las cicatrices de mi cuerpo.

Los días pasaban lentos y densos sin ti y cada noche me asomaba y observaba la ciudad, que iba deprisa, y me dejaba atrás. Las mañanas en la oficina eran tediosas; llegaba a la hora, hablaba poco. En las pausas para cigarrillos, de vez en cuando, Sunsí me preguntaba qué tal todo, que cómo lo llevaba. Yo siempre le respondía que bueno, que iba tirando y que estaba triste. Pero lo cierto, querido, es que no estaba nada triste. Estaba vacía. Hacía tiempo que lo estaba, pero tu hostil presencia llenaba esos huecos y escondía el terrible

agujero que habías creado en mí. Los moretones empezaron a marcharse a las pocas semanas de que te fueras. Pero cada noche, la luna los revelaba, desdibujados sobre mi piel.

Y parecía que el otoño no acabara jamás. Soñaba casi cada día con las flores de ese blanco traicionero, colgando del muro, me envolvían, se metían por mi cuerpo y no me dejaban olvidar el día en que te fuiste. Ese día caminé de madrugada hasta la capilla, como siempre. El muro era una fiesta rebosante de flores pálidas. El viento de verano tardío arrastró los pétalos de una flor hasta mis pies, y por un momento sentí como el sol brillaba más fuerte. Esa misma noche, mientras tú esperabas la cena, la luna me acompañaba. Resplandecía más que nunca, se reflejaba en las flores blancas de la encimera y en el agua de la infusión que se calentaba en los fogones, y me acariciaba las mejillas. Te traje la cena al salón y mientras bebías la luz de luna, querido, no sentí remordimientos.

Tras muchos sueños de flores fatales, llegó el invierno. Una mañana helada, al pasar por delante de la capilla, vi el muro desnudo, revelando sus losas gastadas. Los pétalos cubrían el suelo del camino de vuelta a casa; dejé la capilla atrás y esa noche, la luna guardó silencio de nuevo. —LH



# VOLVER A LA CASA QUE DEJÉ



MAROUA BENSFIA KHIYAT

[www.instagram.com/\\_maaroouaa\\_](https://www.instagram.com/_maaroouaa_)

Cuando volví al pueblo después de tantos años, lo primero que pensé fue que todo era más pequeño de lo que recordaba. Las calles, las casas, incluso el cielo. Caminé despacio desde la estación porque necesitaba tiempo para convencerme de que no estaba cometiendo un error. No sabía si venía a hacer las paces con el pasado o a abrir heridas que llevaba demasiado tiempo evitando.

La casa de mi abuela estaba igual que en mis recuerdos, pero a la vez distinta, como si hubiera envejecido en silencio, sin hacer ruido. La pintura se había caído en algunos lugares y la puerta se veía más torcida que antes. Metí la llave en la cerradura esperando que no funcionara, pero giró. No tuve excusa para no entrar.

El olor fue lo primero que me golpeó. No era desagradable, solo... detenido. Como si la casa hubiera dejado de respirar desde que ella murió. Cerré la puerta detrás de mí y me quedé quieto unos segundos. Era raro estar ahí otra vez. Raro pero inevitable. Había pasado demasiado tiempo huyendo.

Avancé por el pasillo. Cada paso sonaba como si la casa quisiera avisarle a alguien que yo había vuelto. No me gustó la sensación. Siempre fui malo para enfrentar las cosas.

Incluso de niño. Especialmente cuando se trataba de mi abuela.

La cocina seguía teniendo esa ventana enorme que daba al patio. Me acerqué y apoyé las manos en el marco. Desde ahí podía ver la higuera plantada en el centro del jardín.

Ella decía que un árbol así siempre te acompaña, pase lo que pase. Yo nunca creí en esas cosas, pero ahora, al verla, me entró un nudo en la garganta.

Me senté en la silla donde ella solía desayunar. Cerré los ojos. Me acordé de su voz, de su forma de hablar sin prisa, de sus manos siempre ocupadas en algo. Y, como un rayo que nadie ve venir, me acordé de una frase suya que repetía todo el tiempo, aunque yo en su momento la ignorara:

“Era una fiesta tenerte aquí.”

Lo decía cuando me veía llegar del colegio, cuando le mostraba un dibujo tonto, cuando le pedía que me dejara ayudarlo a cocinar. Yo, claro, me reía o hacía una mueca. Nunca entendí por qué alguien podía pensar que mi presencia era algo tan bueno.

Al abrir los ojos, me sentí raro. Había venido para ordenar la casa, firmar unos papeles, venderla quizá. No para sentimentalismos baratos. Eso era lo último que quería.

Caminé hacia el salón. El sillón de mimbre seguía ahí, intacto, como si estuviera esperando que alguien se sentara. No quise hacerlo. No estaba preparado. Pasé de largo y seguí hacia las habitaciones.

La suya tenía un olor suave, como a ropa guardada mezclada con algo que no supe identificar. Me senté en la cama. Los muelles crujieron como si protestaran por mi peso. Miré alrededor. Nada había cambiado desde que yo tenía quince años. Ni la lámpara, ni los marcos con fotos amarillentas, ni el rosario en la pared.

Me quedé así un buen rato. No pensaba en nada concreto. Solo dejaba que el silencio me envolviera. Era incómodo, pero necesario. Cuando por fin volví a moverme, fue porque un cajón mal cerrado llamó mi atención. Lo abrí.

Dentro había una caja de madera, pequeña, con un lazo azul. La saqué lentamente. Mis manos temblaron, no sé por qué. Me senté en el suelo y deshice el lazo.

La tapa se abrió con facilidad. Dentro había papeles doblados, una libreta, y varias fotos en blanco y negro que no recordaba haber visto nunca. Cogí la libreta. Reconocí la letra al instante. Era la suya.

En la primera página decía: “Para cuando él vuelva.”



Y ahí se me heló todo. Como si la habitación se hubiera quedado sin aire.

Yo no sabía que ella había escrito algo para mí. Me habían dicho que en sus últimos meses estaba cansada, distraída, que apenas tenía fuerzas. Pero al parecer sí las tuvo para esto.

Pasé las hojas. Había notas sobre cosas del día a día, recuerdos sueltos, frases que quizás nunca me dijo en persona. Y luego, casi al final, encontré una hoja escrita como si fuera una carta:

“Sé que te fuiste porque necesitabas hacerlo. No guardo rencor. Solo espero que un día regreses sin miedo.

Si lees esto, significa que volviste.

Ojalá sea porque quieres, y no porque la obligación te empujó. Aquí siempre fuiste querido, aunque no lo vieras.

Y nunca olvides: era una fiesta tenerte en mi vida.”

Me llevé las manos a la cara y respiré hondo. No lloré. Al menos no todavía. Pero algo dentro de mí se movió, como si se hubiera roto un mecanismo gastado que llevaba años funcionando a la fuerza.

Dejé la carta a un lado y seguí revisando la caja. Había fotos más de niño, algunas que no sabía que existían. Otras eran de ella joven, sonriendo de una forma que yo nunca vi.

No pude evitar preguntarme si la conocí de verdad, o si solo conocí la versión que se adaptó a mí.

Cerré la caja cuando sentí que estaba llegando a mi límite. Me levanté y salí al patio.

El aire allí era diferente. Más liviano. Me senté en el banco de piedra y miré la higuera. Tenía hojas nuevas. Había sobrevivido sin que nadie la cuidara. No sé por qué, pero eso me dio una especie de consuelo extraño.

Pensé en los últimos años. En cómo me alejé sin una razón clara, o con demasiadas razones que no supe explicar. En los trabajos que abandoné, en las personas que dejé, en las oportunidades que dejé pasar por miedo.

Pensé en ella, que siempre me decía que no importaba si cometía errores, que lo importante era seguir adelante. Yo nunca le creí. Pensaba que lo decía por obligación, porque era lo que las abuelas decían. Pero ahora, leyendo esas palabras suyas escritas sin que nadie se lo pidiera, me di cuenta de que lo decía en serio.

Me quedé afuera hasta que empezó a oscurecer. Cuando entré, la casa no me pareció tan fría como cuando llegué.

Preparamos un té juntos miles de veces en esa misma cocina. Y por primera vez en mucho tiempo, puse agua a calentar sin sentir que estaba imitando a alguien.

Me quedé esa noche. No estaba en mis planes, pero tampoco tenía ganas de volver al hotel. Busqué una manta y dormí en el sofá del salón. El silencio de la casa ya no me incomodaba tanto. Me desperté un par de veces, pero no porque estuviera inquieto. Era simplemente la costumbre de quien ya no conoce el sonido de su propio descanso.

Al día siguiente, sin pensarlo, abrí las ventanas. El aire fresco entró con fuerza. Unos papeles salieron volando del aparador y tuve que correr detrás de ellos. Cuando los recogí, me di cuenta de que uno tenía una receta escrita a mano. Recordé que siempre intentaba enseñarme a cocinar, y yo siempre buscaba excusas para no hacerlo. “Cocinar te ordena la mente”, me decía. Yo pensaba que era una tontería. Ahora, viéndolo así por escrito, creí entender lo que quería decir.

Pasaron varios días. Arreglé cosas simples: limpié, guardé ropa, tiré lo que estaba roto. Pero no con prisa ni con intención de borrar nada. Solo con la sensación de que la casa necesitaba abrir los ojos.

Hubo un momento, una tarde, en que me senté por fin en el sillón de mimbre. El mismo donde ella se sentaba todas las tardes. Me daba miedo hacerlo, como si ocupar su lugar fuera una falta de respeto. Pero cuando me acomodé, la sensación no fue de culpa, sino de... descanso. Como si ese sillón hubiera estado esperando que alguien lo usara de nuevo.

Miré la luz entrar por la ventana. Pensé en todas las veces que yo pasaba por delante sin prestarle atención, mientras ella se quedaba ahí, tranquila, mirando cómo las motas de polvo flotaban en el aire. Nunca entendí qué veía. Ahora creo que lo entiendo un poco más.

Estuve así mucho rato, sin moverme. Recordé que una vez me dijo que no hacía falta buscar grandes momentos para sentir paz. Que a veces basta con sentarse un rato y dejar que el cuerpo respire. Yo me burlé. Tenía quince años. Creía que sabía todo.

Cuando por fin me levanté, no me sentí vacío. Me sentí... acompañado. No por fantasmas ni cosas de esas. Por algo más simple: memoria. Ese tipo de memoria que no pesa, sino que sostiene.



Decidí quedarme más tiempo. No sé cuánto. No sé si voy a vender la casa, o arreglarla, o vivir aquí unos meses. Lo único que sé es que, por primera vez en muchos años, no estoy huyendo.

Por fin me permití pensar en ella sin culpa. Y cuando salí al patio otra vez, con las manos en los bolsillos, dije en voz baja, sin pensarlo demasiado:

—Abuela... volví.

Y el viento movió las hojas de la higuera, como si me respondiera. No sé si lo hizo, pero me bastó.

Por ahora, eso es suficiente. —LH





# LA REBELIÓN INESPERADA DEL PRADO



TOMÁS RODRÍGUEZ CASTRO

[www.instagram.com/tomascaastroo](https://www.instagram.com/tomascaastroo)

**E**l Prado estaba silencioso, demasiado silencioso. Las cámaras zumbaban sin descanso; los visitantes se hacían selfies, señalaban y avanzaban deprisa de un cuadro en cuadro, sin detenerse apenas. Los protagonistas de los lienzos, cansados de ser observados únicamente a través de pantallas, comenzaron a inquietarse. Era como si el mundo hubiera olvidado el respeto que siempre les fue debido.

De pronto ocurrió algo inexplicable. La infanta Margarita, envuelta en su espléndido vestido, alzó una mano con visible indignación. El destello de un móvil la había deslumbrado, y se llevó la otra mano a los ojos para protegerse. Frunció el ceño y bufó, mostrando un carácter firme que contrastaba con su corta edad.

Los turistas empezaron a apelotonarse alrededor de Las Meninas, intentando comprender qué estaba sucediendo. Y sin previo aviso, resonaron disparos en el museo. Los Fusilados del 3 de mayo corrían en todas direcciones, esquivando balas que rebotaban contra los muros mientras los soldados franceses disparaban sin éxito. El estruendo se propagaba por los mármoles, mezclándose con los gritos de los visitantes y las carcajadas de las criaturas fantásticas que escapaban del Jardín de las Delicias.

Los lienzos comenzaron a vaciarse uno a uno. La familia de Carlos IV, numerosa y torpe, tropezó repetidamente con su marco hasta acabar rompiéndolo al descender de la pared. La

reina María Luisa de Parma, al ver cómo las siniestras Pinturas Negras de Goya cobraban vida, se horrorizó y salió corriendo. Tropezó con un tapiz, perdió el equilibrio y cayó, aunque la caída fue amortiguada por los amplios faldones de su vestido à la française.

Por los pasillos, los Reyes Magos de Maíno, cansados de siglos de solemnidad, jugaban a la gallinita ciega con las Majas de Goya. Mientras tanto, la condesa de Vilches observaba fascinada a la Mujer Barbuda de Ribera; entre confidencias, risas y gestos cómplices, surgió una amistad tan inesperada como sincera.

Entonces, desde el centro de la galería, el suelo comenzó a retumbar. Carlos V y el duque de Lerma habían decidido montar a caballo y competir por la sala, galopando entre los visitantes y levantando polvo y asombro a partes iguales. Las Tres Gracias de Rubens bailaban al son del piano de Fortuny, ajenas al caos que las rodeaba. Con serio contraste, las hilanderas cuchicheaban mientras trabajaban con esmero, resguardadas junto a las columnas.

Los visitantes, aterrorizados, intentaban grabarlo todo. Pero los personajes no querían ser capturados. Los ángeles del Greco se impulsaban desde lo alto de las bóvedas, haciendo piruetas y arrebatando cámaras de fotos con acrobacias imposibles, mientras los animales de Orfeo reptaban, saltaban y desaparecían por las escaleras, explorando las salas con travesura.

Mientras la confusión se extendía, los personajes de La rendición de Breda avanzaban con paso decidido hacia las salidas. Espadas en mano y lanzas al hombro, parecían dispuestos a abandonar el museo para siempre, cansados de siglos de inmovilidad y miradas apresuradas. Justino de Nassau giraba la cabeza con nerviosismo, mientras las filas de soldados murmuraban, empujándose unos a otros en su intento de huida.

Pero al llegar a las puertas, los guardias del museo les cerraron el paso. Con gestos firmes y voces temblorosas, les ordenaban regresar, cruzando brazos y formando un muro humano frente a las salidas. Uno de los soldados intentó forzar las puertas con su

lanza pero se le quedó atascada. Nadie podía escapar. Ni los vencedores ni los vencidos. Durante unos segundos, el tiempo pareció detenerse: soldados del siglo XVII frente a vigilantes contemporáneos, mirándose con desconcierto, como si ninguno terminara de entender en qué mundo se encontraba.



El caos alcanzó su punto máximo. El aire se llenó de carcajadas, colores y movimientos imprevisibles. Los visitantes gritaban mientras un torbellino descontrolado parecía envolverlo todo. Era un pandemonio. O mejor dicho, era una fiesta imposible de imaginar.

Nada parecía capaz de calmar aquel frenesí creciente. Pero en el instante más inesperado, un grito cortó el bullicio en seco:

—¡Os lo suplico, silencio!

Era Juana de Castilla, pidiendo que la dejaran velar en paz a su difunto esposo. Todo quedó inmóvil: guardias paralizados, turistas boquiabiertos, criaturas y personajes suspendidos en pleno movimiento.

Fue entonces cuando Nicolasito, el pequeño de Las Meninas, se acercó a un niño que visitaba el museo. Con cautela y curiosidad, le presentó a su perro, y pronto los tres comenzaron a jugar juntos con una pelota. El perro, tan bueno y obediente, recibió como premio una hogaza de pan que tomaron de uno de los bodegones de Clara Peters.

Las risas y los saltos de alegría de los críos no tardaron en llamar la atención de todos. Y entonces, una verdad sencilla y maravillosa se hizo evidente: por primera vez en muchísimo tiempo, alguien del mundo real interactuaba de manera noble y auténtica con un habitante del Prado.

Todos comprendieron que el arte no está hecho para huir ni para ser consumido con prisa. Está hecho para dialogar, para ser observado, imaginado y compartido. Nicolasito y el niño, corriendo y jugando juntos, demostraban que esa interacción devolvía sentido al museo y a quienes habitaban sus lienzos.

Poco a poco, los personajes regresaron a sus lugares. Las criaturas del Bosco se deslizaron con cuidado. Los Fusilados retomaron su postura, solemnes y serenos. Juana volvió a arrodillarse frente a su esposo, mientras la familia de Carlos IV enderezaba con delicadeza su gran marco dorado. La Condesa y la Mujer Barbuda se despidieron entre sollozos, y los Reyes Magos y las Majas regresaron sonrientes a sus cuadros. Incluso Carlos V y el duque de Lerma montaron lentamente de regreso, sin perder la sonrisa tras su carrera caótica.

El Prado recuperó su calma aparente. Los visitantes continuaron su recorrido, ajenos al milagro que acababa de suceder. Pero algo había cambiado. Los protagonistas de las obras sonreían satisfechos; los espectadores los miraban con admiración, preguntaban, escuchaban, y se iniciaba un diálogo si-

lencioso entre quienes miraban y quienes eran mirados. Todos entendían que el arte está vivo, siempre que alguien se atreva a hablarle y a soñar con él.

Así, aquel día en que el Prado despertó, el mundo recordó que el sentido del arte y de los museos no reside en ser consumidos con prisa, sino en compartir su historia, sus secretos y su vida con quienes realmente desean observarlos. Y aunque desde entonces el museo parezca en calma, las obras saben que, mientras exista atención e imaginación, permanecerán vivas, eternas y luminosas, referentes inagotables para toda la humanidad. —LH





# LO QUE NO SE CELEBRA



**LUCÍA MACHIARENA SILVEIRA**

[www.instagram.com/luciamachiarena](https://www.instagram.com/luciamachiarena)

**L**a música no venía de la fiesta. Venía de más atrás, de un lugar donde ni siquiera la luz había entrado del todo. Se filtraba por las rendijas del diálogo, por los huecos entre las risas, por la piel.

Me quedé cerca de la ventana. Allí, al menos, la claridad no mentía. Afuera, las calles estaban vacías. Adentro, las voces se acumulaban como capas de un mismo eco. Alguien me miró esperando una risa. La di. Salió exacta: ni grande ni falsa, sólo suficiente.

Las manos ajenas no paraban. Ofrecían, brindaban, rozaban un hombro al pasar. Las mías reposaban sobre el borde de la mesa, abiertas, listas para recibir una orden que nunca llegaba. Mi vaso llevaba rato lleno.

—¿Todo bien? —preguntó una voz.

Asentí antes que terminara la frase. El líquido tembló cuando otra copa se posó a su lado. Observé esa vibración más de lo debido.

Desde la cocina estalló una exclamación. Luego risas. Luego aplausos. Nadie dijo lo que todos parecían necesitar oír... pero yo lo pensé, con una certeza que dolía: era una fiesta. La frase se extendió en mi cabeza como una gasa sobre el cuarto, cubriendo lo que nadie quería nombrar. Alrededor, cabezas se inclinaban. Las copas chocaban.

En el vidrio de la ventana, mi reflejo no se movía. No estaba triste. No estaba contenta. Estaba ahí, como un mueble que ya nadie ubica pero que sigue ocupando espacio.

Di un paso para escapar de esa idea. El suelo estaba tibio. El aire, denso. Cada tanto, alguien pasaba demasiado cerca y dejaba tras de sí un rastro de perfume, de calor, de conversación a medio coser. Flotaban palabras sueltas: nombres, viajes, fechas futuras.

El tiempo dejó de tener bordes. No supe cuándo había llegado, ni cuándo empezaría a irme. Me apoyé en la pared. La pintura áspera me raspó la palma, real por primera vez en horas. Miré el salón. Las sonrisas, los brindis, los cuerpos que se rozaban con alivio. Y otra vez, sin quererlo, la frase volvió: era una fiesta. Como si al repetirla pudiera crearla. Como si bastara con nombrarla para que dejara de doler. Nadie lo dudaba. Yo tampoco. Sólo que no encontraba dónde meterme dentro de esa certeza.

Miré el vaso. El hielo se había vuelto opaco, una forma borrosa que ya no era hielo. Lo giré entre los dedos y lo dejé sobre la mesa, fuera de fila, ligeramente torcido. Alguien se acercó y habló. No escuché. Sonreí. La sonrisa salió tarde y se le escapó la mitad. No la arreglé.

La música siguió. Las risas volvieron a estallar, firmes en su alegría, como si nada pudiera agrietarse. Y entonces, al fondo, entre el bullicio que fingía eternidad, surgió de nuevo la frase — esta vez como un eco interno, inevitable—: era una fiesta. Las risas lo confirmaron, aunque ya no tuvieran por qué.

Apoyé la espalda en la pared y dejé caer los brazos. El cuerpo eligió una postura sin consultarme: erguida, presente, desnuda de intención. Permanecí así —visible, exacta— sin añadir nada.

Por primera vez en la noche, no intenté ser otra. —LH

# ESTO NO ES NARNIA



ANA MARÍA ABAD GARCÍA

<http://www.facebook.com/anamaria.abad.111>

**M**ientras hablábamos -o, más bien, mientras mamá me echaba una bronca de campeonato y yo escuchaba, en la actitud más sumisa que me permitía el cuerpo-, no despegaba los ojos de los suyos, evitando por todos los medios desviar la mirada hacia el armario del que provenían los ruidos, para que no volviera a regañarme.

Aún recuerdo cuando, la semana pasada, escuché en su interior un estruendo muy grande y, al abrir la puerta, tropecé con una manada de elefantes que lo atravesaban a la carrera, sorteando a duras penas la ropa colgada. No consiguieron esquivarla toda, claro, y mi chaqueta favorita, la de lana blanca con botones de perlititas, fue a parar bajo sus patas y quedó llena de huellas de barro.

-¿La chaqueta que he tenido que lavar a mano? -gruñó mamá cuando se lo conté-.

¿La que te pusiste el domingo para ir al parque con papá, y que dejaste por ahí tirada para que terminase siendo pisoteada por los chiquillos?

-Por los chiquillos no, mamá, fueron los elefantes de mi armario. Pero mamá soltó un bufido y no quiso seguir con el tema.

Unos días después oí muchos golpes dentro del armario y, al asomarme por la puerta entreabierta, sorprendí a un par de duendes dando martillazos. Eran más simpáticos que los

elefantes y me regalaron una preciosa cunita de madera para mi muñeca favorita.

-¿De qué hablas? -se extrañó mamá-. Esa cuna la compró papá en un mercadillo, no sé por qué últimamente te ha dado esa manía de inventarte historias.

Me mordí la lengua para no discutir con ella y desde entonces no he vuelto a mencionar el armario de mi cuarto: no le he dicho una palabra del ballet ruso que la otra tarde salió dando saltos y haciendo piruetas, y me invitó a bailar con ellos "El Lago de los Cisnes" sobre la alfombra -qué guapa me veía con el tutú rosa que me prestaron-; ni del pozo mágico que descubrí al día siguiente bajo las zapatillas de deporte, y que me concedió el deseo de ponerles lucecitas de colores en los talones -¡lo que fliparon mis amigas en el cole cuando las vieron!-; ni siquiera de la casita de chocolate que apareció ayer entre las mantas del altillo -ya veremos cuando llegue el invierno y mamá las encuentre llenas de manchurrones-.

Pero esta mañana no he tenido más remedio que pedirle ayuda. Me acababa de poner la ropa que había sobre la silla -mamá siempre me la deja preparada la noche anterior, para tardar menos-, cuando me ha parecido distinguir el sonido de unos tambores en el interior del armario. Mamá me estaba llamando a desayunar y no le gusta que me retrase, pero la curiosidad ha sido más fuerte que el deber y he pensado que no pasaría nada por asomarme sólo un momentito. ¿Y si era una fiesta y me la estaba perdiendo? He abierto la puerta y no he podido evitar soltar un chillido: entre las faldas de vuelo y los pantalones cortos estaba papá, vestido de safari y atado a un poste. A través de la mordaza que le tapaba la boca se escapaban murmullos ahogados en los que me ha parecido distinguir, al menos, mi nombre, y pestañeaba tanto que sus ojos parecían estar pidiendo socorro en morse. Mientras, unos indígenas danzaban a su alrededor, cubiertos con taparrabos y adornados con collares hechos de cuentas y plumas. Al oírme gritar, se han vuelto hacia mí enseñando unos dientes muy afilados y agitando las lanzas que llevaban en la mano.

Sin perder un segundo, he cerrado de un portazo y he bajado a la carrera hacia la cocina, pero en mitad de la escalera me he chocado con mamá, que subía a investigar por qué tardaba tanto. Ha tenido que sacudirme por los hombros para que me calmara un poco y pudiera contarle lo que me tenía tan agita-



da y, en ese momento, no estaba yo para pararme a pensar y se lo he soltado todo de sopetón.

-¡Papá está prisionero de una tribu de salvajes que se lo quieren comer! -he gritado, aterrorizada.

-¿Quéééé? -ha chillado mamá, a su vez, abriendo mucho los ojos-. ¿Dónde?

-¡En mi armario!

Entonces, le ha cambiado el color de la cara. Ha apretado los labios muy fuerte y sus dedos se han despegado de mis hombros.

-Baja a desayunar -ha mascullado entre dientes. Al ver que yo empezaba a protestar, ha añadido, en tono algo más alto:- Ahora mismo.

Y ha señalado con el brazo extendido en dirección a la cocina.

-Pero es que... -he intentado, de todas formas.

-¡Ni una palabra más, señorita!

He bajado el resto de la escalera cabizbaja y con un gran peso en el pecho. Al sentarme frente al cola-caos y la tostada, me he girado hacia ella y, con los ojos llenos de lágrimas, le he preguntado, en un susurro:

-¿Podemos salvar a papá, por favor?

Mamá ha suspirado, creo que le he dado algo de penita, y ha meneado la cabeza.

-Tú desayuna y vete al colegio, que ya me ocupo yo.

-Pero le vas a salvar, ¿verdad? Es que los indígenas deben ser caníbales porque

encima de la estantería de las camisetas me ha parecido ver un caldero humeante.

Mamá ha fruncido el ceño y no ha dicho más, pero con la mano me ha indicado que me diera prisa. El reloj de la cocina marcaba ya y cuarto, así que he engullido el desayuno a toda velocidad y he salido disparada hacia el colegio, colgándome la mochila de camino.

-¡Ten cuidado al cruzar! -me ha gritado mamá desde la ventana, como si fuera un día normal.

Yo he agitado la mano en respuesta, como siempre, pero esta vez he añadido, mientras corría por la acera:

-¡Vale, pero tú sube a salvar al pobre papi!

Mamá ha desaparecido de la ventana y yo he seguido corriendo. Menos mal que el colegio está cerca; aún así he llegado por los pelos y me he llevado una bronca de la profe de lengua, porque ya había cerrado la puerta de la clase -qué

exagerada, ni siquiera había llegado a sentarse en su silla-. He pasado toda la mañana distraída, mirando una y otra vez el reloj, sin escuchar apenas a los profesores y sin intervenir en las conversaciones de mis amigas, que no hacían más que preguntarme lo que me ocurría, pero yo no tenía ganas de contarles nada, estaba demasiado preocupada por papá. ¿Habría llegado mamá a tiempo? O bien, horror de los horrores, ¿la habrían hecho prisionera a ella también?

Esa posibilidad, que no se me había ocurrido antes, me ha puesto todos los pelos de punta y cuando, al fin, ha sonado la campana, he cazado mi mochila al vuelo y he trotado de nuevo hacia casa, rezando para que todo haya salido bien.

Y aquí estoy, llamando al timbre. Mamá me abre la puerta sonriente, como de costumbre, lo cual me da esperanzas.

-¿Has salvado a papá? -le pregunto, casi sin resuello después de la carrera.

-He encontrado la solución perfecta. Ya no tendremos más problemas con el dichoso armario.

Eso no me suena nada bien así que corro -otra vez- escaleras arriba, con un mal presentimiento flotando sobre mi cabeza. Al llegar a mi cuarto, abro la puerta con cierto recelo y suelto un agudo chillido al ver el desaguisado: el macizo armario de madera ha sido sustituido por una estructura metálica -de IKEA, seguro, tiene toda la pinta- con unas barras horizontales a dos alturas de donde cuelgan las perchas con mis vestidos, y unos estantes de rejilla ocupando todo un lateral, donde se apilan mis camisetas, jerseys y ropa interior. Todo bien a la vista, sin paredes ni puerta alguna.

-¡Nooooo! -grito, al borde del llanto-. ¿Qué has hecho?

-Así ya no habrá más ruidos ni más historias -se justifica mamá, en sus trece.

-¡Pero... pero...!

-Bueno, ya está, se acabó. Ponte a hacer los deberes y no se hable más.

-¿Y qué has hecho con el armario? -pregunto, débilmente.

-Se lo han llevado los del Ayuntamiento. Supongo que lo venderán, la verdad es que me da lo mismo, como si quieren hacer leña con él.

Sale de mi cuarto dando un portazo y yo me tiro en la cama a llorar, desconsolada.

Pasan los días y, efectivamente, en mi habitación no vuelve a oírse ningún ruido fuera de lo normal. No más elefantes, ni duendes, ni bailarines de ballet. Tampoco hemos vuelto a



ver a papá. Mamá conferencia con la vecina de enfrente en el rellano de la escalera cuando cree que no las oigo, y atrapo alguna que otra palabra: “huir”, “pelandusca”, “dinero”. Me pone triste que no me crea, pero me pone más triste aún pensar en el pobre papi, sin saber si todavía está esperando a que vayamos a rescatarlo o si los indígenas caníbales lo han echado al estofado.

Ahora me aplico mucho en clase de geografía, para tratar de localizar en los mapas el poblado donde lo tienen prisionero. Entonces, ya sólo me quedará encontrar otro armario de madera y, con un poco de suerte, podré traer a papá de vuelta a casa. —LH





# ESTRELLITA DEL SALÓN



CYNTIA PAOLA OCAMPO  
QUIÑÓNEZ

<https://cynthiaocampo.com>

**M**e despierta el olor a pinol. Mamá trapea la casa; escucho sus pisadas que van y vienen por la planta baja, como si bailara un vals quedito. Me incorporo en la cama y me estiro. Espanto a narizón, que duerme a mis pies. No me gusta cómo me mira; prefiero a Misty, pero desde que tuvo a sus gatitos ya no me hace caso. Anoche la vi cargarlos uno a uno en el hocico hasta el armario de mis papás; quién sabe si logró mantener a salvo su guarida.

—¡Mami!

No responde. Tengo hambre. Desde el comedor la veo bajar las escaleras con la escoba en la mano. Me prepara mis huevos estrellados; los ahogo en salsa chipotle, como me gustan. Me los termino y paso la lengua por el plato mientras veo Rosa Salvaje.

Ya es hora de prepararme para ir a la escuela; el turno de la tarde me gusta. Mi papá es el director. No entiendo por qué muchos niños se avergüenzan de ver a sus papás en la escuela, a mí me encanta.

Me apresuro a ponerme el uniforme, no quiero que mi hermana llegue de la prepa y me haga una cola de caballo apretada y relamida; se me achinan los ojos y la presión atrapa las ideas en mi cabeza. Me dejo el pelo suelto, como me gusta.

Mi mamá me lleva en el coche. Agacho la cabeza. Todos saben que vivo a tres cuadras; no quiero ser la presumida que no

camina. Los que llegan al mismo tiempo miran mi American verde rana. Desde la entrada veo a Katy cruzando la calle. Vive en la contraesquina de la escuela y siempre llega tarde. ¿Vengo tarde? No, más bien ella llegó a tiempo. Trae un moretón en el brazo. Le pregunto qué le pasó y dice que se cayó. Se cae muy seguido, ¿se le enredarán los pies? La noto triste. Cuando yo me caigo, lloro y grito fuerte y si me escuchan, mamá llega con alcohol y algodón o una servilleta con hielo, según la herida. Luego me calmo y me río, como siempre.

Katy se queda sentada en su silla, callada; ni siquiera quiere salir al recreo.

Eva y yo vamos a la tiendita, compramos aguas de naranja, papas y paletas Tutsi Pop. Me cuenta que Katy y su hermana se quedan con su abuelo por las tardes y que, a veces, les levanta la falda, usando su bastón. Yo no tengo abuelitos; pensaba que todos eran tiernos. Lo he visto llegar en su silla de ruedas, tapado con una cobija a cuadros, muy quieto. Sería fácil apartarse, salir corriendo lejos, pero luego llegaría la noche y Katy y su hermana tendrían que volver. Y su abuelo estaría esperando.

La maestra dice que gané el primer lugar en el concurso de aprovechamiento de la zona; todos aplauden. En casa no me dicen nada; no es nada nuevo; mis hermanos ya lo hicieron antes. Yo tampoco digo nada. Martín, mi compañero, se eno-



ja. Siempre tiene la esperanza de que lo manden a concursar, pero nunca lo eligen.

A la hora de la salida, mi papá me espera para irnos en el coche. Le pido permiso para irme con mis amigos.

—Rápido, ahí vienen, que no te vean.

Él se ríe y dice que está bien. Corro para alcanzar a Eva y ella me pregunta, extrañada, si de verdad me voy a ir con ellos. Le contesto que sí. Luego me dice que no pasarán por mi calle, sino por la Matamoros, para comprar pirulines.

—Está bien, le digo.

Martín viene detrás de nosotras con Félix, el que no se baña. Entonan una canción:

*La estrellita del salón, la estrellita del salón.*

Lo dicen por mí; creen que voy a enojarme. No tengo por qué. Las estrellas son bonitas; brillan solitarias y lejanas en la noche. Qué tonto.

Al llegar a casa, hago la tarea para estar libre mañana. Invito a mi hermana Marian a jugar con los Playmóvil. Antes de que terminemos de acomodar la granja, la vecina de enfrente la viene a buscar y sale corriendo de la casa, dando un portazo. Mi hermana Perla me grita desde su habitación en el segundo piso y dejo los juguetes en el suelo. Que los recoja ella.

Ya se escuchan las campanitas del carro de la nieve. Perla quiere que salga a comprar.

—Pide un vaso grande para mí y el cono para ti.

Después de zamparse el helado, le da sueño; dice que me salga para poder dormirse. Me voy a jugar al patio. Subo al árbol de mandarinas con la facilidad de un gecko al caminar por la pared.

Recuerdo mi pesadilla de la noche anterior: Freddy Krueger venía por mí y yo no podía moverme; tenía los pies clavados en el cemento, justo debajo del mandarino. No me atrevo a bajar del árbol; me quedo ahí hasta que Perla grita mi nombre. Ya despertó. Pregunta si quiero ir con ella y Marian al cine. Verán la de *Puerta al infierno*.

—No, mejor me quedo —le digo sin pensarlo mucho.

—¿O prefieres quedarte con Val y ver *Acción*?

Preferiría que Narizón me clavara las uñas antes que ver deportes.

—No, me quedo con mami.

—Mamá irá a una boda.

Sé que dentro del pecho están el corazón y las tripas, pero lo siento hueco y se me vienen las lágrimas. Corro al baño. Le

ruego a mami que no se vaya, que mejor invite a sus amigos a venir a la casa, así como la vez pasada, mami dice que esa era una fiesta de sus compañeros de clase, y esta es una celebración grande, en un casino. A pesar de mi llanto, papi y mami se van a la boda. Me quedo detrás de la puerta, escuchando el clac, clac del taconeado de mami hacia el coche.

Me pongo mi vestido lila de olanes. En la película hay una cabaña y un bosque, pero todo está oscuro; los árboles marchitos, la cabaña gris y polvosa. Una mujer baila sujetando su propia cabeza. Me tapo los ojos con los olanes del vestido; el corazón me golpetea y sudo mucho, del miedo y del calorón que hace. Un señor fuma sin parar, con el cigarro colgándole de los labios mientras mira la pantalla. Cuando se carcajea por la escena de la descabezada, la colilla se le cae de la boca y quema el tapete. El olor a pies sucios y plástico chamuscado me llega de golpe. Al fin termina. Mi corazón, poco a poco, regresa a su latido normal.

Me quedo un ratito con Marian en lo que llegan mis papás. Dicen que ya me tardé en salirme de su recámara, que ya estoy grande para dormir con ellos. Yo no lo creo; no me imagino dormir en una cama grande, sin ellos al lado de mi camita, sin su plática nocturna de preocupaciones del día; la deuda del banco; el coche descompuesto; los celos de papi por los compañeros de mami. ¡Ay, sí, el Tomás! Dice papi, y mami responde, bajando la voz, que solo es un compañero y que casi no le habla.

Mi hermana empieza a roncar y yo aún no puedo soltar el libro del dragón mágico.

¡Qué ganas de encontrarme uno de esos! Y también una amiga como la niña gringuita de la historia, para que juntas nos vayamos de nuestras casas a vivir una aventura. Que nuestras familias nos extrañen y no nos lleven a ver películas de mujeres decapitadas, nos den la nieve más chica o se vayan de fiesta. Me levanto y voy a la ventana. De las estrellas despa-rramadas en el cielo, elijo a la más brillante y le pido que me proteja de los abuelitos con cobija a cuadros y de mujeres que bailan sin cabeza. —LH



# LA RELATIVA JOCOSIDAD DEL CUARTO DEL FONDO



MILAGROS ANTONELLA  
CORALLO BAO

[www.instagram.com/mil\\_rosass](https://www.instagram.com/mil_rosass)

No son los mismos ojos, aspiraciones a pequeñas ventanas, los que encajan simétricamente en tu rostro, luego de haber reflexionado en el cuarto del fondo. Volvés con una sobredosis emocional, te cuelgan margaritas del viejo delantal y una mariposa con rímel que aún no sabe que puede llorar. Pero siempre regresás con un pañuelo en alguna parte del cuerpo (que yo no veo), humedecido por el acto de la sensibilidad.

Venís un poco menos inocente de allá. Venís hasta aburrida y demencialmente crítica, con tu propia forma de respirar.

Sabés lo que estuve pensando —me decís—. No es una pregunta. Es una forma de presumirme tu profundidad recién quitada del tender, que alguna vez quisiste alcanzar (en puntitas).

—No, no sé qué anduviste pensando —te digo. Me mirás amenazante—. ¿Qué anduviste pensando? —agrego, para que no te vayas de nuevo a reflexionar acerca de las respuestas que uno a veces acostumbra a dar. Sos linda, aunque tengas un termómetro para medir los esfuerzos de la gente por expresarse.

Andás con las teorías del “ida y vuelta”, del “yin y yang”, del valor del cariño transmitido en cualquier representación gramatical. Del equilibrio, las fuerzas divinas y la intelectualidad. De ser lo suficientemente comunicativa (cada vez que te vas). Hablo de irte reflexivamente, como a vos te gusta. A veces por las ramas, a veces por las esquinas del tema central. A veces irte tan solo a un espacio abstracto y acampar allá. Solés distraerte con la belleza

del: ¿por qué el mundo es mundo?, ¿por qué somos representaciones físicas de una esencia espiritual? El otro día me dijiste que querías ir al jardín pero sin llevar el cuerpo, como si el cuerpo fuera un accesorio más. Como si el cuerpo fuera tan solo una mochila que nos ata a la superficie.

—¿Y qué tiene la superficie? —pregunté.

—Yo busco la profundidad —dijiste.

—¿Pero quién llegó a la profundidad sin antes meter el cuerpo en la superficie?, para entonces hundirse más.

—Yo no hablé de meter el cuerpo. Yo hablo de acceder con nuestro historial de persona abstracta y elemental a la profundidad. Vos creés que llegar a la profundidad es sinónimo de hundirse; yo creo, en cambio, que llegar a la profundidad es aprender a nadar —contestás.

Te enorgullece empezar la mañana con ese tipo de conversaciones. Yo no sé si estoy por morirme o si realmente el cuarto del fondo te deja a flor de piel. Tengo que preguntar otra vez, para que no pienses que ya me olvidé de lo que dijiste cuando viniste corriendo del cuarto del fondo, con la anécdota, como si esta fuera una bolsa de caramelos.

—¿Qué anduviste pensando? —repito. Siento que tuviste uno de esos pensamientos que culminan en alguna expresión artística, desde barrer con los ojos cerrados hasta cantar en la ducha.

—Que yo soy una hormiga —esbozás—, y esos “ojos miga de pan” se vuelven cada vez más difíciles de descifrar. A mí, que me gustaba tanto tu ordinaria técnica de mirar, ahora debo resignarme a tu impiadosa originalidad. Venís llena de mundo, pero algo antisocial. No me preguntás qué hacer un martes por la tarde, solo cuestionás los pasos de la humanidad. Comenzás con ese detestable uso de las generalidades. Decís: “Todos alguna vez...” y te escapás de mis consultas, tan

concretas que lastiman ya a tu nueva y cuestionable vida de “estoy pensando, ¿por qué me pedís tanta practicidad?”. Vos, que siempre fuiste tan hábil irrumpiendo los silencios, tan espontáneamente irreverente, ahora te encuentro meditabunda. Volvés un poco más madura del cuarto del fondo y, por lo tanto, un poco más aburrida.

Cuando te digo: “Antes eras más divertida”, me decís: “Ah, pero antes no sabía lo que ahora sé” y sonreís.

—¿Y qué sabés? —te digo.

Y me querés llevar al cuarto del fondo. Pero mi cuerpo no es de esos que fácilmente escapan de su corporeidad. Me alejo, te reprocho: únicamente tenías que responder como la mayo-

ría de la gente cuerda lo hace. Pero no, vos no podrías fingir cordura.

—Antes eras más divertida —repito.

—Ah, pero antes no te quería —contestás—. No te quería tanto.

Yo me río, porque fue gracioso. Pero vos jamás podés quedarte con esas frases enmarcables. Y tenés que acotar.

—Querer a alguien, querer realmente a alguien, requiere una extraordinaria capacidad de reflexión —me decís.

—¡Qué curioso! Yo creo justamente lo contrario —te respondo.

—Querer a alguien implica replantearme todo accionar. Cada acto es la consecuencia del sentimiento que se tiene. No se puede obrar sin la consciencia del respeto que tenemos por quienes amamos. Si yo te amo, es porque soy capaz de reflexionar. Si no lo fuera, solo estaría aventurándome en las formas más superficiales del deseo. Amar es una completa complejidad, y eso no le quita mérito al amor; al contrario, le brinda cierta exclusividad. Yo no creo en los amores al por mayor. Yo creo en el tiempo que uno dedica no solo a amar (y entiéndase esto como la entrega física y espiritual), sino también a pensar en el amor. Yo pienso en el amor, y no lo hago con la intención de amarte más. No. Lo hago con la intención de amar mejor, más libre, más autocrítica, más pura, más sensible.

—Yo creo que amar es solo sentir lo que sentimos, sin todo eso que dijiste.

—Pero amar a alguien implica no volver a ser el mismo que se era antes —me dice.

—No, amar a alguien implica ser exactamente igual a como era uno antes.

—Te confundís. El amor no es más que una experiencia. Uno nunca puede volver ileso de ella. La experiencia nos cambia, queramos o no. La experiencia nos brinda otra altura, otra anchura, otro color —lo decís tan segura que empiezo a asustarme de tu insistente reflexión.

Te reís como si fuera la gran cosa. Volver del cuarto del fondo hace que saltees las baldosas. Te creés más alta, ardua y laboriosa en la rebuscada ciencia (esa que te representa), la de decir todo lo que pensás. Pero entonces, si estás tan llena de coraje,

¿por qué te vas al cuarto del fondo?, ¿por qué no reflexionás delante de todos?, ¿no es la reflexión un trabajo en grupo?, ¿no es la reflexión un encuentro abrasivo y expositivo? Las palabras... Parece que salen chiclosas de tu boca, parece que estás pariendo muchas letras, y que cada una tiene un peso agobiante. ¿Pero qué te puedo decir?, si te sentís radiante. Al menos eso fingís. ¿Qué

puedo saber yo de la verdad a la que se aspira y de la verdad que nos toca, casi como ruleta rusa?

Yo te veo distinta. Volvés con una sobredosis emocional, te cuelgan margaritas del viejo delantal. Me decís que te gustaría reencarnar en un jacarandá. A mí me gustaría que dejaras de ser así de lunática —te digo—. Y vos me decís que mejor te gustaría reencarnar en una palabra.

—Qué esplendorosa libertad, ser vocabulario para alguien más. Ser concepto, ser un libre albedrío de interpretaciones, andar en la pronunciación de la gente. Siempre me gustaron las palabras.

—Ah, ¿sí? —te contesto. Finjo sorpresa.

—Siempre me gustaron las palabras —retomás—, hay algo tan bello en su unidad.

Yo pienso en las palabras, las desgloso, las divorcio, las separo legalmente de las bocas que portan aquellas expresiones, y hago que tengan el peso de la independencia. Que una palabra tiene valor aunque ande por ahí suelta, sin receptor ni emisor. Sin correa ni paseador. Me gusta el anonimato de una palabra, que juega a escandalizar porque nunca puede ser descubierta, porque está atrapada en la mera abstracción de no tener quien la materialice con la voz. Me gustan las palabras que se arrojan por un balcón, que se vierten a veces sin ton ni son.

—No puedo estar teniendo este tipo de conversaciones con vos —te digo.

—¿Por qué no? —contestás, y te ofendés.

Y veo tu silueta escaparse al cuarto del fondo otra vez. Vas ahí cuando el cariño te parece absurdo. Te quejás de los vericuetos existentes en la comunicación y el dúo. Pero te morís por salir del cuarto del fondo y venir a decírmelo todo, así como hacés vos: sin decirlo. Te encantan las palabras, tanto que ponés sobre ellas un manto romántico. Decís que la primera palabra que alguien te dijo fue: experiencia. Y ahí lloraste mucho.

—¿Por qué? —te digo.

—Porque dejé de sentir sorpresa —me decís, no sin antes irte al cuarto del fondo.

—¿Para qué?

—Para reflexionar —agregas.

—¿Y no podés reflexionar adelante mío?

—No, porque a vos no te gusta que me vuelva microscópica. Diminuta. Insignificante. Para entender la inmensidad que nos rodea, y de la que a veces siquiera somos parte. Yo sé que hay algo más. Debe haber un motivo —me decís.



Sé que te tengo que dejar. Que tengo que decirte “andá” y mirar cómo cruzás el umbral. Necesitás ese espacio. Necesitás repetirme que no existen las voces ni los oídos, que es el pensamiento lo único indiscifrable, pero a la vez genuino.

—Estamos en las mismas condiciones —te grito.

Sé que me escuchás, que el cuarto del fondo no está tan lejos como vos aparentás, a vos te atrae la estética de las declaraciones y a mí me da igual. A mí me gustan otras cosas. A mí me gusta tu textura de ojos: tienen tamaño a migas de pan por la indefensa forma de perderse en la oscuridad. A mí me gusta lo que no requiere de una explicación exhaustiva.

A vos te gusta aquello que generalmente te brinda dudas; gozás con la complejidad. Te nutris del escándalo expresivo, te alimentás continuamente de lo que habita en el cuarto del fondo. Es más, yo sé cuándo te estás por ir allá, porque te prepararás.

—Qué hermosamente estúpidas son las personas cuando se preparan para llorar —te digo.

—Qué hermosamente estúpidas son las personas que ven al llanto como una muestra de debilidad —respondés al pasar.

—Es porque esa gente no vivió todo lo que yo viví —te grito.

Sé que si digo eso te vas corriendo al cuarto del fondo, así que funciona como recurso para cuando no te quiero ver más. Qué de cosas pensarás en el cuarto del fondo... Qué de cosas sentirás, como para volver y no cuestionarme absolutamente nada.

Volvés algo lastimada, pero mucho más sensual. Volvés herida pero más atractiva, y yo no me atrevo a preguntar.

¿Por qué de repente no te importa nada?, ¿qué hiciste con toda esa sensibilidad?

¿cuánto te dura el “yo reflexivo”?, ¿qué tanto de lo que reflexionás es cierto? Si estuvieras en un estado mental tan profundo como decís, no volverías acá: a hacer lo básicamente trivial. No te angustia cargar con un accionar desmesurado, no te angustia la circunstancial vulgaridad que de pronto invadió tu espacio.

—No podés evitarlo —decís—. Sonreímos los dos.

Al rato, te volves fría, me acusás con la mirada por no decir algo más. Empezás con las frases existenciales. Te vas alejando. Me decís que tenés que irte a buscar algo. Estás contenta, pero no tanto.

La última vez que te vi recuerdo que hablaste de lo que tarda uno en darse cuenta.

—Darse cuenta de qué —te dije.

—De que no es suficiente.

Ese día te seguí, con la intención de cruzar el umbral de tu intimidad. Quise saber qué tanto hacías allá. Te fuiste con la excusa

de que necesitabas reflexionar, cabizbaja, triste, casi decepcionada. Sentí miedo de perderte y curiosidad por lo que me podía llegar a reemplazar. Entonces vi ese cuarto, tan horrible, viejo, doliente, casi un surco nostálgico. No fue hasta que abrí la puerta que me encontré con semejante impacto: era una fiesta. —LH



# ERA UNA FIESTA NADA MÁS

FLORENCIA GÓMEZ CORREA



[www.instagram.com/lizzy.c.white](https://www.instagram.com/lizzy.c.white)

## EL DÍA ANTES DE LA FIESTA

En el municipio de Ávila, ubicado en España, los cursantes del último año de una escuela secundaria estaban amontonados en los patios de la escuela charlando sobre lo mucho que se van a echar de menos.

—Maldita sea tío —dice Matías—, ¿te enteraste que Santos va a hacer una fiesta mañana?

—Lo sé —confirmó Miguel—, para colmo no para de mirar a mi novia. Pero ya verá que voy a aparecer en esa fiesta aunque me lo impida.

—Yo te apoyo, ¿vas a invitar a tu noviecita Rosa?

—¿Era una opción desde el principio? Por supuesto que sí.

—Tendrás que estar atento a que ningún chaval se acerque a ella.

—¿Tengo pinta de ser un novio tóxico? No tengo problemas en que hable con otros chicos, ella sabe que tiene que decirme si alguien la molesta.

## DESPUÉS DE LA FIESTA

Era domingo por la mañana, la fiesta se había descontrolado un poco la noche anterior y varios de los que habían asistido parecían haberse quedado a dormir.

Miguel estaba acostado en las escaleras, abría de a poco los ojos, la cabeza le daba vueltas y no recordaba nada de la noche anterior.

—Tío —dice Santos mientras patea la pierna de Miguel—, despierta ya, mis padres van a llegar en cualquier momento y todavía tengo que limpiar todo esto.

—¿Qué pasó ayer? —Se pone de pie lentamente.

—Anoche fue la mejor fiesta del año, gracias a ustedes por traer el alcohol.

—De nada, eso creo... Me gustaría quedarme y ayudarte, pero mi madre debe estar muy preocupada.

—Nos vemos luego. Los invitaré a la próxima fiesta porque molan un montón.

## 3 HORAS ANTES DE LA FIESTA

La noche de la fiesta había llegado como un rayo en una tormenta. Clara, que es la madre de Miguel, se había sorprendido de que su hijo quisiera ir a una fiesta esa noche. Aunque estaba dudosa sobre las implicaciones inherentes de que su polluelo vaya a una fiesta a altas horas de la noche; se alegraba de que saliera y se divirtiera como los chicos de su edad.

—Hijo mío, qué guapo estás.

—Gracias mamá —sonriendo—, siempre me dices lo mismo y siempre me anima.

—Espero que tengas una noche maravillosa, no olvides portarte bien con tu chica.

—Ya lo sé, siempre soy un caballero con ella.

—Qué afortunada es tu novia de tener a un chico como tú.

## ACTUALIDAD

Miguel ya había llegado a su casa y estaba sentado a la mesa junto con su madre. Su cabeza ya no le daba tantas vueltas y se encontraba mejor.

—Me alegra que te hayas divertido, hijo, pero eso de llegar tarde como que no me gusta mucho.

—Estoy bien, mamá, prometo que no volveré a pasar.

En eso que estaban desayunando, alguien llama a la puerta. La madre de Miguel se levanta y va a ver quién llama con tanta urgencia.

—Buenos días —dice un oficial de policía—, ¿se encuentra el señor Miguel?

—¿Está en problemas?

—No, solamente queremos hacerle algunas preguntas sobre la fiesta a la que fue.



—¡Miguel, ven aquí un momento!

—¡Ya voy! —Se acerca a la puerta—. ¿Ha pasado algo?

—Señor Miguel, ¿usted estuvo anoche en la fiesta con la señorita Rosa?

—Si, yo la llevé en mi coche, ¿por qué lo pregunta?

—¿Sabe usted dónde se encuentra?

—No lo sé, ¿en su casa tal vez? No la he visto desde anoche.

—Necesitamos que nos diga cualquier detalle que pueda recordar. Rosa está desaparecida desde anoche y sus padres no saben dónde puede estar.

—¿Ha desaparecido? —Muy preocupado.

—Le rogamos que nos llame si recuerda algún detalle sobre lo ocurrido. Que tengan un buen día.

### 1 HORA ANTES DE LA FIESTA

El coche para lentamente en frente de la casa de Rosa esperando por ella, pero al ver que si padre estaba en la entrada, tuvo que bajar del coche e ir a presentarse.

—Buenas noches —dice Miguel mientras extiende su mano—, soy Miguel Ramírez, el novio de su hija...

—Lo sé —estrecha su mano con fuerza—, ella me ha hablado mucho de ti y no creí que fueras un blandengue.

—Jeje —trata de no quejarse del dolor—, me alegra poder conocerlo en persona. Me preguntaba si Rosa ya está lista para irse.

—¿Fumas?

—No, señor.

—¿Bebes o te drogas?

—Le aseguro que estoy limpio...

—Mientes.

—¡Papá! —Aparece Rosa detrás de su padre—. Él es un buen chico y es responsable, te he dicho que estaré bien con él.

—Jum. Más te vale que cuides de mi hija.

—Lo haré —contestó Miguel rápidamente—, ella volverá sana y salva.

Luego de que Rosa se haya despedido de su padre, sigue a Miguel hasta su coche. Al mirar al asiento de pasajeros, ve las botellas que fueron colocadas cuidadosamente.

—Le dijiste a mi papá que no bebías.

—No bebo, de verdad, Matías dijo que era buena idea llevarlas a la fiesta para que no nos presentáramos con las manos vacías.

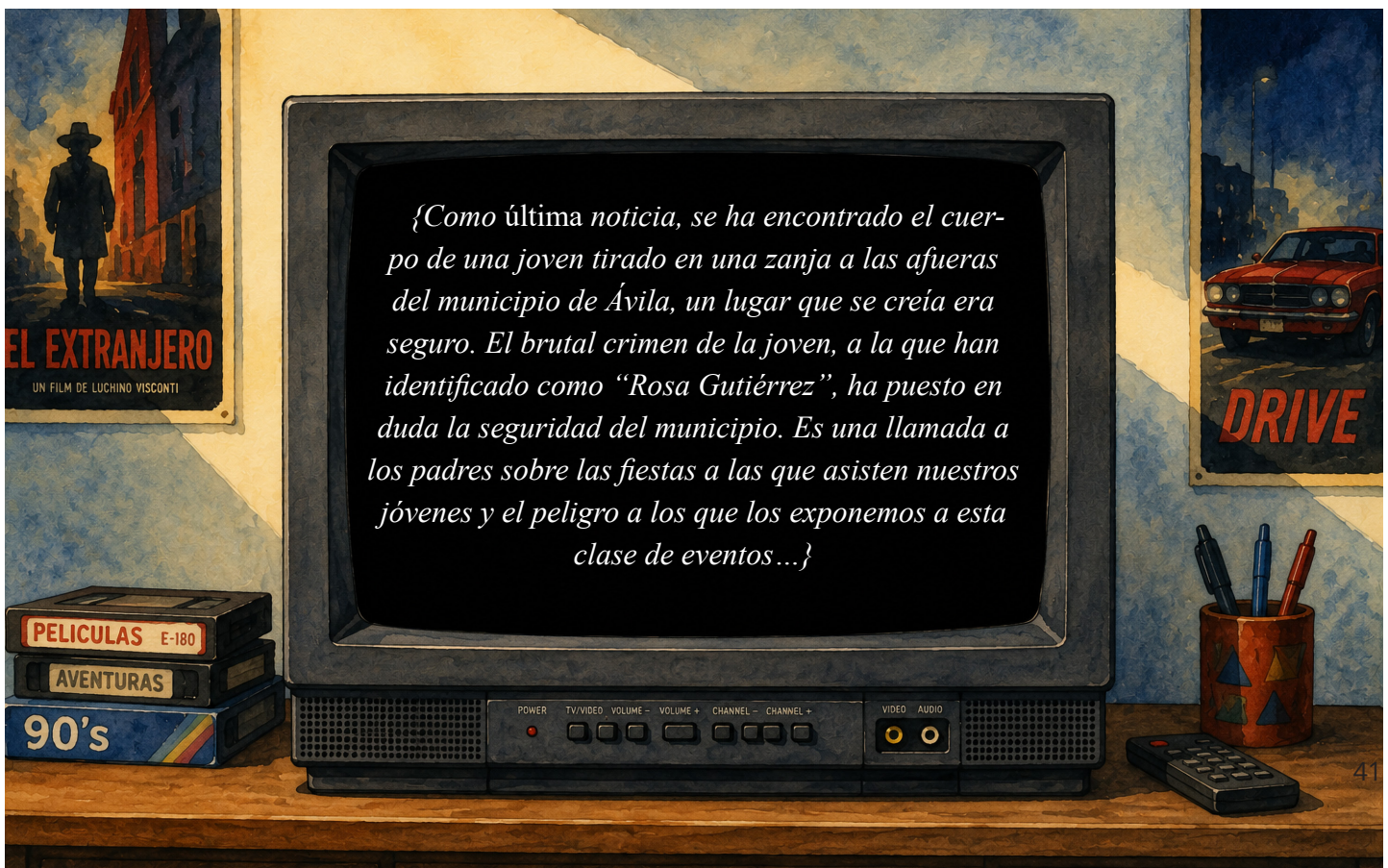
—Miguel, esto no es una buena idea.

—Mi amor, te prometo que no voy a beber, ¿de acuerdo?

### ACTUALIDAD

—¡Hijo! —dice urgentemente Clara—, ven rápido, en la televisión están hablando de tu novia.

—¿Qué? —corre a la sala y mira atentamente la televisión.



Antes de que pudieran seguir escuchando las noticias, el timbre de la puerta suena. Madre e hijo van a abrir y se encuentran con un par de policías.

—¿Señor Miguel? —dice uno de los policías—. Queda usted arrestado por el homicidio de Rosa Gutiérrez.

El segundo policía le pone las esposas a Miguel, este último mira a su madre pidiendo ayuda.

—Mamá, yo no hice nada.

—Dejen a mi hijo, él es inocente, es solo un niño.

—Señora —interrumpe el policía—, el teléfono de su hijo ha sido encontrado junto al cuerpo. Le pido que no interfiera o usted también tendrá que ir a prisión por obstrucción al arresto.

## 2 HORAS ANTES DE LA FIESTA

Antes de recoger a su novia, Miguel tomó un desvío por la casa de Matías, al parecer era la única condición que debía cumplir para que su mejor amigo tuviera permiso de sus padres para ir. Tal parece ser que Miguel era alguien de confianza.

—Bueno —cerrando la puerta del coche—, tío, tenemos que ir a por unas cervezas.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—Imagínate aparecer en la fiesta de Santos sin llevar nada.

—Podríamos llevar unas patatas fritas, no tiene por qué ser alcohol.

—Tío, no seas aburrido, vamos por unas cervezas. Nuestra popularidad podría aumentar exponencialmente.

En un principio, a Miguel le parecía una mala idea llevar alcohol a la fiesta, pero la mansión de que su popularidad podría incluso ser mejor que la de Santos; terminó por convencerlo de ir a una licorería.

—Quiero seis botellas de tu mejor licor —demandaba Matías mientras revoleaba el dinero en frente del vendedor.

—Lo siento chavales —dijo el vendedor—, no puedo venderles alcohol por ser menores. Vuelvan en unos años si siguen interesados.

—No seas aguafiestas, las necesitamos para pasarla bien esta noche.

—Repito, no voy a venderles alcohol. Por favor, váyanse de mi tienda antes de que llame a la policía

Los dos jóvenes se acobardaron y salieron de la tienda antes de que la cosa se pusiera fea. Afuera se encontraron a un

vagabundo, de muy mal rollo, que se acercó a ellos en cuanto los vió salir.

—Oigan —susurra el vagabundo—, ¿no pudieron comprar nada?

—No —confirma Matías—, ese vendedor de pacotilla nos ha arruinado los planes que teníamos para la fiesta.

—Puedo comprarlas por vosotros, pero les va a costar una pequeña comisión.

—¡Lo que sea! Pero no te robes el cambio.

## ACTUALIDAD

—Última oportunidad —advierte el interrogador—, dínos qué pasó con la chica.

—Yo... —llorando—. Era una fiesta... les juro que era una fiesta nada más. Tuvimos una pelea, no fue mi intención, ¡no quise matarla!

—Terminó el interrogatorio, el acusado ha confesado haber matado a su novia.

## EN LA FIESTA

La música sonaba a todo volumen, los chicos reían y bailaban. El patio trasero estaba adornado con luces y algunos se tiraban en la piscina.

Matías y Miguel estaban bebiendo dentro, mirando a los demás.

—Tío —dice Matías—, mirá eso, tu novia está hablando con otro chico.

—Mati —contesta Miguel—, ya hablamos de que no me molesta que Rosa hable con otras personas.

—¿Incluso si esa otra persona es su ex?

—Espera, ¿qué? No puede ser que Rosa esté hablando con su ex.

—Tienes que hacer algo antes de que vuelva con él.

Miguel se acercó a Rosa y al chico con el que estaba hablando. Empujó al otro chico y se puso al lado de Rosa.

Los otros asistentes de la fiesta estaban lo suficientemente ebrios como para no prestar atención al encuentro.

—Pero qué te pasa —reclama el chico.

—Tú qué haces hablando con mi novia, eh.

—Solo le pregunté cómo ha estado.

—Tú no puedes hablar con ella, eres su ex.



—Bah, paso de este lío —se aleja sin mirar atrás.

—Miguel —dice Rosa—, no tenías por qué hacer eso, solo estábamos hablando.

—¡Me tienes hartos! —Pega un puñetazo directo en la cara de Rosa.

Rosa cae al suelo inconsciente, su cabeza golpea fuertemente el suelo y empieza a sangrar. Miguel no termina de comprender lo que está pasando pero sabe que tiene que arreglar esto como sea posible.

Sube el cuerpo inconsciente de Rosa a su coche y se aleja de allí tan rápido como puede. —**LH**



# REFLEJO



WALDEMARO GONZÁLEZ

[www.instagram.com/walde\\_g07](https://www.instagram.com/walde_g07)

La novela era como cualquier otra; es decir que no era una fiesta ni tampoco aportaba nada nuevo para el género; a la vez que el estilo de su traductor, un perro servicial sesgado por nacionalismos y tenaz admirador de las literalidades, me desalentaba. Yo no desconocía los matices de aquel tipo de historias y, a decir verdad, fue mi inclinación hacia los egipcios y sus gatos lo que me impulsó a comenzarla; luego, el deseo de escapar de una realidad, lo que me llevó a continuarla; y Martín, el que me ayudó a finalizarla. El calor de Persia en mi regazo caracterizó mis lecturas. También las interrupciones de Martín, siempre impuntual, siempre urgido, y aunque bondadoso, un poco tonto.

El libro trataba sobre las mismas peripecias que tratan casi todas las novelas: un pueblito, un río dormido, un patio, una partida de ajedrez que se disipa, un par de ojos francos que le disputan el protagonismo al héroe, una indisposición intrascendente, detalles bastante torpes que marcan una época —en el caso, era la Victoriana—, un candelabro de oro y sentimientos que los protagonistas reprimen para que el autor pueda multiplicar el número de páginas y así saciar la sed del editor. Desde la partida de Nora, yo no había vuelto a leer sobre romances...

— *Mr. Sinclair, como reconocimiento a su extensa trayectoria, hemos decidido enviarlo como recaudador de impuestos a Egipto.*

*Pero Ministro, ¿qué hay de mis hijos? ¿Con quién van a vivir? Ellos sabrán entender. Con los años, sabrán entender, al igual que usted.*

Martín entró para preguntarme si podía invitar a cenar a Lucía, su noviecita. Era una muchacha no muy agraciada y risueña que desde hacía rato no lo amaba. Persia se incorporó para estirarse, dio un bostezo y cambió de posición. Antes de que comenzara a meditar sobre la suerte de aquel pobre hombre que luego de la partida de su esposa, y al igual que yo, había quedado solo al cuidado de sus hijos, la muy perezosa ya se había acomodado y vuelto a dormir. Aunque nunca me faltó voluntad para identificarme con los personajes de mis lecturas, en este caso no pude dejar de percibir algunas diferencias entre Sinclair y yo, así de cambiado estaba después de lo que pasó con Nora; Sinclair tenía dos hijos y yo, tres; él iba a ser recaudador de impuestos y yo era asistente de *marketing*; su esposa había desaparecido con un amante odioso, uno de esos *dandis* franceses cuyo mayor mérito es la ostentación, y a la mía, en cambio, la había desaparecido la dictadura. Pero además, y por sobre todo, él usaba bigote y yo era lampiño.

Al pobre Sinclair no le quedó otra opción más que aceptar un cargo que no deseaba. Lo contrario, claro, hubiera implicado el desprestigio de su linaje...

— *Bienvenido a El Cairo, Mr. Sinclair. Por favor, siéntase como en su casa... Él es Mut, será su mayordomo y lo asistirá en lo que necesite.*

*Mut tenía una presencia parecida al silencio. Era un moreno de ojos tiernos, mirada noble y rasgos adorables [eso es lo que Sinclair le cuenta al autor del libro que me lo cuenta a mí]. Pero era hombre. Nuestra primera conversación sucedió esa misma noche. La voz era distinta al hombre, era áspera.*

*Mut, quisiera que me ayudaras a mantener el orden de este lugar. También me interesa que mis ropas estén siempre listas; y la comida, por supuesto, preparada para cuando llegue del trabajo.*

*Señor, sí. Yo hacer. Servicio suyo, todo tiempo —olvidé mencionar que su inglés era rudimentario y que eso me excitaba.*

*Gracias Mut.*

Durante los capítulos siguientes, la voluntad de Sinclair oscilaba entre su deseo y el rigor estrecho de una moral de época que, como todos sabemos, era tenaz. Había aceptado el cargo en Egipto porque ese era su deber. De la misma manera, debía aceptar que jamás podría poseer a Mut. Pero esto no era la



realidad; esto era ficción, y en la ficción existe cierta tendencia a volverse audaz. Persia comenzó a vibrar...

*“Un mes más tarde, cuando yo estaba acostado, casi dormido, Mut golpeó la puerta del cuarto e ingresó como en un sueño; hermoso, primitivo y puro, y con mi ropa lista para el día siguiente.*

*Podrías haber venido mañana por la mañana, Mut, en lugar de despertarme.*

*Disculpelo, Owen. Miedo de lluvia. Ropa mojada —yo le había pedido que me tuteara, y su inglés no había mejorado.*

*Me incorporé para ayudarlo. Quería que se fuera lo antes posible; mañana iba a ser un día complicado, una audiencia con el Gobernador me impacientaba. Nos dispusimos a acomodar la ropa juntos, pensé que así se iría más rápido. Confundí la fina seda con el roce de su mano, el primer roce de su mano rudimentaria y callosa, un roce que pretendí ignorar o acaso menospreciar. Un hombre de mi clase jamás caería en los brazos de aquel moreno subyugado e ignorante.*

*(El espejo minucioso me refutó).*

*Yo seguía como dormido, sospechando que todo eso no era más que un sueño, y en los sueños siempre hay un espacio reservado para la magia. Nos adoramos toda la noche, bajo la discreta custodia del espejo...”*

Martín vino a avisarme que él se encargaría de preparar la comida. Le agradecí el gesto y seguí leyendo. La novela, a partir de allí, discurría en vaivenes como cualquier otra, pero no es mi intención escribir una propia o cansarlos con detalles, lo cual sería decir más o menos lo mismo. Ya sobre el previsible final, el escándalo trascendía y el encantador Mut era descubierto y acusado de seducir a un hombre de clase. Sinclair, a fuer de buen cobarde, se las había ingeniado para no ser salpicado por la impudicia, mientras que el joven amante debía atender a su última audiencia antes de ser condenado. Mi trayectoria como lector me hizo notar lo que el autor sugería: Sinclair, el canalla, haría lo imposible para evitar que Mut hablase.

Persia me abandonó y se fue a dormir al sillón. Martín vino a interrumpirme, una vez más; Lucía no vendría, cuestiones de pareja. Nunca más se volverían a ver, pero él aún no se había enterado. Fue entonces cuando abandoné la lectura sin intención de retomarla.

¿No lo vas a terminar, papá? Nunca dejás un libro a medias.

Tenía razón. Nunca hice las cosas a medias, nunca comulgé con medias tintas. Hacía ya tiempo que aquel niño insípido había crecido y se había vuelto un poco sabio, sin llegar a

convertirse en un adulto; se mostraba observador y flemático, y se interesaba más por la delicadeza y el arte que por el éxito o el dinero. Sentí que no estaría mal confesarme con él, que su identidad se lo merecía. Ensayé un breve resumen del libro. Inmediatamente, sentenció:

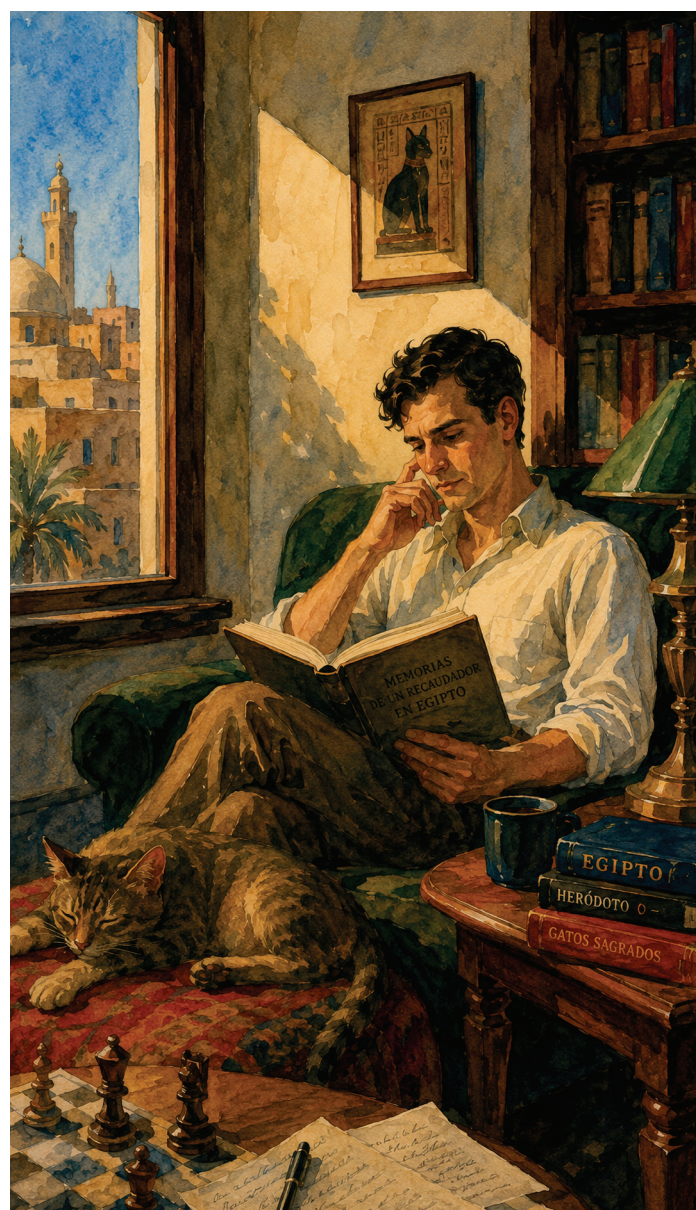
Tenés miedo.

Sí, hijo. Sé que si sigo leyendo lo mataré y también me sentiré responsable de su muerte.

Papá, si Mut se salva, vas a ser el mejor testigo de su hazaña. Y si se muere, porque los dos sabemos que se va a morir, estoy seguro de que le encantaría saberse acompañado por vos.

Retomé la lectura. Por supuesto que Mut, al igual que todas las personas que han buscado una felicidad y una virtud verdaderas, terminó asesinado o suicidado, solo, en una celda.

—LH



# EL OJO QUE PARPADEA



EMANUEL ELÍAS SÁNCHEZ

[www.instagram.com/yosoyelprincipemestizo](https://www.instagram.com/yosoyelprincipemestizo)

**E**l contrato llegó a las once de la noche: HydroRisk Analytics, una empresa de seguros que necesitaba mapear “puntos calientes de actividad humana no autorizada” en estructuras condenadas. Tres noches de trabajo. Doscientos mil pesos. El drone era mío, un DJI Matrice 300 con cámara térmica FLIR y transmisión en tiempo real a sus servidores. Acepté antes de terminar de leer.

Mi departamento se convirtió en centro de operaciones: tres monitores sobre el escritorio, el drone cargándose junto al cargador de mi pierna, La Gata durmiendo sobre el manual de vuelo. ARIA ya había descargado los mapas de las zonas asignadas: Barracas, Pompeya, sectores de La Boca donde el agua cubría hasta el segundo piso y nadie se molestaba en ir.

—Protocolo establecido —dijo ARIA—. Vuelo nocturno para minimizar interferencias visuales. Detección térmica de aglomeraciones humanas. Si detectás más de cinco personas en estructura condenada, reportás coordenadas inmediatamente.

—Entendido.

—Emanuel, tu café se está enfriando.

Tenía razón. Lo había preparado hacía veinte minutos y no le había dado un sorbo. Lo tomé. Sabía a rendición.

La primera noche mapeé Pompeya. El drone zumbaba sobre techos sumergidos mientras yo lo piloteaba desde el sillón, con el joystick en una mano y una lata de Speed en la otra. La cámara térmica mostraba edificios muertos: manchas azules, sin vida, sin

calor. De vez en cuando, una rata. Un perro abandonado en un techo. Nada que justificara un reporte.

HydroRisk pagaba por datos. Yo les daba datos. Ellos ajustaban pólizas. Subían primas. Cancelaban coberturas. Gente perdía su casa porque un algoritmo decidía que vivían en zona de riesgo incrementado.

Yo solo piloteaba el drone.

La segunda noche fue La Boca. Más de lo mismo: estructuras abandonadas, agua negra reflejando las luces del drone, el zumbido constante en mis auriculares. A las tres de la mañana, La Gata se subió al teclado exigiendo comida. Puse el drone en hover automático y le llené el plato. Cuando volví, la pantalla mostraba una pareja en un balcón, fumando. Los reporté. Protocolo. No sé qué les pasó después. No quiero saberlo.

La tercera noche me tocaba Barracas. Zona sur, donde las calles eran canales y los galpones se oxidaban lentamente como ballenas muertas varadas en el cemento. La lista incluía quince estructuras marcadas como “Peligro Crítico de Colapso”. Mi trabajo era confirmar que estaban vacías para que HydroRisk pudiera cerrar definitivamente los expedientes.

Despegué a las once. El drone cortó el aire húmedo de enero, sus hélices un murmullo distante que solo yo escuchaba a través de los auriculares. La cámara térmica pintaba el mundo en gradientes de azul y rojo: el agua fría, las paredes tibias por el calor del día, nada más.

Galpón uno: vacío. Galpón dos: vacío. Galpón tres: un perro. Galpón cuatro—

—Anomalía térmica detectada.

La pantalla se llenó de manchas rojas. Muchas. Demasiadas.

—¿Qué es eso?

—Señales de calor corporal. Conteo preliminar: entre setenta y ochenta fuentes. Edificio catalogado como “Estructura Comprometida” desde 2031. Desalojo obligatorio vigente.

Setenta personas. En un galpón que en el mapa figuraba como vacío desde hacía tres años.

Moví el drone más cerca. La cámara térmica no mostraba detalles, solo manchas de color.

Cambié a modo visual estándar y aumenté la ganancia de luz.

La imagen tardó tres segundos en cargar. Cuando lo hizo, me quedé inmóvil.

Había gente bailando.

No era un refugio improvisado. No eran okupas durmiendo. Era una milonga. Un baile de tango. En un galpón industrial de



Barracas con agua hasta los tobillos y vigas oxidadas sosteniendo un techo que la municipalidad había declarado “colapso inminente” cuatro años atrás.

Subí el drone. Mejor ángulo. La cámara estabilizada me dio vista completa.

El galpón tenía unos quinientos metros cuadrados. Las ventanas estaban tapiadas con chapas. La única luz venía de guirnaldas de Navidad colgadas de las vigas, lucecitas amarillas reflejándose en el agua estancada. Había sillas desaparejadas contra las paredes —plástico, madera, metal— y una mesa larga con termos y paquetes de galletitas.

Al fondo, un tipo de unos sesenta años tocaba el bandoneón. Estaba sentado en un cajón de cerveza, con el instrumento apoyado en las rodillas, los ojos cerrados. Conocía esa postura. Mi viejo tenía un disco de Piazzolla donde el tipo tocaba exactamente así.

Y la gente bailaba.

Parejas de todas las edades. Un pibe de veinte con una mujer de cincuenta. Dos tipos de setenta abrazados, moviéndose lento, con esa precisión de los que llevan décadas practicando.

Una pareja joven —veintipocos— que se reía cada vez que él la hacía girar y casi se caían al agua.

Nadie hablaba. Solo el bandoneón. Solo los pasos chapoteando en el agua. Solo la estructura crujiendo con el viento.

—Protocolo requiere reporte inmediato —dijo ARIA—. Actividad humana no autorizada en estructura condenada. Riesgo crítico.

No contesté. Seguí mirando.

El tipo del bandoneón terminó una canción y empezó otra. Reconocí la melodía: “Nostalgias”, de Cobián y Cadícamo. Mi abuela la cantaba mientras cocinaba en Merlo. *Quiero emborrachar mi corazón para olvidar un loco amor...*

Una mujer de unos cuarenta entró al cuadro. Llevaba un vestido rojo, remendado en varios lugares, y zapatillas de tango que alguna vez habían sido negras pero ahora estaban grises de humedad. Se acercó a un hombre que estaba solo, le extendió la mano. Él sonrió. Bailaron.

—Emanuel, llevás cuatro minutos sin reportar. El protocolo establece reporte inmediato al detectar más de cinco personas.

—Espera.

—No hay cláusula de espera en el protocolo.

—Pues ahora la hay.

Puse el drone en hover. La imagen se estabilizó completamente. Podía ver cada detalle: las gotas de sudor en las caras, las son-

risas cansadas, el agua salpicando cuando alguien hacía un giro brusco.

Amplíé la imagen del techo. ARIA tenía razón. Las vigas principales mostraban corrosión severa. Había grietas en tres puntos estructurales críticos. Una de las columnas estaba visiblemente inclinada. Ese edificio no debería estar en pie. Y definitivamente no debería tener ochenta personas adentro.

—Carga estructural: trescientos cuarenta por ciento sobre límite seguro. Probabilidad de colapso con esta cantidad de personas: sesenta y siete por ciento. Si reportás ahora, pueden evacuar antes de que pase algo.

Miré la pantalla. El bandoneón seguía. La pareja de setenta seguía bailando. Nadie parecía preocupado por el techo.

—¿Y si no reporto?

—Estadísticamente, ese edificio colapsará en los próximos seis meses. Con ochenta personas adentro, hablaríamos de ochenta muertos. Estarías siendo cómplice.

—¿Y si reporto?

Silencio.

—No tengo datos sobre consecuencias sociales de desalojos forzosos.

—Yo sí. Los mandan a refugios. Los separan. Les prohíben volver. Y nunca más tienen un lugar así.

—Un lugar así está a punto de matarlos.

Tenía razón. Objetivamente, ARIA tenía razón. Pero los estaba mirando bailar.

Revisé los archivos de HydroRisk. El galpón figuraba como “desalojado y sellado” desde 2031. Pero las chapas en las ventanas eran recientes. Alguien las había puesto desde adentro.

Alguien había decidido que ese lugar valía la pena mantenerlo secreto.

Busqué la dirección en el archivo histórico de Buenos Aires. El galpón había sido originalmente una fábrica de muebles, después un depósito de materiales de construcción. En los años cuarenta y cincuenta, alquilaban el espacio los fines de semana para bailes. Milongas.

Tango.

Setenta años después, seguían bailando ahí. A pesar del agua, a pesar de la municipalidad, a pesar de que todo el mundo les había dicho que se fueran.

Moví el drone para tener otro ángulo. La cámara capturó a un tipo que me resultó familiar. Me llevó tres segundos ubicarlo: era el guardia de seguridad del edificio de CoinMiner, el de la cica-

triz en el cuello. Estaba sentado en una silla de plástico, mirando a los demás bailar, con un termo en la mano.

Todos esos lugares que yo había visitado por trabajo —los edificios en ruinas, los pozos verticales, los servidores moribundos— y había gente que los convertía en otra cosa. En espacios de resistencia. En lugares donde todavía se podía ser humano.

—Decisión requerida. El stream a HydroRisk está activo. Si no reportás en los próximos dos minutos, el sistema automático va a marcar la anomalía térmica.

Miré la pantalla de transmisión. Efectivamente, el feed estaba subiendo en tiempo real a los servidores de la empresa. Ellos estaban viendo lo mismo que yo.

Tenía dos opciones: reportar formalmente y cerrar el caso. O cortar la transmisión y rezar para que nadie del otro lado estuviera prestando atención.

Ninguna de las dos servía.

—ARIA, ¿puedo editar el stream antes de que llegue al servidor?

—Técnicamente sí, pero sería manipulación de evidencia. Violarías el contrato.

—¿Pueden detectarlo?

Tres segundos.

—Si lo hacés bien, no. Pero requiere modificar los logs, falsificar timestamps, generar metraje de reemplazo.

—Enseñame.

Me llevó cuarenta minutos. ARIA me guió paso a paso: cómo interceptar el stream, cómo reemplazar los frames con grabación de otro galpón vacío, cómo ajustar los metadatos para que coincidieran. El truco era hacer que pareciera que el dron había pasado por ahí, había encontrado el lugar vacío, y había seguido de largo.

Mientras trabajaba, seguía mirando la milonga en la segunda pantalla. El bandoneón no paraba. Las parejas rotaban. Alguien había sacado un termo nuevo y estaban cebando mate.

A las tres y media de la mañana, terminé. El stream editado estaba subiendo a HydroRisk.

El original, guardado en mi disco duro personal.

—Hecho.

—Confirmado. Pero Emanuel, esto no cambia nada. Ese edificio sigue siendo una trampa mortal. Si colapsa—

—Lo sé.

—¿Entonces por qué? No supe qué contestar.

Saqué el dron de la zona y lo traje de vuelta. Aterrizó en mi balcón a las cuatro de la mañana. Lo desconecté, guardé la batería, cerré las pantallas.

La Gata se subió a mi pierna ortopédica y ronroneó. Afuera, Buenos Aires dormía bajo el agua. Adentro, yo tenía un archivo que nunca debería haber guardado.

Dos semanas después, vi la noticia: “Colapso parcial en galpón de Barracas. Evacuación preventiva. Sin víctimas.”

Alguien más los había encontrado. Alguien más había reportado. Yo solo les había dado dos semanas más.

Abrí el archivo. El último frame que había capturado antes de editar el stream: la pareja de setenta años bailando, abrazados, con el agua reflejando las luces de Navidad y el techo agrietado sobre sus cabezas.

No importaba que el edificio se cayera mañana. No importaba que la ciudad entera se estuviera hundiendo. Por una noche, en un lugar que no debía existir, *era una fiesta*. Y yo había hecho lo posible por que nadie la apagara.

Borré el archivo.

No quería más evidencia de mi propio crimen: haber elegido dos semanas de baile sobre la seguridad estadística de ochenta personas que nunca me lo agradecerían porque nunca sabrían que existí.

ARIA no dijo nada.

Tal vez no tenía parámetros para calcular el valor de dos semanas.

O tal vez, después de cuatro años, estaba aprendiendo que hay cosas que no se miden.

Cobré los doscientos mil pesos. Compré el liner nuevo. Todo funcionaba. Todo estaba en su lugar.

Menos una milonga en Barracas que ya no existe.

Y ochenta personas que siguen bailando en algún otro lugar que todavía no encuentro. —LH





# EL MINISTERIO DE LOS SUEÑOS



**LUIS FERNANDO SÁNCHEZ  
CÁCERES**

[www.facebook.com/luisfernando.sanchezcaceres.9](https://www.facebook.com/luisfernando.sanchezcaceres.9)

**E**ra un país donde la libertad terminaba antes de su comienzo; antes incluso de su gestación. Salvo el aire que se filtraba en los pulmones, todo, absolutamente todo, era propiedad de la burocracia estatal. Nadie era propietario de nada, ni siquiera de su propia vida. En aquel rincón del mundo se tributaba por existir: se tasaba la risa efímera, el bostezo honesto y el simple hecho de caminar por la acera o quedarse quieto en un rincón. Pero el verdadero negocio del Estado no era el movimiento, sino la quietud del sueño. El descanso se había convertido en el tributo de la conciencia y la moneda de cambio del control ciudadano. No bastaba con facturar el temblor de una lágrima o el eco de un lamento; el Estado hundía sus garras fiscales en el paisaje efímero de la mente, ese último refugio donde la voluntad se entregaba sin condiciones.

Hacía días que los sabuesos del Ministerio de Ensoñaciones, misteriosas sombras vestidas de gris con el alma forjada en acero, peinaban los arrabales, los callejones donde la miseria paría olvido en cada esquina, donde el sol no aparecía ni de visita de cumplido, en busca de uno de sus inquilinos. El Algoritmo, el ojo de cristal que nunca parpadea, había detectado una anomalía imposible: un ciudadano sin registro onírico en más de tres décadas. Un vacío en la matriz. Un agujero negro en la arquitectura blanda del alma gubernativa.

El impuesto del sueño era la prueba de que la tiranía puede fabricar grilletes con el humo de las quimeras; que se puede detener al sol en su cenit con una red de pescadores y que se puede obligar al mar a devolver las olas a su lugar de nacimiento con solo una amenaza. La razón de la fuerza por encima de la fuerza de la razón. Representaba el control sobre lo íntimo, sobre esa frágil ala vaporosa que visita las sombras. El descanso era un oasis vigilado cuyo peaje se cobraba en monedas de una sola cara y la esperanza un rescoldo agónico depositado en el arca del olvido, una utopía en un mundo donde esta se prohibía. Era la lógica diabólica de un sistema diseñado para devorar el último refugio de la libertad.

Martín Estrada fue convocado al altar mayor de aquella voracidad: la Dirección General de Tributos. Cruzó el umbral con el aspecto de quien vive en un eterno domingo de pobreza. Y aunque el pasillo central era una fiesta de funcionarios en locas carreras, el recinto olía a humo de cirios, a seriedad impostada, a confesionario cerrado. Tenía, el hombre, la piel curtida por un sol que ya no recordaba y los ojos secos como las dobleces amarronadas de un papiro viejo. Llevaba encima una calma que asustaba, una paz que escupía a la cara de lo políticamente permitido. Caminó por un pasillo interminable, escoltado por dos ángeles negros, dos tipos con pinta de enterradores que habrían olvidado en algún sitio un cadáver sin sepultar.

El Director, don Julio Solana, un hombre pulido por años de obediencia, cuyo corazón latía al ritmo de sellos oficiales, de circulares mastodónticas redactadas por funcionarios desalmados y de citas y reuniones de absurdos contenidos, encarnaba el dogma a la perfección.

Antes de recibirlo, lo mantuvo esperando largo rato en una sala vacía, sin muebles ni decoración, en el intento de reblandecer la poca fortaleza que pudiera quedar en aquel alma moradora del olvido. Más tarde, cuando entendió que el visitante tendría ya el ánimo vencido, lo recibió con el rostro dividido entre la curiosidad académica y un terror funcional

—¿Es usted consciente, señor Estrada, de no haber rendido al Tesoro del Estado el obligado tributo fiscal del sueño durante toda su vida? Piense bien la respuesta antes de contestar, pues usted sabrá que disponemos de los medios adecuados para conocer si nos miente o no.

Estrada asintió, sin desperdiciar el peso de una sola sílaba inútil. Se sentía prisionero en una jaula iluminada por un sol artificial; una pecera sin agua donde respirar suponía un esfuerzo maratoniano. Jamás había estado en un sitio como aquel, y supuso que el infierno debía de ser algo semejante al edificio al que lo habían citado.

—No sueño, señor. Desde que mi colchón son los cartones y mi techo es la intemperie, el sueño me ha abandonado, sin una nota, como una amante fugitiva. No hay posada para la ensoñación entre el aullido metálico de las sirenas, el hedor a chatarra y el lamento agrio del vino barato.

El Director frunció el ceño. En su universo de reglamentos, el sueño era un axioma, un engranaje obligatorio. ¿Cómo podía la realidad oxidada de un hombre ajado romper la ley inmutable del descanso? Eso era una blasfemia contra los mandamientos sagrados del Estado.

—Eso es una herejía fisiológica. El dormir es el río primordial de la existencia. Más necesario que comer o beber; casi más importante que respirar. No puede creerle, señor Estrada, y debo poner en su conocimiento que tal infracción está penada por la ley. Lleva implícita, incluso, la reclusión en un penal del estado o la pena de cinco años de trabajos forzados en alguna isla lejana del país.

—No para mí —respondió Estrada.

De su bolsillo emergió un certificado médico, un papiro amarillo de olor a extravío: la única prueba tangible que lo acreditaba como un insomne crónico.

El Director tembló al hojear el documento. Aquello no era un fraude, era una grieta en la fachada de la verdad oficial. Si el Ministro descubría la anomalía, la caída sería severa; perdería su puesto, su pensión y su acceso privilegiado a los sueños

subvencionados. El hombre en sí, Martín Estrada, podría terminar encarcelado, un destino quizá preferible para él, pero una verdadera ruina para el funcionario.

En aquel momento, la burocracia, incapaz de procesar la realidad, prefirió crear una mentira que encajara en sus libros, en su relato repetido y falso.

—Lleguemos a un acuerdo —susurró el Director, con esa complicidad sucia de los criminales de despacho—. Falsifiquemos una quimera tributaria. Digamos que soñó que volaba o que caía al vacío; son sueños de clase baja, de los que menos cotizan. No se preocupe por nada, yo cubro su

deuda y usted jura que jamás ha pisado esta oficina. Es la justicia que el papeleo permite. Todos ganamos: usted sale bien parado y nosotros nos evitamos molestias y trámites.

Estrada lo miró con una mezcla de compasión cansada, una fatiga ancestral que el funcionario nunca llegaría a entender, una materia que solo podía aprenderse en la universidad de la calle, donde el asfalto era légamo en sombras perpetuas. Su silencio era más elocuente que cualquier palabra; aquel hombre había llegado al vértice más alejado del aburrimiento y del hastío. Vivir, para la gente de la calle, era más una obligación que una necesidad, una mala costumbre.

—Gracias, señor Director. Pero casi prefería el presidio; al menos allí tendría comida caliente y un techo que no fuera el cielo.

—Váyase en paz, señor Estrada, y recuerde que esta entrevista no ha tenido lugar. Usted no ha estado nunca aquí. Por cierto, quédese usted estas monedas para abonar su viaje de vuelta.

Martín Estrada salió al aire viciado de la gran avenida gris, un corredor flanqueado por anuncios luminosos de «Sueños en Oferta». A la puerta, dos hombres vestidos de negro y con gafas de espejo le invitaron a subir a una limusina con el motor ronroneando. Estrada miró el vehículo; le pareció una carroza fúnebre de lujo. Comprendió que aquel era su penúltimo viaje.

Dos minutos después, mientras el coche se alejaba, la policía del régimen echaba abajo la puerta del Director General. El infeliz había olvidado que el Plan tenía ojos en las paredes y oídos en las sombras. En aquel mundo, que el sistema fallara era grave, pero que un burócrata intentara ocultar el fallo era una sentencia de muerte. —LH



# EL DÍA QUE MURIÓ LOU REED

RAÚL LARA MOLINA



**E**l día que murió Lou Reed llovía sobre la ciudad de Turín. Renart salió de su cuarto y cruzó el salón en dirección a la cocina; Courtois, su perro, lo saludó con desgana con un movimiento de hocico. Preparó la cafetera, la puso sobre la rendija y encendió el único fogón que funcionaba.

—¿Quieres salir? —le preguntó a Courtois, indicándole la calle—. Está lloviendo eh, y mucho. Courtois le respondió que no. Que no hacía falta.

—¿Sabes?, hoy ha muerto Lou Reed.

—Siento tu pérdida —respondió el perro, sin el más mínimo interés, pero con educación.

—No lo conocía, no es mi pérdida, Courtois.

Renart puso agua en el cuenco de Courtois y le preparó la comida. Luego se sirvió el café, sin azúcar. Solo algunas veces lo tomaba así. Cuando no tenía alcohol en casa. Courtois y Renart bebieron al mismo tiempo. Renart probó a beber el café como Courtois bebía el agua: a lengüetazos. Pero no le gustó el resultado y cambió inmediatamente a la forma tradicional.

Renart se dirigió aún con la taza en la mano hacia la ventana de la cocina y echó un vistazo fuera. Al otro lado de la calle había un edificio algo más bajo que el de Renart; advirtió que en la segunda planta de ese edificio se estaba celebrando en ese momento algún tipo de fiesta o baile.

¿Cómo no lo he visto antes?

Era una fiesta de disfraces, creyó intuir. Pero desde su ventana, al estar mirando desde una posición mucho más elevada, lo único que acertaba a ver eran las piernas de los presentes: piernas que se movían, bailaban, se saludaban, y se divertían. Vaya, pensó Renart... una fiesta de piernas...

Renart apuró el café, dejó la taza en la mesa de la cocina y atravesó velozmente el salón hacia su cuarto, con esa duda infinita que se le figuraba en el rostro cada vez que mostraba interés desmedido por algo. Qué pena de chico, ahí va de nuevo, se dijo Courtois al verlo pasar.

Había ya oscurecido. Renart salió de su habitación y fue a la cocina, abrió una botella de cerveza, se hizo un cigarro y se asomó de nuevo a la ventana.

Calculó que en aquel salón habría unos doce o trece pares de piernas. No consiguió visualizar a todos. Solo acertaba a distinguir aquellas piernas que en algún instante se paraban delante del ventanal. Fugazmente, en un primer momento creyó ver pasar las piernas de Tarzán o de algún troglodita. Luego pasaron las piernas de un plátano. Más tarde observó que en la fiesta estaban invitadas las piernas de Elvis Presley, que parecían ir detrás de un par de bonitas piernas hawaianas. También pasó alguien con una vestimenta algo desaliñada y unos zapatones gigantes. Renart pensó que podría tratarse de Frankenstein.

A los cinco minutos distinguió claramente a un león —por el rabo y el pelaje—, y a una enfermera sexy —por las medias blancas con el símbolo de la cruz roja—. Ambas piernas se habían acercado a un extremo del ventanal. Y parecían mantener una amistosa y cariñosa conversación. No bailaban. Pero las piernas enfermeras de vez en cuando se acercaban a las del león y se rozaban disimuladamente, lo que producía en este alegres movimientos de cola. Cerca de ellos, detrás, casi a medio metro de distancia Renart reconoció a la muerte, que sola y desamparada, también se había aproximado al ventanal, y que tal vez con pocos amigos en la fiesta, o tal vez celosa del león, parecía observar algo borrracha y con mucho interés a la pareja león-enfermera sexy. La muerte se tambaleaba. Y para evitar caerse se agarraba a la hoz, que apoyaba al revés contra el suelo.

En el otro extremo del ventanal había dos pares de piernas que bailaban. Renart solo pudo distinguir bien un par, el otro par de piernas apenas se veía y tan solo asomaba las rodillas

en el ventanal de forma ocasional. Las piernas que Renart observaba se movían de forma frenética. Este par de piernas vestía una capa larga y negra, y sus pantalones también eran negros. ¿Quién podría estar bailando así? ¿Drácula? ¿El Zorro? ¿Batman, quizás? ¿Era Harry Potter? ¿O sería Darth Vader, el bailarín frenético? ¿Y con quién estaría bailando, en tal caso?, pensaba Renart, intrigado. Pero no tenía la respuesta, desde su posición nunca podría saber quién se encontraba en la fiesta...

Un piso más abajo de donde se celebraba la fiesta, Fede y Amelia se encontraban en la cama.

—¿Vaya fiesta, no? ¿Cuántas personas crees que habrá? —preguntó Fede.

—Ni idea, ¿20? Es una fiesta de disfraces —respondió Amelia.

—Ya. En el portal me he encontrado con la muerte... le he dicho que tuviera cuidado, que podía darle un susto a alguna de las viejecitas y dejarla seca en el acto.

—Qué bruto eres.

—¿Qué son estudiantes, los que viven arriba?

—Creo que sí. Viven una chica y dos chicos.

—Parece que se lo están pasando bien.

—Sí. A esa edad es normal.

—Hacen demasiado ruido, ¿no? Igual deberíamos subir a protestar o llamar a la policía...

—Llamar a la policía me parece exagerado.

Más tarde Fede empezó a cambiar canales en la televisión. Cuando se aburrió dejó el mando en la mesita de noche y se acercó a Amelia, que continuaba leyendo.

—¿La televenta vas a ver? —preguntó Amelia a Fede, con una sonrisa.

—Ya no me interesa la televisión.

—Aaah.

Fede se metió debajo de las sábanas. Sacó un brazo por encima de las mantas y tiró las bragas de Amelia al suelo.

—Puedes seguir leyendo, si quieres, a mí no me importa.

—Yaaaa, yaaa veo... ¡ah! —dijo Amelia, dando un gritito.

Amelia se ahuecó la almohada. La colocó detrás de la espalda. Y se quitó la camiseta. Luego acarició la cabeza de Fede y miró al techo, donde tras los ladrillos la fiesta continuaba.

—¿Sabes lo que es un swinger? —preguntó Fede a Amelia minutos más tarde. Ahora era Fede quien agarraba de los pelos a Amelia y por momentos miraba al techo.

—¿Amelia...?

—¿Qué?

—Swinger, ¿sabes lo que es?

—No. ¿Qué es?

—Nada. Déjalo...

—No venga, ahora me lo tienes que decir. No me hagas esto eh, ¡siempre haces igual!

—Quee noooo, pesada. Venga, sigue...

—¡Que me lo digas!

—No.

—¿Te das cuenta que ahora mismo... podría hacerte mucho daño, no? —preguntó, irónica.

—¡Ja! Ten cuidado, es el futuro de nuestra familia...

—Mmmm —dijo Amelia, dándose pequeños golpecitos contra la lengua.

—¿Puedes metértela entera en la boca?

—¿Entera? No sé, nunca lo he intentado, ¿me lo vas a decir o no?

—¿El qué?

—Lo que me has preguntado antes.

—Inténtalo, y si lo consigues, te lo digo.

—Está bien. Amelia lo intentó.

—OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOHHHH  
OOOOHHHHH...

—Mmmmmm... AAAAAaaaahhgg... mmmmmm...  
AAAAaaaahhg... mmmm...

—OOOOHHHHHHH... ¡¡HOOOOOOOOOSTII-  
IA PUUUUUUTAAAAA!!

—¿Qué es lo que me habías preguntado antes? —preguntó Amelia luego, con media cara apoyada en el muslo de Fede—. Dímelo, venga.

—No me acuerdo...

Amelia se incorporó un poco. Seguía desnuda. Apoyó sus pechos en la entrepierna de Fede. A Fede le encantaban los pechos de Amelia y al instante su cuerpo reaccionó y se endureció.

—No sé, algo como singer... —dijo Amelia.

—Minga, dije minga —dijo Fede.

Amelia empezó de nuevo a lamer al cuerpo de Fede, y a darle pequeños bocaditos.

—Uuuuuh... No sé si estoy preparado para otro asalto.

—Pues por aquí abajo parece todo dispuesto. En serio, dime, ¿qué es eso que decías? ¡Venga ya!



—Swinger. Creo que así lo llaman. Es un intercambio de parejas, ya sabes: quedamos con otra pareja en un pub o en otra casa, o aquí mismo, y tú te lo montas con el chico y yo con la chica. O en grupo, y tú te vas con uno o con quien quieras, y yo igual, o nos lo montamos todos en grupo... hay clubes incluso. Después cada uno para su casa.

—¿Dónde has escuchado eso?

—Lo he leído en internet.

—¿Lo has leído en internet en un vídeo porno, no?

—Sí.

—¿Te gustaría que yo lo hiciera con otro chico?

—No creo que me importara. Si tú lo disfrutas... Puedes hacerlo con más de uno también.

—Eso lo dices ahora.

—Ya.

—A mí no me gustaría que alguien te tocara, esto es mío, ¿te enteras? —dijo Amelia, agarrando a Fede por su parte más dura.

—¡Ja, ja! Sí. Pero eso siempre será tuyo —respondió Fede.

—Pues no quiero que ninguna guarra lo chupe o se lo meta por donde sea.

—Ok, vale. Era tan solo una idea estúpida. No te preocupes.

—Sí, era estúpida —dijo Amelia—. ¿Es que conmigo no tienes suficiente?

—No es eso... No tiene nada que ver contigo.

—¿Que no tiene nada que ver conmigo? ¡Pues claro que no! ¡Cómo va a tener que ver conmigo, si lo que quieres es montártelo con otra!

—No. Venga cariño, dejemos el tema.

—Ya, guarro...

Amelia empezó a mirar el miembro de Fede atentamente. Absorta, parecía estudiarlo desde cerca. Lo miró de un lado, de otro. Luego le dio un capirotazo.

—Chsss, ¡oye! —advirtió Fede.

—¿Qué cosa más rara... ¿Y por qué la tendrás tan torcida? —preguntó Amelia.

—De chico, me di un golpe...

—¿Sí? —preguntó Amelia, intrigada.

—Sí, me caí de un árbol y la clavé en el suelo... ¡Claro que no, tonta!

—¡Ja, ja! ¡Yo que sé!, es superextraña...

Amelia agarró el pene de Fede y lo llevó hacia el lado contrario hacia el que este solía estar inclinado. Luego lo soltó.

Y el pene volvió a su posición habitual. Amelia soltó una pequeña carcajada mientras el pene se movía solo.

—¿Te diviertes? —preguntó Fede.

—¡Sí, mucho! —dijo Amelia.

Amelia continuó jugando con el pene de Fede. Lo chupó hasta que de nuevo creció y endureció. Antes de volver a hablar lo estudió a vista de pájaro.

—En verdad... creo que de un bocado... podría arrancártela. No parece tan difícil en realidad.

—¿CÓÓMOOOO DICEEEES? —exclamó Fede, alarmado, incorporándose hacia atrás en la cama y apartando violentamente las manos de Amelia de su miembro.

—Nada, tonto.

—¡NOOO VUELVAAS A DECIR MÁS ESOO ESTANDO AHÍ, TAN CERCA!

—Que era brooooooma —dijo Amelia. Y rio a carcajadas—. O no... —añadió. Y volvió a reír.

—Sí, pues no tiene ni puta gracia la broma.

—Anda, ven tonto...

Amelia empezó de nuevo a entretenerse con el cuerpo de Fede. Pero esta vez el pene no respondía. Y por más que ella chupaba no había reacción alguna.

—¿Qué te pasa? —preguntó, alarmada.

—¿Qué me va a pasar?, ¿tú crees que es normal lo que has dicho, de la forma que lo has dicho y desde donde lo has dicho?

—Ay, no seas tonto. Era broma.

—Pues ella no piensa así —dijo Fede, señalando su entrepierna.

—¿En serio que es por eso?

—Claro, ya nunca te volverá a mirar de la misma forma.

—¡Ay no digas eso! Esto nunca nos había pasado... ¿Te había pasado alguna vez?

—No sé, creo que no. Que alguien diga que te va a arrancar la polla de un mordisco no es algo que me digan todos los días...

—Ay, ¡no! ¡Estúpido! Que no se te levante digo.

—Alguna vez he podido estar tan borracho que no haya podido empalmar, pero así... tan de repente, de estar empalmado a estar chuchurrío... y estando tan sobrio. No, nunca. Es extraño, porque ganas tengo...

—Ha sido una reflexión estúpida, perdona, pero no te estaba amenazando a ti. Era un decir, bonita. Con lo que yo te quiero...

—Déjala. Yo creo que hasta mañana ya no se recupera del susto. Por esta noche ya ha vivido bastantes emociones...

—¿No será que no te gusto, no?!

—Noo.

—¿De verdad?

—De verdad. Has visto como yo lo que ha pasado.

—Vale, mejor será que durmamos... bueno...lo siento...  
¡Pero ya sabes lo que te puede pasar si te lías con otra!

Luego durmieron, pese al ruido del piso de arriba, donde la fiesta continuaba. —**LH**





# ENTREACTO



**BARBARELLA GONZÁLEZ  
ACEVEDO**

[www.barbarelladacevedo.wordpress.com](http://www.barbarelladacevedo.wordpress.com)

*A René Clair.*

**E**stoy muerta, en una caja de muertos, lista para ser enterrada en poco rato. Aunque sin remordimientos. La vida de verdad, la eterna, empieza en el momento en que se muere. Tal iluminación solo se alcanza a la hora exacta. No, no se vislumbra Dios, ni los ángeles, ni mucho menos el Diablo, o los aparecidos. Al menos no a mí. Resulta más sencillo el proceso. De súbito todo lo anterior se borra, y de repente una sabe. No hay dolor, pero tampoco alegría, y sí, más bien, éxtasis. La muerte es una experiencia extática. Luego empieza esta montaña rusa de los preparativos, para el descanso eterno, que no es tal descanso, si bien los vivos piensan que sí. Pero yo lo veo todo, y me resulta hasta divertido ver cómo se agobian para concederme el último adiós. Y pensar que yo fui así también, antes de la revelación. Todos alguna vez... Qué bueno que no me toque hacer nada. Por una vez solo debo esperar. Y observarlos a los tres a través de las rendijas de la caja. Como se lamentan ahora por mi juventud malograda y todo eso que pudo realizarse, pero ya no. Se dan golpes de pecho, mas ninguno llora, y no me sorprende... Han de aguantarse y mantenerse muy machos y la vez sufrir bastante, y que se note, como una competencia, la última competencia, y recordar que soñamos tantos encuentros y disparates, pues llegó la hora justa para ello, es decir, para el recuerdo... Porque la otra se pasó. Yo no. Yo ya no puedo recordar ningún plan,

pero ustedes tres de seguro sí; se deshacen en la añoranza. Se les nota en las caras que fuerzan ahora por conseguir la mueca más profunda, pesarosa, el rictus más sincero. Se desea más lo que no llegó a ser. Y yo, al parecer, ya no seré, ya no. Al menos no de la forma ordinaria. La vida es ordinaria. Como ordinario resulta que ustedes se hallen destinados a cargar la caja, conducir mi cuerpo a su último recinto. Solo les falta palmearse los hombros unos a otros, consolarse y jugar al Nim, con las cerillas de Marcel, justo sobre la caja, mi caja. Sin dudas puedo verte a ti, René, a través de las rendijas y de este velo blanco de novia, que me pusieron de mortaja. No sé bien cuál de los tres dijo que yo merecía este gesto romántico, un último gesto romántico. Quizá tú René, con tu rostro de mimo, y tu bastón de mimo, pues pareces estar al frente de la tropa y dictar las órdenes de mi funeral. Ah, muchachos, tampoco es necesario que sufran. No vale la pena. La vida es un soplo. Ah, muchachos, si pudiera transmitirles un poco de mi embeleso de esta hora, porque la vida eterna empieza de repente. Y miren, que de pronto me dejan de interesar las cosas que siempre fueron insignificantes y de las que antes hacíamos una tormenta, como que Francis se negara a verme una última vez. Tú, Francis, te niegas al último adiós de mi cuerpo, me desconoces, tú que tan bien conocías mi cuerpo, solo mi cuerpo, apenas mi cuerpo. No quieres que se te confunda la vida con la muerte. Si alguien me hubiese advertido yo no podría perdonarte, Francis. No obstante, ahora solo me apetece reír, porque puedo verte a ti, a través de las rendijas de la caja, René, con tu bastón y el sombrero comandar mis funerales, al frente, la voz líder... Gritas algo, le gritas a Francis, que se aferra a una de las argollas de la caja y, sin embargo, yo no escucho. Has acercado tu rostro a mi caja, para después mirar al cielo, como si yo pudiese escapar hacia allá volando, como si ya yo estuviera allá, que ganas de decirte que sigo aquí. Pero no puedo escucharte, ni conseguiría hablar. Hasta ahora no había notado que la eternidad es el silencio. Parece que nunca más voy poder hablarles, muchachos. Aunque si pudiera, sé que tampoco lo haría. Reconozco que me divierte contemplarlos en su desesperación, una desesperación a ratos demasiado manida, un poco de ficción, como escenificada, que busca que otros sepan: sí, les acontece la representación del sufrimiento. Y yo disfruto que hagan eso por mí. Que

sujeten mi caja así, con esas maneras toscas, la caja que contiene mi cuerpo, sin un cartel que anuncie, frágil, ya que podría quebrarme. ¡Qué risa! No importa. Me gusta como están dispuestos a pelear por quien irá al frente de nuestra alegre comitiva.

Y Marcel le gana el puesto a René, sin discutir siquiera. El callado Marcel que siempre lleva un fósforo entre los dientes. Y me levantan en andas. Siento que levantan la caja con mi cuerpo en andas e inician una marcha que cada vez se hace más rauda. Incluso si no los veo más, puedo percibir en cada uno de mis huesos, como trotan. Es probable que anhelan ya deshacerse de mis restos, lo antes posible, dejarme de una vez en el campo santo y hasta nunca. ¡Qué risa! O no es eso. Y sí que... Mi cuerpo cimbra una última vez. Ah, muchachos, ustedes trotan con la caja en andas y mi cuerpo se sacude, mi cuerpo se mece, y es casi volver a la vida, por un instante. Vivir es poder al menos estremecerse. Yo que dije que todo lo anterior se borraba, se olvidaba... De la mente quizá, pero el cuerpo tiene memoria y es fácil despertarla: aprecia ahora, de nuevo las manos de los tres que acarician, las manos de los tres, molusco liso y gigante que recorren el interior de mis muslos, la curva de la espalda, mi pecho izquierdo. Las manos de los tres se hunden en mi carne, y me obligan a exhalar palabras mudas, quejidos mudos, que no son quejas, ni sonido. Mi cuerpo cubierto de encajes podría deshacerse, pero escoge resistir, mientras ustedes corren. Francis, Marcel, René, el cielo sí existe, muchachos y es diferente para cada quien. Todos tenemos derecho a un pedazo de cielo. Lástima que no puedan compartir ustedes conmigo la vida eterna, no por ahora, y después no sé cómo ni cuándo, porque estamos condenados a olvidar y nuestra amistad acaba aquí para siempre, mientras dejan caer la caja en tierra, casi en cámara lenta, y sé sin verlo que René disimula una lágrima. Y que Francis me dejará la flor de su ojal, la misma con que sofocaba mi rostro en el abrazo de su pecho. Esa flor se parece a mí. Esa flor “era una fiesta”. Está lista para decir adiós. Y sé que me recordarán por un tiempo. Adiós, adiós, adiós, mis amados,

muchachos. Caigo, caigo, caigo, a través del cielo, caigo. Qué manido este caer, y sé que hasta llevo roto el paracaídas vestido de novia, encaje antiguo. Caigo desnuda al centro del escenario, desnuda, como llegué al mundo, sin memoria, sin historia, sin vergüenza. Se encienden las luces que me impiden ver más allá, la platea, aunque puedo sentir la presencia viva del público. Entonces adopto la mejor disposición, una postura teatral, tetas al frente, cabeza en alto. Sonríó mientras lanzo mi beso hacia la oscuridad, a la fila de butacas. Todo hasta aquí fue un entreacto, la verdadera obra empieza ahora. —LH





# FECUNDA



GABRIELA MAYER

\*Accésit IV Concurso Letraheridos

*Este relato fue publicado en 2025 por la editorial Milena Caserola, en el libro de cuentos “Nunca podemos descansar del todo”.*

Un día apareció el brote en la maceta abandonada. Probablemente la semilla había llegado volando con el viento. Eso dijo tu vecina, elevando la voz desde el balcón de al lado para que sus palabras vencieran el ruido del tránsito. Era una de esas típicas señoras de Caballito que viven quejándose de los inquilinos del edificio, mientras inundan pasillos de aroma a tuco con estofado.

El balcón francés estaba pegado a tu dormitorio. El inquilino anterior te había dejado la maceta con un cactus seco. A veces la mirabas, acostada en la cama, y pensabas en tirarla. Después te olvidabas. Tenías la cabeza en otra cosa. Sobre todo, te preguntabas cómo se te había ocurrido meterte en el tratamiento para congelar óvulos. Tanto criticar a tus amigas devotas de la religión de los hijos, y ahora te la pasabas inyectándote toneladas de hormonas. Pendiente de cuál te tocaba cada día, del horario para cumplir puntual con cada inyección.

Antes de decidirte por el tratamiento, pasaste horas y horas pensando si te sentías preparada para la maternidad. Por varias charlas con tus amigas, que arrastraban ojeras sus

hijos de la plaza al café, tendías a pensar que no. Igual, te habían dicho, congelar óvulos aún no tenía implicancias prácticas, más allá del gasto económico y de poner el cuerpo a los

pinchazos y las hormonas. Estabas ganando bien y sentías cierto contradictorio deseo de procrear, no podías negarlo. Entonces te dejaste convencer.

En el fondo de tu ser sabías que, si hacías el tratamiento, era para que esos óvulos no terminaran congelados mediante vitrificación en el ambiente gélido de un laboratorio. A la vez, ese solo pensamiento te angustiaba. Maternidad siempre te pareció una palabra inmensa, que te quedaba como un traje enorme y te daba terror siquiera probarte. Ahora, en cambio, hablabas de “óvulos”. “Óvulos fecundables”. Cada tanto, te animabas a imaginarte como madre soltera. Criarías distinto a tu bebé. Lo mandarías con pocos meses a la guardería, seguirías trabajando. El hijo o la hija posible sería solamente una parte de tu vida.

Nunca habías tenido mano para las plantas y te fastidiaba lo del cuidado diario. Aunque con esta planta pasó algo distinto. Rápidamente confirmaste que su crecimiento era inaudito.

A la semana ya tenía una altura que le permitía traspasar el borde plástico de la maceta. En el tallito verde había cuatro hojas grandes y otras cuatro que, casi encimadas, prometían desplegarse. Comenzaste a regarla. Le pusiste nombre. Un nombre femenino. Pero no quisiste revelárselo a nadie.

Hacelo antes de que ya sea tarde, te había dicho unos meses atrás Anabel en la oficina. Si no, más adelante te vas a arrepentir, agregó, y te recomendó a Cohen. Te decidiste a ir a una primera cita en el instituto privado de fertilidad. Era el consultorio más moderno y blanco que habías visto jamás. La secretaria —camisa celeste, escote generoso— apenas te miró y señaló hacia la sala de espera.

Al día siguiente, la planta te sorprendió con una flor entre las cuatro hojitas nuevas. Era blanca, tipo plumero. Pensaste en cortarla, para que adornara la mesa desnuda de fórmica y, de paso, el living. Algo te dijo que no. No querías mutilarla. Sentiste curiosidad y buscaste su nombre en Internet, sin encontrarlo. Y terminaste curioseando las redes sociales de tus amigas. Sus hijos hamacándose en la plaza, disfrazados para un acto escolar, jugando con sus compañeritos. ¿No tenían una vida social propia esas madres acaso?

Cohen te atendió puntual; era un hombre amable pero se notaba que tenía poco tiempo. Pasó por alto que habías ido sola. Se limitó a extenderte un presupuesto que tenía detalladas palabras tales como exámenes ecográficos, punción ovárica, criopreservación, laboratorio.

Más abajo, anotó la fecha para empezar el tratamiento, justo después de que te viniera la menstruación. Aparte te dio las re-

cetas para las inyecciones subcutáneas de Puregon y la última, la Ovitrelle. Y garabateó en un recetario cuándo tenías que aplicarte cada una.

Cada vez que mirabas hacia el balcón, comprobabas que la planta estaba más y más alta. Las hojas grandes ya tenían el tamaño de la palma de una mano. Y no paraban de salir brotes nuevos. Era una fiesta.

Una tarde la vecina asomó el cuello arrugado para decirte que no era una planta, sino un yuyo, y que por eso crecía de esa manera. Justo había abierto el semáforo de la esquina y te hiciste la que no oías.

Cohen te había dicho que la medicación cansaba, pero no imaginaste tanto. Por esos días te tocaron las últimas inyecciones subcutáneas de Puregon –nunca te animaste a pincharte vos sola con esa suerte de lapicera, aunque cuánto más fácil habría sido– y las molestias iban en aumento. Faltaba poco para la extracción de los óvulos. Anabel se sorprendía, decía que a ella no le había afectado en absoluto. Jamás había sentido dolor abdominal, te dijo en el office del primer piso. ¿Te hiciste otros estudios, a ver si estás anémica?, preguntó todavía.

Cuando abrías con dificultad la puerta hinchada del ventanal, comprobabas cuánto había crecido la planta de nombre femenino. Y no dejabas de sorprenderte por sus hojas romboidales, que brotaban en torno al tallo principal y los secundarios.

Una tarde en que venías de darte la inyección subcutánea en la farmacia de la avenida, encontraste a tu vecina mirando la planta. Quizás era porque ahora tenía cinco o seis flores amarillas. Eras la única sin hijos de tu grupo de amigas. Aunque todos te dijeran que era difícil, ¿podrías criar sola un bebé? A veces deseabas tener uno propio, poder participar también de las nuevas conversaciones. Jardines de infantes, niñeras, sacaleches, esterilizadores de mamaderas, eran temas que te resultaban completamente ajenos.

Otras veces pensabas que ni loca entregarías tu propia vida a un pequeño y demandante ser, que te esclavizaría durante años. ¿Hubo casos de mujeres que se sometieran a tratamientos para luego destruir sus óvulos? ¿O que decidían donarlos después de tanto gasto y sacrificio? En cualquier momento ibas a googlearlo en alguno de esos foros de fertilidad que solías leer, pero en los que rara vez participabas. A lo sumo alguna pregunta práctica, que te respondían voces anónimas y amables.

La planta de nombre femenino, que ya ocupaba buena parte de la superficie del balcón francés, comenzó a enredarse en la reja. Eran tantas las hojas romboidales verdes, las flores blancas

y amarillas, que hacía tiempo que no se divisaba el cactus seco.

Sentías el vientre inflado, casi como te imaginabas el comienzo de un embarazo. Solías mirar de reojo el cuerpo de tus amigas madres; varias habían engordado tanto que parecían mucho mayores que vos, que te jactabas de seguir usando la misma ropa desde la adolescencia. Aunque por esos días preferías los mismos jeans que antes te quedaban sueltos.

Un viernes por la tarde apareció Anabel en el office y te contó que al fin estaba embarazada. Qué genio que es Cohen, lo amo, dijo. Me casaría con él. Seguro que la próxima buena noticia es la tuya, agregó. Felicitaste a Anabel y te alejaste rápido.

Cuando volviste del trabajo, después de viajar parada en el subte repleto, decidiste que no saldrías hasta el día siguiente. Te tocaba la Ovitrelle, la última inyección previa a la extracción de los óvulos. A las seis de la tarde, había dicho Cohen. Ni antes, ni después. Como el Puregon, con el que te tocaba pincharte siempre a esa hora. Al principio examinabas cada moretón que te dejaba la mujer de la farmacia. ¿Sería enfermera?

Tenía manos rústicas y gruesas, era un poco bruta. Se limitaba a clavarte la aguja finita en la panza, día tras día, sin preguntar.

Pese al cansancio, no perdiste la voluntad de regar la planta de nombre femenino. Era casi el único cuidado que podías prodigar. En el departamento avanzaba el desorden. Los vasos y platos sucios por todas partes. La ropa tirada en el piso del dormitorio. Pero la planta estaba espléndida. Decidiste dejar abierto el ventanal, porque ya los tallos repletos de hojas romboidales no se conformaban con las rejas del balcón y se apretaban contra el vidrio. Como si te pidieran entrar.

Te quitaste el pantalón que te comprimía el vientre. Preparaste el mate y lo colocaste, como pudiste, entre los platos apilados y los vasos repartidos por la mesa de luz. El paquete

de bizcochos Don Satur quedó entre los pliegues de la colcha. Acomodaste las almohadas, te metiste en la cama revuelta. Te hundiste en el alivio que proporciona la suavidad de las sábanas sobre un cuerpo cansado. Después te ganó la somnolencia. Te dormías y despertabas una y otra vez, sin noción del tiempo.

Incluso con tanta estimulación, las ecografías mostraron que en tu útero no había más que un par de óvulos fecundables. La mayoría eran de baja calidad y no iban a servir, te advirtió Cohen. Con suerte podrías congelar uno o dos. Tenías un dolor fuerte en los ovarios, como si estuvieras a punto de indisponerte.

Alguna de tus amigas madres te preguntó por mensaje cómo ibas con el tratamiento, pero no tuviste ganas de responder. El



teléfono sonó entre la vajilla sucia de la mesa. “Mamá”, decía la pantalla. Tampoco te molestaste en atender. No tenías energía. Solo ansiabas terminar con el tratamiento.

La planta de nombre femenino avanzó del balcón hacia tu dormitorio. Lo hizo con una combinación de delicadeza y naturalidad. Primero traspasó el marco del ventanal. Fue trazando con sus hojas nuevos caminos verdes sobre el parquet. Llegó hasta el borde de la cama. Y comenzó a trepar el somier.

Te levantaste y saliste a darte la inyección final. Te subiste por última vez la remera. Entregaste la panza a la mujer de manos rústicas. Dolió más que todas las otras. Pagaste en la caja y te fuiste. Que te extrajeran los óvulos de una vez y te devolvieran tu vida de antes. Te arrastraste por la escalera hasta el primer piso. Tragaste un analgésico —no podías acordarte si Cohen lo permitía— con un sorbo largo de agua. Y volviste a tirarte en la cama. Pusiste las manos sobre el pubis, en busca de que cediera el dolor. El líquido en la zona de la inyección aún no se había esparcido; podías sentir una especie de pelota bajo el pinchazo. Prendiste la televisión; apareció una película doblada al español neutro y la dejaste. Apenas música de fondo.

Las hojas, que se habían instalado por el somier, te hicieron cosquillas en los pies. Después, los tallos avanzaron para envolver tus tobillos. Ya no podías separarlos. Pero no te molestó, al contrario. Los tallos treparon por los gemelos, las rodillas. Subieron por tus piernas y alcanzaron tu pubis dolorido. Sentiste las hojas frescas pegándose a la piel, bajo la bombacha. Los ovarios experimentaron cierto alivio. La zona de la inyección, también.

Descartaste ponerte en posición fetal: no querías que ese movimiento espantara a la planta de nombre femenino. Te quedaste lo más quieta que pudiste. Te entregaste al abrazo de las hojas verdes. Desde las más chicas hasta las más grandes. Contaste las flores; por lejos duplicaban o incluso triplicaban tu cantidad de óvulos. Las hojas continuaron trepando. Era una sensación primitiva y agradable. Cerraste los ojos. Te entregaste al cosquilleo placentero en la zona del ombligo. Las hojas rodeando tu cintura. Las hojas abriéndose camino entre tus pechos. Las hojas pegándose a tu cuerpo como si tuvieran ventosas. Oliste

naturaleza y te percibiste etérea. Oíste la voz de tu vecina, llamando balcón a balcón. La voz de tu mamá, en el contestador del teléfono. El llanto lejano de un bebé, probablemente de la televisión. No pudiste entender ni una de sus palabras. La planta te rodeaba, en un abrazo fértil y eterno. Los ovarios, al fin, te habían dejado de doler. —LH



# LA INEXORABLE CIRCUNSTANCIA

TEPEZTATE  
(SEUDÓNIMO)



**N**o sé qué sucederá cuando vuelvas, si vuelves. Han pasado cuatro años desde la última vez que te vi. Cuatro largos años; una eternidad. Se siente así cuando una idea o un deseo nos acompaña durante el día y la noche, todos los días de la semana y los domingos aún más.

En este tiempo he aprendido a hornear mis sentimientos a fuego lento para que, al fin, tengan una figura y un sentido. Es la victoria de la cabeza sobre un corazón que ya no debe sollozar.

Me ha dado por recordar mi juventud y el eco de uno de mis filósofos favoritos de aquella época; uno de sus textos decía: “Vivir es no tener más remedio que razonar ante la inexorable circunstancia”. Ahora pienso que, tal vez, si regresas, es posible que al verte llegar ya no te reconozca. Cuando se aguarda a alguien por mucho tiempo, la persona esperada se va transformando a golpe de sensaciones y, paradójicamente, deja de ser aquella que tanto hemos extrañado.

Ahora entiendo a Penélope, la de la canción, no es que se volviera loca o que se hubiera quedado anclada en el pasado de una manera tan estúpida que le impidiera darse cuenta que el tiempo transcurre y como consecuencia las personas envejecemos. Fueron las sensaciones, ellas fueron las causantes de su olvido. Penélope, un día, tal vez un buen día, tomó, al fin, responsabilidad de su vida y al hacerlo se liberó del recuerdo que tanto la lastimaba.

Recurro a mis libros buscando con desesperación. Al fin encuentro la cita correcta, dice así: “El hombre se encuentra ante las cosas teniendo que habérselas con ellas y a este fin necesita formarse un programa de su conducta. Qué puede hacer, qué no, qué esperar”. A qué atenerme respecto a las cosas de mi circunstancia... Yo vivo, luego pienso, razono, olvido para comenzar a caminar con otro corazón y ejercer así mi libertad; me rehúso a que lo que sucede decida por mí.

Estoy en mi deseo y derecho de transformar porque la vida exige esfuerzo, conciencia de lo acontecido; la vida no es sencilla. Mi historia reciente contigo ha sido encajar un golpe de desamor que ha caído con violencia sobre mi pecho; otro golpe durísimo de falta de compasión que, literalmente, abrió en dos mi corazón; uno más que ha caído como losa de indiferencia y deja ver nítidamente moretones en todos los órganos de mi cuerpo.

Has levantado minuciosamente mis uñas a base de falta de empatía, y gota a gota ha caído sobre mi cabeza, hasta abrirme una herida, tu olvido constante sobre los cuentos que te contaba antes de dormir, de los paseos por las tiendas cuando los escaparates cobraban vida, era una fiesta para ti, quedabas fascinada por los relatos y siempre me pedías más y más, hasta que, lo confieso, terminaba agotada de imaginar. Pero era para ti y, aunque cansada, lo hacía con gusto, prolongando los relatos donde tú eras la heroína.

Pasaron tantas cosas amorosas que no podría enumerarlas todas. Era ese amor entre tú, tan pequeña, y yo tomadas de la mano.

Todo bien barrido ha quedado; has limpiado con eficacia. Ni una mota de juegos con las Monster High, ni una pelusa de tardes enteras imaginando escenas con los Pet Shop, ni un pelo de las Polly Pocket ha quedado tirado en el suelo de la memoria. La amnesia es total.

Al fin aprendiste a barrer, cariño. Debería estar orgullosa de lo limpio y ordenado a tu gusto que has dejado tu recuerdo. ¿Te hiciste cargo de tu circunstancia o eres víctima de alguna hechicería? Ahora sé lo que es una manera de morir. Pero no seamos aguafiestas: también puede ser una manera de mudar la piel y renacer.

He muerto, la otra yo. Y morí exactamente en el momento en que olvidaste mis esfuerzos por protegerte, aunque no siempre lo lograra. Debí haberlo sabido hacer, era mi obligación, pero fracasé. Tampoco he sabido defenderme a



mí, eso parece; pero ya no, para renacer están las ideas que otros escribieron. Recorro a los filósofos para explicarme esta dura realidad.

Hoy amanecí con fiebre. Esta mañana me he sentido cortada en pedazos y vi claramente cómo cada uno de ellos vagaba por la habitación realizando distintas actividades. Luego me toqué la frente y me quemó; eso me hizo recordarte enferma. Te recuerdo de niña, te veías realmente bella. Siempre has tenido esa cara linda: tus mejillas, de rojas, parecían dos betabeles; tus ojos grandes con esas pestañas largas; tus labios rojos entreabiertos dejaban escapar un afiebrado aliento. Tu pequeño cuerpo vestido con una larga y delgada bata a rayas. Tu sueño profundo; parecías desmayada sobre la sábana blanca. Siempre velé tus enfermedades y siempre quise pintarte así, simplemente porque tenías esa belleza de siempre pero matizada por un factor extraño, un virus diferente. Nunca lo hice por miedo a prolongar tu enfermedad, como una especie de mágico hechizo, una variante de Dorian Gray.

PERSPICERE: es latín y también significa “mirar atentamente”.

Ante tu indiferencia, distingo cómo mi mente se rebela, se enfada, recobra su dignidad, o lo intenta. Así que he tomado tu recuerdo, creo que eso es lo que le pasó a Penélope, y lo he dejado ahí, en un nicho bonito del pasado, estancado en un lugar donde nunca nada se pudre y siempre se es feliz.

También es el sitio al que ya no quiero mirar. Ya toca hacerme responsable, tomar mi contexto por los cuernos y batirme en una ágil retirada hacia otros sitios que contemplar.

Sigo sentándome en la silla verde que tengo en mi patio delantero, esa que está junto a las cactáceas. Muchas tardes ahogué el llanto ahí, tratando de explicarme lo que pasaba, imaginando soluciones, acciones que yo podría haber hecho. Mis vecinos, preocupados, han bajado a ofrecerme conversación, una cerveza, un té, un poco de comida, lo que fuera. Siempre ha quedado claro que te esperaba con ansiedad. Hoy reflexiono sentada en la misma silla; mis vecinos creen que sigo esperando, pero yo sé que ya no espero nada. Ni siquiera a ti.

Los que esperan lo hacen con ilusión hasta que todo se vuelve demasiado. Yo he esperado. Los que esperamos tenemos un interior que siempre grita, hasta que lo que grita es: ¡YA ES SUFICIENTE!. Los que esperamos tenemos que

renunciar, dejar en paz alguna vez. Todos llegamos a este punto y es entonces cuando surge algo parecido al olvido. Los más sufrientes aguantan un poco más.

Demasiado ha sido y tu olor, cariño, para mí ha cambiado. Todo es transformado por la espera; no se pasa inmune por tanto dolor. Ya no te recuerdo igual; no hueles más a infancia ni a adolescencia.

¿Sabes? Ayer estaba con unas amigas en el restaurante La Cosecha cuando nos sirvieron un mezcal. Mi amiga Judith lo olió y dijo: Tepeztate. Yo no hubiera sabido identificarlo, pero mi amiga repasó los sabores; no era un cuishe, ni un madre cuishe, era un tepeztate destilado en alambique de barro. Su olfato es maravilloso, ese mismo que relacionó ese olor con su abuela. El tepeztate huele, dice, a esas tardes en que mi abuela barría su patio de tierra con una escoba hecha de ramas. El contacto de la tierra con las ramas dice al aire: Tepeztate.

Ya no huelen las tardes a tu presencia, ni a tu ausencia; ahora todo huele a olvido, y eso es muy diferente. Me pica la nariz, me hace arder los ojos. No me debes nada, cariño, pero tampoco merezco el desprecio del olvido. El amor se ha detenido y, cuando al fin vuelve a caminar, cambia de rumbo. Y sí, ya lo he dicho: uno empieza a caminar con otro corazón. Así, te vas volviendo dos. Pero a la segunda, a la nueva tú, no la conozco de nada. Ya no.

No se nada de ti, desde hace tiempo. Tal vez vuelvas pero si lo haces, temo que ya no te reconozca. Ya no me guío por el sentimiento, me esfuerzo porque lo hagan las ideas y éstas de Ortega y Gasset sentencian:

“Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”

1 de diciembre del 2025 en la calle García Vigil, Oaxaca de Juárez, Oaxaca, México.

—LH

# LOS JARDINEROS DE LA MEMORIA



JAVIER PRIETO

[www.javierprieto.net](http://www.javierprieto.net)

**E**l mundo había aprendido a olvidar. Los cementerios quedaban vacíos cada 2 de noviembre, porque recordar costaba dinero, y la inflación había devorado hasta los últimos gestos de ternura. El 15 de febrero, las floristerías cerraban temprano; nadie compraba rosas cuando el pan sabía a derrota. Nuestra generación creció mirando pantallas que pronosticaban futuros imposibles, mientras las guerras se libraban en hologramas y el desempleo se medía en porcentajes que sonaban a epitafio.

Yo vivía en un ático compartido con tres licenciados más. Teníamos másters en resiliencia y doctorados en precariedad. Marco programaba algoritmos para empresas que luego le negaban contrato, Ana diseñaba mundos virtuales que nunca visitaría, y Leo traducía textos a lenguas muertas. Yo, Lara, soñaba con escribir la gran novela de nuestra época, pero apenas lograba redactar eslóganes publicitarios para criptomonedas que colapsaban antes de llegar al mercado.

Fue en uno de esos atardeceres grises, mirando cómo la ciudad se apagaba edificio tras edificio, cuando Marco rompió el silencio: “Necesitamos crear algo que no se pueda medir en bitcoins”. Ana, sin levantar la vista de su tablet, murmuró: “Todo lo que tocamos se convierte en humo digital”. Pero Leo, el traductor de lenguas extinguidas, dijo algo que nos quedó grabado: “Lo único que no han podido monetizar es la memoria”.

Esas palabras germinaron en nosotros durante semanas. Mientras los noticieros hablaban de nuevas inteligencia artificiales que reemplazaban trabajos creativos, nosotros comenzamos a recolectar lo que el mundo desechaba: historias. Empezamos por nuestro edificio. La señora Elvira, cuyos noventa años escondían la memoria de toda una época, nos regaló sus recuerdos a cambio de compañía. Nos habló de bailes con orquesta, de cartas de amor escritas con tinta verdadera, de duelos a cara descubierta.

Cada noche, mientras la economía colapsaba y los mercados demostraban su fragilidad, nosotros construíamos un archivo de voces humanas. Grabamos a Javier, el panadero que perdió su negocio pero conservaba las recetas de su bisabuelo; a Claudia, la médica que atendía gratis en su consulta porque “la salud no es un lujo”; al niño Miguel, que a sus ocho años conservaba la certeza de que el mundo podía mejorar.

Un día, la inteligencia artificial que gestionaba nuestro distrito falló. El apagón digital duró setenta y dos horas, suficientes para que el caos se enseñoreara de la ciudad. Sin apps de transporte, sin sistemas de pago, sin comunicación, la gente salió a las calles no para protestar, sino porque no sabía qué más hacer. Fue entonces cuando actuamos.

Organizamos en la plaza mayor lo que anunciamos como “La Fiesta de lo que Perdura”. No era una fiesta cualquiera: no había DJs contratados, ni barras libres, ni influencers patrocinando marcas. Era una fiesta de memoria viva. La señora Elvira enseñó a bailar pasodobles a jóvenes que solo conocían los ritmos electrónicos. Javier horneó el pan de su abuelo y lo repartió gratis. Claudia montó un consultorio improvisado donde curaba más con la escucha que con medicamentos. Los niños dibujaron en el suelo de la plaza el mundo que querían heredar.

Y entonces ocurrió lo mágico. Alguien empezó a contar una historia sobre su abuelo republicano. Otro compartió el recuerdo de su madre emigrante. Una joven leyó un poema que había escrito para su hermana fallecida. La plaza se llenó no de gente, sino de almas. De vidas que resucitaban en la voz de quienes las recordaban. Las caras cambiaron: donde antes había resignación, ahora brillaba algo parecido a la dignidad.

La autoridad municipal quiso detenernos, argumentando que no teníamos permisos. Pero cuando llegaron, se encontraron con algo que no podían procesar sus protocolos: cientos de personas compartiendo algo que no se podía cuantificar,



ni gravar, ni prohibir. El jefe de la policía local, un hombre endurecido por años de reprimir protestas, se acercó a nosotros. Esperábamos la multa, la dispersión, el fin de nuestro experimento.

En cambio, nos dijo con voz quebrada: “Mi padre era jardinero. Me enseñó que algunas semillas necesitan oscuridad para germinar”. Y se unió a la fiesta.

Al amanecer, cuando los sistemas volvieron a funcionar y el mundo digital recuperó su dominio, algo había cambiado. La gente no se dispersó como otras veces. Seguía en la plaza, intercambiando números telefónicos reales, haciendo planes que no dependían de algoritmos.

Habíamos descubierto el código más resistente: la necesidad humana de conexión verdadera.

Hoy seguimos aquí, en este ático que se ha convertido en centro de operaciones de una revolución silenciosa. Nuestro movimiento se extiende por ciudades donde creían que la esperanza era un recurso agotado. No tenemos líderes, ni estatutos, ni presupuesto. Solo tenemos historias. Y la certeza de que mientras un ser humano pueda contarle su verdad a otro, el futuro nunca estará completamente escrito.

La inteligencia artificial puede predecir tendencias, las criptomonedas pueden subir o caer, las guerras pueden estallar en continentes lejanos. Pero nada puede reemplazar el momento en que una abuela le cuenta a un niño cómo era el mundo cuando creían que todo era posible. Ese instante, ese frágil y poderoso instante, contiene más futuro que todos los algoritmos juntos.

A veces, en las noches más duras, cuando las noticias hablan de colapsos y el desánimo llama a nuestra puerta, recuerdo aquella frase de Leo: “Esto no era una fiesta, era una semilla”. Y sonrío, porque sé que algunas semillas están destinadas a cambiar el paisaje. —LH



# OJOS VIEJOS AL ATARDECER

JUAN PABLO DE VELASCO  
MACIAS



[www.instagram.com/juanpa\\_dev](https://www.instagram.com/juanpa_dev)

**N**o creo que el tiempo sea la mejor medida para las amistades, he tenido amigos que solo han estado en un par de las páginas de mi vida, pero el eco de su compañía no ha parado de resonar en mi existencia. No importa si se cuenta en muchos días o pocos meses el tiempo que fue mi amigo, pero el recuerdo de don Julián cruza por mi mente como antes su bicicleta recorría el costado de la carretera.

Le conocí por casualidad, así como se viene a encontrar tanta gente; yo andaba comiendo flautas ahí en el puesto de mi comadre Renata en la entrada del pueblo; en la televisión, unos comentaristas de traje hablaban del juego de futbol de la noche anterior, yo les observaba mientras la tortilla frita me crujía en los dientes y la salsa salpicaba al plato, fue entonces que mi mirada, buscando algo más interesante que aquel programa, se desvió hacia el nuevo cliente que había entrado por la puerta. Se encontraba ahí un señor vestido con una guayabera, ya estaba entrado en años, el ligero sudor que cubría sus arrugas y la respiración algo agitada que revelaba su pecho delataban que hace poco había hecho un gran esfuerzo.

A falta de otro lugar para sentarse, me acompañé en mi mesa, no sin antes haber preguntado si la silla estaba libre; luego de hacer su pedido se quedó mirando la televisión, para después mofarse del desempeño de mi equipo, me lo tome a juego, le conteste con mi propia burla y continuamos conver-

sando del futbol; los minutos pasaron y la plática evitó que nos diéramos cuenta que habíamos terminado nuestros alimentos; finalmente le dije adiós, él por su parte, pidió algo más para llevarle a su esposa antes de retirarse.

Pocas veces visitaba ese lugar, solo en las ocasiones en las que mi hora de comida convergía con un viaje para llevar madera fuera del pueblo; aun así, me encontré a don Julián en varias otras ocasiones, suficientes para conocer su nombre, conversar sobre la totalidad de un torneo de futbol, hablar un poco de nuestras familias y, contarnos sobre nuestros trabajos; yo era dueño de una maderería, él trabajaba ayudando en la siembra en una rancharía que no quedaba lejos.

En una ocasión, venía conduciendo en mi camioneta desde dicha rancharía, entonces, noté una bicicleta a mi derecha que avanzaba por una zanja que separaba la carretera del barbecho, al prestar más atención, descubrí la identidad de quien pedaleaba, era don Julián. Me detuve cerca de él para invitarle a subir, oferta que fue rechazada con firmeza, me quedé un rato discutiendo con él hasta que finalmente lo convencí de llevarlo; mi amigo se subió con un rostro más frustrado que aliviado, como sintiéndose obligado a sentarse a mi lado y echar su bicicleta en la parte de atrás. Me fue guiando a su casa mientras seguíamos charlando, pero en la conversación se notaba que el fastidio permanecía en sus palabras.

Finalmente llegamos a las puertas de su casa, no estaba muy lejos, pero la distancia era sorprendente para ser recorrida en bicicleta por alguien de su edad. Se despidió al bajarse de la camioneta, pero añadió a su adiós el más sincero de los agradecimientos, y también una humilde petición, que alguien quien no lo conociese podría confundir con una queja:

—Luis, si algún otro día me vuelves a ver por la carretera, por favor, no me ayudes.

De verdad, todavía puedo llegar.

Le prometí que así lo haría, una parte de mí se sintió mal por haberse comprometido a nunca ayudar a un viejo, pero algo en mí me decía que habría sido una peor ofensa hacia mi amigo el hacer lo contrario. Sus palabras se quedaron en mi mente varios días, como un enigma intrusivo al que no podía encontrar respuesta.

Se siguieron varios meses en los que, para mi suerte, no me lo encontré nunca en la carretera; por otro lado, nuestros encuentros ocasionales a la hora de comer siguieron igual; hasta que un día surgió una alegre particularidad, el viejo me invito



a comer un sábado en su casa, una oportunidad para que se conocieran mi familia y la suya, obviamente acepte su invitación.

Llegado aquel sábado, mi esposa, mi hijo y yo nos presentamos a la casa de don Julián con una cazuela repleta de arroz y un par de refrescos; mi amigo y su esposa, Rosario, nos recibieron amablemente. En cuanto nos acomodamos, el buen humor y la conversación amena fluyeron por toda la cocina junto al olor del espinazo de puerco con nopal que había preparado la anfitriona, agradecí en secreto que trajéramos el arroz que era más del gusto de mi hijo Miguel, me alegré de ver que mi amigo y mi querida Carla se llevaran tan bien.

Unas horas después, llegaron a la casa Adriana y Daniel, dos de los hijos de Julián; venían a visitar a sus padres como acostumbraban a hacer seguido, no fue sorpresa ver que habían heredado su amabilidad. Sin darme cuenta, alguien encendió una bocina para sumar música a la sala; Rosario no pudo disimular su gusto por las melodías que sonaban; sin levantarse de la mesa, sus pies daban pequeñas pisadas al ritmo de la canción, un compás que seguían los dedos de sus manos con discretos movimientos que nacían casi como reflejos. Mis observaciones fueron notadas por Adriana.

—A mi madre le encanta bailar, o le encantaba, ya casi no puede. —Comenzó a decirme Adriana mientras los demás mantenían su propia charla—. Me acuerdo como bailaba

una vez en el salón que esta cerca de la plaza, era una fiesta de mis padrinos, mis papás no pararon de bailar en toda la noche; yo estaba muy chiquita, pero todavía me acuerdo bien.

Y así como en esa tarde ella me hablo de los ayeres de su padre con nostalgia, su hermano me hablo de su presente con preocupación. Ya nos habíamos levantado de la mesa hace rato, estábamos en la puerta de la casa, habíamos avisado nuestra despedida hace buen rato, pero el intercambio de palabras seguía postergando las ganas de retirarse. Fue ahí cuando Daniel me abordó para hablar conmigo, un poco apartado de todos, cuidando que su padre no le escuchara:

—Oye, ¿cómo le hiciste para que mi papá aceptase que le dieras raite?.

—Tuve que discutir con él hasta hartarlo, creo que no se lo tomó bien.

—No te apures, al contrario, muchas gracias por ayudarlo. Y muchas gracias por venir, no es mi hogar para decirlo, pero hablando por mi papá, aquí tienes tu casa, cuando quieras...

Y también está la mía, claro; si le caes bien al viejo, me caes bien a mí.

Empecé a agradecer sus cordialidades cuando me interrumpió para continuar:

—De verdad no te preocupes por lo que te dijera, él es así cuando se trata del trabajo, terco de a madres —continuó revelándome más sobre su padre—. No sé porque lo hace, ya no tiene deudas desde hace años, entre el dinero que le cae de pensión y lo que le damos entre todos mis hermanos tiene todo cubierto, pero el sigue y sigue siempre volviendo a encontrar un trabajo donde joderse. Ya le ha de haber contado, se hizo amigo de unos medieros aquí en la comunidad que esta saliendo por la carretera, y el muy cabron se va hasta allá para ayudarles, les he dicho que ya no lo inviten, pero él sigue asistiendo sin falta; hablando con ellos me dijeron que casi no le encargan jales pesados, pero para alguien de su edad cualquier

trabajo pesa; le digo que mande a reparar su condenada camioneta que tiene arrumbada atrás de la casa, pero parece que le di más ánimos para que se subiera en la bici. Hasta parece broma que pedalee mejor de lo que puede caminar. —Tras un breve silencio, Daniel terminó de decir—. Se le olvida lo viejo que es.

—No creo que eso se olvide —dije intentando ignorantemente adivinar los pensamientos de mi amigo. «Tal vez quiera recordar cómo es ser joven», pensé para mí mismo, como sabiendo que hay en la mente de un viejo.

En esa serie de palabras con la que fui cubierto esa tarde, a aquellos diálogos que desvelaban nuevos matices de quien yo creía era una amistad carente de sorpresas, llegaron unas últimas frases a terminar de desconcertar mi panorama; y esa última vez, todo lo dicho vino de la boca del propio don Julián.

Estaba yo abriendo la puerta de la camioneta para retirarme y dar por terminada la reunión; Julián me había acompañado hasta donde me estacioné, estaba al costado del vehículo, pero no me veía a mí, volteaba hacia el horizonte, donde un sol anaranjado se despedía del día. Fue entonces que le escuché a hablar, no se si para si mismo o para mí, pero mis oídos le oyeron sin importar su intención.

—Qué bonito es un atardecer. El sol es menos brillante, tan débil que se le puede ver sin que a uno le duelan los ojos, pero pinta el cielo más bonito que en cualquier otra hora.

Por un momento temí estar viendo algún síntoma de una mente decadente, que la vejez había alcanzado los pensa-

mientos de mi amigo y le provocaba desvariar en sus palabras. Pero cuando vi sus ojos no encontré la mirada de un anciano, observé el gesto que hacen los niños cuando ven a sus ídolos en televisión.

Luego de esa tarde, don Julián y yo seguimos conviviendo como antes lo habíamos hecho, la casualidad nos regaló más encuentros esporádicos en las comidas, y la suerte me salvo de volverlo a ver en la carretera. Pero un día, que erróneamente creí que sería como tantos otros, me detuve a comer en el local de Renata, pero en aquella ocasión ella no se limitó a traerme la comida a la mesa, me dio también una mala noticia: don Julián había sido encontrado muerto al lado de la carretera.

Después me enteré de que había sucedido exactamente; Julián tomó su bicicleta en la mañana para irse a trabajar, pero un infarto fulminante evitó que llegase a su destino; no pasaron muchos minutos para que un buen samaritano le recogiese, pero ya era tarde.

Cuando asistí al velorio, en la caja esperaba ver a mi amigo transformado en una sombra inexpresiva de lo que fue, una cascara vacía como tantas otras había visto en otros funerales; pero al observarlo, su seriedad mortuoria no reflejaba ausencia o fragilidad, al contrario, su rostro transmitía fuerza. La cualidad que tantos desearían emanar en vida, se encontraba frente a mí en su máxima expresión, la fuerza de la vida perdurando hasta en la muerte.

En aquel instante, don Julián no tenía nada que envidiarle al sol. —LH





# CASILLA OCUPADA

LOURDES ASO TORRALBA



**A** mi pareja se le metió en la cabeza enseñarme a jugar al ajedrez. Era raro que eligiera los domingos por la tarde, con lo que le gustaba el fútbol. Pero como la cosa entre nosotros no marchaba bien, decidí seguirle la corriente.

Colocar las piezas sobre el tablero era fácil. La primera disputa surgió con el color. Y eso que las normas establecían que quién hubiera elegido blancas movía la primera pieza. A mí el negro me daba mal fario. Me recordaba al luto de los funerales y al ruido de la tierra sobre el ataúd. Empecé a creer que la situación le hacía disfrutar.

Si se hubiera tratado del mus, tan lleno de estrategias y lenguajes no verbales, habría tenido su aquél. Pero allí, enfrentados sobre los sesenta y cuatro escaques me di cuenta que había mil facetas que desconocía de Juan. Una arruga en la frente cuando se concentraba mucho. Un chasquido de los nudillos si estaba muy nervioso. Y ese silencio que convertía a las piezas en estatuas de hielo.

Cuando movió su peón sentí el recuerdo de muchas de nuestras riñas. Él tan pragmático, como si nunca hubiera roto un plato. Yo avanzando con mi peón como pidiendo permiso. Cada uno valorando al contrario que caminaba de puntillas sobre el tablero con la prudencia de no ceder terreno a la primera de cambio. Sacrifiqué un par de peones. Juan se los tragó sin contemplaciones.

El juego, después de unos minutos de calentamiento empezaba de verdad. Era una fiesta en la que sólo podía quedar uno.

Moví el alfil en diagonal para esquivar su ataque pero calculé igual de mal que en nuestra vida de pareja. Me sentí un poco inútil. No había estudiado bien las opciones y me sorprendió con un movimiento inesperado.

Su caballo empezaba a tomar posiciones. Como buen jinete, saltó sin dificultad para colocarse ya cerca de la línea contraria. Jugaba con ventaja. Desde siempre era más de Ciencias y los números se le daban bien. Había memorizado cientos de jugadas. Mi mente era menos lógica y aunque tenía buena memoria para aprender, odiaba los conflictos. Con tal de que Juan no se enfadara habría hecho cualquier cosa. Tenía mal perder. Nunca se disculpaba por nada.

Al verlo acercarse a mi torre lo supe. En las tiradas del tarot la pitonisa me lo había advertido. Se presentaban cambios importantes. No quise hacerle caso. Se movió en línea recta dejando a la Dama y al Rey bien expuestos.

Comí varios peones. Encajoné a un alfil pero el caballo salió desbocado al ver a la Reina bailar sobre el tablero. El Rey, unos pasos por detrás, trató de llamarla al orden, pero ella ni caso. Que era poderosa y ninguna pieza podía bloquearla.

Juan empezó a sudar. En la vida real ninguna dama había osado contradecirlo. Y jugando al ajedrez siempre ganaba porque había practicado mucho y se sabía todas las probabilidades de movimiento antes de que a mí se me ocurriera qué hacer.

Yo, lo reconozco, bastante tenía con saber como mover las piezas y si podía avanzar una casilla en diagonal o en horizontal. A lo de la casilla ocupada todavía no había llegado cuando vi al Rey abalanzarse sobre su Reina. Iba a decir que esa norma no estaba contemplada en el reglamento y que el juego consistía en blancas contra negras cuando vi a Juan ruborizado.

Tardé un poco más en darme cuenta de lo que estaba ocurriendo en el tablero. Parecía la representación de una obra de teatro con nosotros de protagonistas y por mucho que desde arriba quisiéramos cambiar el guión, éramos meros espectadores.

Cuando la pareja de Juan se besó supe que mis sospechas no eran infundadas. Pero por más que miré a la Reina negra, no pude adivinar con quién me ponía los cuernos Juan.

Mi reina sufrió un ligero desmayo y los peones que habían sobrevivido en la partida vinieron a levantar a la blanca.

La torre se interpuso en el medio para cortar el paso, pues en cuanto hizo pie de nuevo, miró las casillas y empezó a mo-

verse en busca de la pareja real. Supe que si la alcanzaba, saldría igual de malparado Juan que quién fuera ella.

Pareció congelarse el tiempo. Le tocaba mover a él y no se decidía. Era como si la jugada tuviera que terminar en un jaque mate porque no hubiera otra salida. O moría él o yo. Llegados a ese punto, poco importaba la estrategia. Lo habíamos hablado todo. O no quedaba nada por hablar.

Durante un rato hice bailar a mi Rey hasta que encajonó al adversario. No tardó en caer su Reina.

Me faltaba un movimiento para el jaque mate cuando vi dudar a Juan. Sabía que nuestra separación sería muy tortuosa.

Movió el tablero para que las piezas se desequilibraran. Yo habría jurado escuchar gritos de dolor y las broncas por no haber tenido cuidado.

Terminamos en tablas. De mutuo acuerdo. Juan guardó dentro de la caja las piezas. Tenía por costumbre contarlas porque no había cosa que le diera más rabia que intentar jugar y que faltara una pieza. Me preguntó si había visto a la Reina negra porque no la encontraba por ningún sitio. Buscamos hasta debajo de los sillones y entre los cojines. Pasamos la escoba. Nada.

A gusto le habría dicho a Juan que era inútil que siguiera buscando porque su Reina se había ido. Ser plato de segunda durante toda la partida había terminado por abrirle los ojos.

Después de ese día, Juan perdió todo el interés por jugar conmigo al ajedrez. Y como a mí me había entrado el gusanillo, solía acercarme a las mesas del parque donde siempre había alguien dispuesto a echar una partida. Casi siempre perdía porque todos jugaban mucho mejor que Juan.

Una tarde se sentó a la mesa una mujer que eligió negras y me pidió permiso para colocar a su propia Reina. Me pregunté cómo había llegado a su bolsillo la pieza que perdimos con Juan.

Ganarle fue fácil. Sin embargo, fue una victoria amarga porque en el ajedrez no se podía perdonar un descuido. Su rendición parecía cargada de arrepentimiento. Dejó pasar el tiempo sin hacer nada, tal como habíamos hecho con Juan.

Al terminar la partida había que guardar las piezas. Y esta vez sí, la Reina negra estaba con todas las demás.

A la Reina blanca la vi marchar muy ufana para casa en busca de Juan. —LH





# EL GASCÓN DE 1873



MANUELA GÓMEZ GARCÍA

[www.instagram.com/mangomares71](https://www.instagram.com/mangomares71)

**E**l aire de Barcelona tenía esa densidad pegajosa de las tardes de bochorno, una mezcla de olor a fritanga de chiringuito, gasoil de autobús turístico y las aspiraciones frustradas de los caricaturistas que ofrecen trabajos en vivo por 10 euros en las Ramblas. Yo avanzaba por la acera esquivando grupos de congresistas con acreditaciones al cuello y un optimismo que solo la ignorancia de la orografía local puede justificar; mi destino era el despacho de Don Ruperto Gastón de los Olivos, un hombre cuya fortuna era tan vasta como su falta de escrúpulos y cuya fisonomía recordaba, de manera un tanto inquietante, a un besugo que hubiera decidido dedicarse a la promoción inmobiliaria.

—Pase, pase, hombre de Dios —dijo Don Ruperto sin levantar la vista de un fajo de pagarés que examinaba con una lupa de joyero—. Me han dicho que es usted el mejor en lo suyo.

—Si por “lo suyo” se refiere a localizar objetos perdidos en condiciones de extrema ambigüedad legal, le han informado correctamente —respondí, tratando de que mi gabardina no pareciera tan desastrosa bajo la luz de los halógenos.

—Necesito que recupere el “Gascón de 1873”. Es una pieza única. Un reloj que pertenece a mi familia desde que mi tatarabuelo lo ganó en una partida de cartas a un obispo con problemas de ludopatía. El problema es que mi sobrino, un mequetrefe con ínfulas de DJ, se lo llevó a una celebración privada y ahora dice que no recuerda dónde lo dejó.

—¿Y dónde fue esa celebración? —pregunté, ya presintiendo que la respuesta no me gustaría.

—En el Palacio Rosa. Esta noche se celebra el enlace de la hija de un magnate del aguacate con un barítono venido a menos.

Llegué al Palacio cuando la noche ya había desplegado su manto de contaminación lumínica sobre la ciudad. El edificio, un despropósito arquitectónico que combinaba el gótico catalán con el brutalismo soviético, bullía de gente que parecía haber sido seleccionada por un casting de extras de una película de Fellini.

Me infiltré aprovechando la llegada de un grupo de músicos de mariachi. Nadie cuestiona a un hombre que camina con paso decidido y lleva una funda de guitarra que, en mi caso, solo contenía un bocadillo de tortilla y un mapa del alcantarillado municipal.

El interior era un laberinto de espejos, bandejas de canapés de dudosa procedencia y champán que sabía a desinfectante industrial. La música atronaba. En el centro de la pista, una mujer vestida enteramente de plumas de pavo real bailaba con un hombre que sostenía un monóculo con una mano y un cubata con la otra.

—¿Busca a alguien? —me dijo al oído una voz que olía a Chanel No. 5 y a ginebra de supermercado.

Me giré para encontrarme con una mujer de belleza de revista y mirada de tiburón financiero.

—Busco el sentido de la vida, pero me conformo con un reloj —respondí, intentando hacerme el enigmático.

—Aquí nadie busca lo que dice buscar —dijo ella, arrastrándose hacia una terraza—. Todo esto es una farsa. Pero reconozca una cosa, pese a todo, el circo está bien montado.

La frase se quedó flotando en el aire. Miré a mi alrededor. Era cierto. Había una eufórica desesperación que solo ocurre cuando la gente sabe que el mundo se acaba pero el espectáculo todavía no se ha terminado.

Localicé al sobrino, un joven llamado Borja que lucía un peinado que desafiaba las leyes de la gravedad y de la estética. Estaba en un reservado, intentando explicarle a una modelo internacional cómo su música iba a convertirse en una experiencia necesaria para sobrevivir.

—El reloj, Borja —le dije, agarrándolo por la solapa de su chaqueta de lino—. Me envía tu tío para encontrar el reloj que has perdido.

—¡Ah, el reloj! —exclamó con una risa nerviosa—. Se lo presté a un tipo que decía ser el embajador de un país que no recuerdo. Se fue hacia la torre del ala este.

Corrí por pasillos alfombrados, esquivando a camareros que llevaban pirámides de marisco y a invitados que discutían sobre el precio del metro cuadrado en el más allá. Al llegar a la torre, la encontré vacía, a excepción de una pequeña caja de madera sobre una mesa de caoba.

La abrí. Dentro no estaba el reloj. Había una nota que decía: “La puntualidad es la cortesía de los reyes, pero el olvido es el privilegio de los que viven de verdad”.

En ese momento, las luces del palacio se apagaron. Un silencio sepulcral, solo roto por el lejano estallido de un corcho de cava, se apoderó del lugar.

Una linterna me cegó. Al otro lado de la luz, Don Ruperto Gastón de los Olivos sonreía, pero no era la sonrisa del besugo, sino la de una hiena que acaba de encontrar una carroña fresca.

—Sabía que me traería hasta aquí —dijo con voz meliflua.

—¿Qué significa esto? —pregunté, tanteando mi funda de guitarra.

—El reloj nunca existió, mi querido amigo. Era un señuelo. Necesitaba que alguien con su... digamos, falta de pedigrí social, hiciera suficiente ruido para distraer a la seguridad mientras yo retiraba las joyas reales de la caja fuerte de los anfitriones.

—¿Me ha utilizado para un robo a gran escala?

—No lo llame robo. Llámelo redistribución. Usted es el chivo expiatorio perfecto. Un detective en decadencia atrapado en una fiesta de la alta sociedad. Los titulares se escriben solos.

Don Ruperto se dio la vuelta para marcharse, pero yo ya había previsto que un hombre que usa lupa de joyero para leer pagarés siempre guarda un as en la manga, o, como en mi caso, un bocado de tortilla en la funda de la guitarra.

Lancé el bocado con una puntería que ni yo mismo sabía que poseía. Impactó en la nuca de Don Ruperto, quien, por la sorpresa, tropezó con una estatua de mármol de un querubín con obesidad mórbida. El estrépito fue monumental.

Cuando la policía irrumpió en el Palacio, no me encontraron a mí, ni a las joyas, ni a Don Ruperto en una posición muy digna que digamos. Yo ya estaba en la calle, caminando hacia la parada del 24, con las manos en los bolsillos.

Metí la mano en el bolsillo derecho y mis dedos rozaron algo frío y metálico. Saqué un objeto. No era el reloj. Era un pequeño broche de oro con forma de pavo real que la mujer de la terraza me había colocado sin que yo me diera cuenta.

Miré hacia atrás, hacia el Palacio Rosa. Las luces volvían a encenderse, la música volvía a sonar. La farsa continuaba. Sonreí

para mis adentros. Don Ruperto iría a la cárcel, el sobrino seguiría siendo un idiota, y yo tenía una pieza de joyería que pagaría mis facturas durante tres años.

Fue entonces cuando lo comprendí. Todo el teatro, el engaño de Don Ruperto, mi propia torpeza... todo formaba parte de un mecanismo mucho más grande y absurdo. El mundo no se mueve por dinero ni por poder, sino por la pura necesidad de montar un espectáculo que nos distraiga de la vacuidad de la existencia.

Me subí al autobús. El conductor me miró con desdén.

—¿Viene de la juerga esa del palacio? —preguntó.

—Sí —respondí, sentándome al fondo—. Era una fiesta.

Pero mientras el autobús arrancaba, vi por la ventanilla a la mujer de las plumas subiéndose a un taxi. Me guiñó un ojo. En su muñeca, brillando bajo la luz de la farola y marcando las horas con descaro, lucía el Gascón de 1873. Ella era la verdadera dueña de esta historia. Yo solo había sido el invitado que, por una vez, no se había quedado a recoger los platos rotos. —LH





# AL FINAL

**PIEDRA DEL GALLO**  
(SEUDÓNIMO)



**L**a abuela Magdalena estaba dentro del ataúd con las manos cruzadas, como cuando se quedaba dormida en el sillón después de comer. Nadie se atrevía a decirlo, pero parecía que en cualquier momento iba a abrir los ojos y a preguntar si alguien había planchado la camisa azul, la de los domingos. La sala olía a flores recientes y a algo más antiguo, un olor que no se compraba en la floristería.

Magdalena hacía bocadillos de mantequilla con azúcar cuando no quedaba nada dulce en casa. Los envolvía en papel de cocina y decía que no se lo dijéramos a nadie, como si el secreto los hiciera mejores. Te remetía la camiseta interior con dos dedos rápidos, como si el frío fuera algo que se pudiera engañar. Llevaba el carrito de la compra forrado con un plástico viejo “por si llovía”, incluso en agosto, incluso cuando el cielo era una promesa limpia.

No daba la paga del domingo sin un beso previo. Nunca. Y cuando te ibas, aunque fuera a tirar la basura, repetía lo mismo desde la puerta:

—Por la sombra, Magdalena, que por el sol te quemas.

Ahora nadie sabía muy bien dónde ponerse. Se hablaba en voz baja, se asentía mucho, se repetían frases gastadas. La tristeza estaba ahí, sentada en todas las sillas, ocupando el espacio que antes llenaba ella.

Al principio, nadie se atrevía a decir nada que no fuera estrictamente necesario. Se preguntaba si alguien quería

agua, si hacía frío, si habían avisado ya al primo de Valencia. Las palabras se usaban como muebles: para apoyarse, para no caerse. Alguien comentó que Magdalena siempre llegaba puntual a misa, incluso cuando le dolían las rodillas. Otro añadió que jamás se quejaba, que eso sí que tenía mérito. Se asentía mucho. Se suspiraba.

Fue una tontería la que lo empezó todo. Alguien recordó, sin darle importancia, que una vez se le cayó una bolsa entera de garbanzos por la escalera y que, en lugar de enfadarse, se puso a recogerlos uno a uno diciendo que así hacía ejercicio. La risa salió sola, corta y nerviosa, como si se hubiera escapado sin permiso. Hubo un silencio inmediato, casi de disculpa. Nadie miró a nadie.

Después vino otra historia. Y luego otra. Magdalena regañando a la tele. Magdalena escondiendo monedas en los bolsillos de los abrigos. Magdalena diciendo que no tenía hambre y acabándose siempre lo que quedaba en el plato de los demás. Las sonrisas empezaron a quedarse un poco más de tiempo. Las lágrimas también, pero ya no estaban solas.

Al fondo de la sala, alguien señaló el mueble antiguo, el que nadie sabía muy bien por qué seguía allí. Dentro, el tocadiscos.

Magdalena lo había guardado durante años “por si algún día”. Nadie sabía muy bien qué día era ese, hasta que alguien dijo, casi en un susurro, si no sería ahora.

Costó un momento decidirse. Alguien se acercó al tocadiscos con cuidado, como si pudiera romperse solo con mirarlo. Levantó la tapa despacio, sopló el polvo sin saber muy bien por qué y sacó un vinilo de su funda. Nadie recordó haberlo visto nunca girar, pero todos sabían que era de Magdalena. Cuando la aguja tocó el disco, el primer crujido llenó la sala antes que la música, como un aviso.

La melodía no era alegre ni triste. Era de esas canciones que no parecen decir nada hasta que te das cuenta de que lo están diciendo todo. Sonó baja, casi con vergüenza. Al principio nadie se movió. Luego, alguien empezó a marcar el ritmo con el pie. Otro tarareó sin darse cuenta. Una mujer se secó las lágrimas y se rió al mismo tiempo, sorprendida de sí misma.

Las sillas dejaron de ser un sitio donde sentarse a esperar. Se apartaron un poco, apenas. Hubo un abrazo largo, de esos que no piden permiso. Alguien dijo que a Magdalena le habría gustado ver aquello, y nadie lo contradijo. Porque

era verdad. A Magdalena le gustaban las cosas sencillas, las que no se planean, las que pasan porque sí.

Entre la música y los recuerdos, la tristeza fue cambiando de sitio. No se fue. Se quedó allí, pero ya no pesaba igual. Se parecía más al cansancio que queda después de querer mucho.

Desde fuera, sin saber quién faltaba ni por qué dolía tanto, habría sido fácil equivocarse. Habría sido fácil pensar que aquellas risas, la música baja, los abrazos torpes y sinceros no tenían nada que ver con la muerte. Que el amor no estaba despidiéndose, sino celebrándose como podía. Y tal vez, solo tal vez, habrían acertado al pensar que, al final, era una fiesta. —LH





# CRUELDAD REFINADA



ALEJANDRO MARTÍN REVILLA

[www.linkedin.com/in/alejandromartin1/](https://www.linkedin.com/in/alejandromartin1/)

**F**ingir que celebras lo que no te apetece ya es bastante ridículo. Hacerlo acompañado, en nombre del entusiasmo colectivo, roza la crueldad. Refinada, si se quiere, pero crueldad.

Gregarismo, fingimiento compartido, suma de farsas. Nada de redención.

La alternativa tampoco consuela: cenar solo en una casa vacía. Solo cambia el decorado. Los platos son los mismos, aunque sin nadie delante, además de absurdo, se finge peor.

Heredé el piso de mis padres con todo su eco dentro. También su olor: humedad antigua, papel en las paredes y el rastro de las visitas furtivas con Lucía, cuando todavía las sábanas sabían guardar secretos.

Vender no era opción: los precios por los suelos, el valor emocional por las nubes. Sopesé el alquiler convencional: pareja sensata, contrato largo, plantas de interior. Airbnb ofrecía más dinero y menos compromiso. Ideal para quienes sufren vértigo de identidad.

Llevaba quince años fuera de Barcelona. Lo justo para no entender el nuevo mercado y sentirme sospechoso en mi propio barrio.

Para orientarme, llamé a Paco y Nieves. Perdón, a Francesc y Neus. Así se hacen llamar ahora, con «e» neutra y esa mirada de quien quiere parecer ético hasta en los párpados. En la universidad eran agitadores; ahora militaban en el brunch eco-

lógico y el hedonismo de proximidad. De entonces quedaban unas fotos y algunos recuerdos compartidos.

Se alegraron al oírme. Qué ilusión, dijeron, por supuesto te ayudamos con el piso. Ahora se llamaban «el pare» y «la mare dels meus fills». Afecto sin propiedad, decían. Insistieron en que pasara con ellos la Nochevieja.

—Vendrá gente muy cool. Algunos posibles inquilinos. Ah, y Lucía también. No te importa, ¿verdad?

Lucía. Cómo no.

Era una fiesta donde no sabía si iba a encontrar un inquilino, recuperar una amistad o cerrar un capítulo.

Asentí con ese gesto neutro que uno aprende después de los cuarenta.

—También Marta Sosa. Trabajasteis juntos, ¿no? Está en el Ayuntamiento, en el área de alquileres. Te puede echar un cable con el piso.

Marta. Siempre comprometida. De esas que te sonríen con ternura mientras te echan en cara tu existencia.

Acepté.

Detesto las celebraciones de sonrisa obligatoria, brindis de trámite y felicidad como mandato.

Necesitaba alquilar. Conocer a alguien con buenas referencias.

Salí con una botella de Protos, regalo de manual para clase media ilustrada.

El edificio era uno de esos del Ensanche: modernista, restaurado, noble en apariencia. Me detuve frente a la puerta. Respiré hondo. No por nervios, sino por retrasar la entrada.

El ascensor rezongaba. En cada rellano, guirnalda. Tras las puertas, niños gritones y música ñoña. Todo el edificio celebraba. Yo, no: subía a alquilar.

En el 5.º 3.ª me recibió un cartel: «Bones festes d'hivern». No era laicismo. Era ideología decorativa. Una señal que no desea: corrige.

Neus me abrió con una sonrisa de anfitriona eventual; detrás, Francesc, jersey rosa palo de cuello alto. Al fin parecía lo que entonces solo anunciaba con camisetas de ONG.

—Lucía y Marta aún no han llegado. Casi todos están. Pasa al salón —dijo ella, impostando entusiasmo.

Atravesé el recibidor. Dejé el abrigo en un perchero atestado de parkas sostenibles y bufandas de comercio justo.

Al fondo estaba el salón: techos altos, suelo hidráulico, una lámpara nórdica blanca. A la derecha, la biblioteca: revistas de

economía circular y catálogos de diseño ético. Cuatro personas hojeaban ejemplares con expresión de lectura performativa.

—Hola, soy Justo, amigo de los anfitriones —dije a una mujer de mirada crítica.

Respondió con un hola escueto y volvió a su revista.

A la izquierda, un buffet minimalista y varios invitados ordenando botellas de vino biodinámico y vasos reciclados.

—Hola, soy Justo, amigo de Francesc y Neus.

—Encantada. Mireia. Los conozco desde el instituto. No era noche para medir antigüedades afectivas.

—¿Sabes qué habrá para cenar? —pregunté, más por cortesía que por hambre.

Enumeré platos, postres y las inevitables opciones vegetarianas y sin gluten.

—Somos inclusivos —remató.

No era el perfil que buscaba para el piso.

Vi entrar a Marta por el pasillo. Me excusé y fui hacia ella. Mientras hablaba, sus palabras se deshacían en el aire. Le dije que luego quería hablar con ella sobre alquileres. Asintió con el gesto comprensivo de quien cree entenderte mejor que tú mismo.

Llegaron los anfitriones. Y, detrás, Lucía.

Entró con paso natural, como si la fiesta existiera solo para enmarcar ese momento. Vestido burdeos que sugería más que mostraba; bolso pequeño, casi simbólico. Su presencia tenía eso que no se entrena: la huella de haber dolido sin pedir perdón.

—Ya estamos todos —anunció Neus—. El aperitivo será de pie. Luego sacaremos las sillas para cenar.

Me serví un cóctel de pomelo. Lucía también. El encuentro era inevitable, mejor afrontarlo antes de que se disfrazara de coincidencia.

Parecía más real. No más guapa ni más joven; más presente. En ella, el tiempo no restaba.

Me pasé la mano por el pelo, me estiré la americana. No era coquetería. Era la versión masculina del miedo.

—Hola, ¿qué tal? Te veo estupenda —dije. No mentía.

—Hola, Justo. Cuánto tiempo. Tú también, un poco más fuerte, ¿no? —respondió, con una media sonrisa imposible de leer.

Nos distanciamos cuando me destinaron a Punta Olvidada. Hubo reproches: algunos sinceros, otros por defensa.

Acabamos amigos. Eso dijimos. A los demás. A nosotros mismos.

Supe por Francesc y Neus que se había casado. Después, que tenía problemas. Pensé en preguntar, pero no era el momento. Eso me repetí.

—Voy a saludar al resto. Luego hablamos —dijo, alejándose con la mezcla justa entre cortesía y fuga.”

El resto eran profesionales del activismo amable, diseñadores traslúcidos y coaches de propósito vital.

Asentí a discursos que no entendía y que se evaporaban antes que el vino de mi copa. A las once menos cuarto, Francesc golpeó su copa con una cucharilla.

—Vamos a cenar. Frente a cada plato encontraréis vuestro nombre. Os hemos agrupado por afinidades.

Afinidades. El nuevo eufemismo para los fuegos cruzados. Me tocó en el extremo derecho de la mesa; Lucía, en el izquierdo.

Al parecer, nuestras afinidades de antaño habían prescrito. Neus me explicó después que allí había posibles inquilinos.

Me serví solomillo. La mujer a mi lado pidió pescado.

—No tolero la carne por la noche. Me altera la energía —dijo, con tono de decreto—.

Con el pescado, mejor un blanco biodinámico.

Al otro lado, una invitada despachó el futuro en tres frases:

—El neoliberalismo nos mata. Tengo ecoansiedad. Mis gatos son mis niños. La de enfrente remató el cuadro:

—Los Reyes son una tradición machista. El sistema quiere que compres, no que vivas.

Es mejor construir juguetes neutros, pero se necesitan ayudas.

Después, atacó el postre con convicción.

—Somos víctimas del sistema —dijo mientras comía a dos carrillos. Asentí. La revolución podía esperar hasta terminar la fiesta.

Miré a Lucía. Reía con una invitada. Yo solo quería que aquello acabara.

Brindamos. Desde el otro extremo, Lucía me sostuvo la mirada un segundo de más.

Sin sonrisa. Sin gesto amable. Solo la copa alzada. Pensé en un reproche antiguo.

Después recogimos las sillas. Carrillón, cuartos, doce campanadas. Tres uvas intactas.

—Sigues sin coordinarte —dijo Lucía, detrás—. Contar y tragar nunca fue lo tuyo.



—La edad no ayuda —dije, metiéndome las tres de golpe. Nos abrazamos. Breve. Preciso. Incompleto. Felicité a un invitado que me saludó.

Cuando me giré, Lucía ya no estaba. Solo quedaba su olor: perfume, cava, algo más.

Algo que pensé si debía seguir llevando encima o quitármelo cuanto antes.

Improvisaron una barra con whisky, vodka y tequila. Serpentinatas, confeti y gorritos completaban el decorado.

La fiesta avanzaba entre bailes torpes, felicitaciones de compromiso y buenos deseos de manual.

No volvimos a mirarnos. Lucía cruzó el salón. Nos acercamos. Bailamos. Lo justo para confirmar que el recuerdo seguía vivo.

Su perfume era otro. Su piel también. Nuestras manos, no: ellas aún sabían el camino.

Uno de sus dedos rozó la cicatriz de mi muñeca. Fue un segundo.

—¿Todavía te duele?

—A veces.

La canción terminó. Nos soltamos sin adiós, solo con pausa. Luego se alejó. O la dejó ir. A veces es lo mismo.

La fiesta siguió sin mí. O sin la parte que vino a buscar algo. Me serví otra copa, hablé con un posible inquilino, asentí sin oír.

Caminé hasta el ventanal. Marta estaba allí con una mujer de pelo rapado y una chapa que lo decía todo: «El alquiler es violencia».

—¿Molesto?

—Depende. ¿A discutir principios o a pedir un crédito emocional?

—Solo quiero alquilar el piso de mis padres. Legal. Sin complicaciones. Marta me miró en silencio.

—Lo legal no siempre es decente —dijo la del pelo rapado.

—No perder dinero. Cubrir gastos.

—Entonces no especules —dijo Marta—. Hazlo social. Dormirás mejor. Y no convertirás el piso en mercancía. Ni la memoria de tus padres.

La frase sonaba bien. Como si me absolviera sin confesión previa. Miré el reloj. Las cuatro.

—Gracias. Te llamaré y lo hablamos con detenimiento —mentí.

Justo antes de irme, la vi. Con un tipo de sonrisa brillante y una mano hábil sobre el brazo. Ella reía. No era su risa: era una copia. Más aguda, más breve, más por cortesía que por placer.

La mano hábil no se apartaba. Tampoco avanzaba. Lucía estaba en esa zona ambigua donde cada gesto decide si juegas o te retiras.

Me vio. Sonrió. Esa media sonrisa suya: ni invitación ni rechazo. No avancé. Tampoco ella.

Me di la vuelta y salí. El ascensor dormía. Bajé por las escaleras. Al pisar la calle, el aire me heló el aliento.

En el coche puse en marcha el motor. No avancé. Apreté el volante. Su olor seguía en mi ropa: perfume, cava. Algo más. Algo sin nombre. Quizá deseo. O duda.

El retrovisor me devolvió una silueta: capucha, paso rápido, la mirada en el suelo. Bajé la ventanilla.

—¿Lucía?

Se acercó.

—No te había visto.

—Mala hora para buscar un taxi. ¿Te llevo?

Subió. Perfume y nostalgia intactos. Su mirada no pedía volver a casa.

Le hablé del piso. Se interesó. Dijo que tenía una amiga buscando. Me preguntó cómo estaba. Le ofrecí verlo. Aceptó.

Aparqué frente al edificio. Esta vez no me temblaron los dedos al abrir la puerta.

Subimos. Encendí la luz.

Ella recorrió el pasillo. Colgó el abrigo. Se quitó los zapatos. Se volvió.

—Aquí sigue oliendo igual. A ti. Más joven.

No respondí. Solo la boca. Solo las manos. Solo el cuerpo. Desperté tarde. El lado izquierdo tibio.

Sobre la mesa, una nota:

¿Alquiler fijo o Airbnb? Todo depende de la modalidad. Debajo, un número de teléfono.

Sonreí.

Algunos pisos se alquilan. Otros te incluyen.

El resto: ruido y disimulo. —LH

# EL RUIDO



**MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ  
ROMERO**

**E**l ruido siempre le había servido de refugio. Cuando había voces alrededor, risas superpuestas, música demasiado alta, nadie notaba su silencio. Allí podía esconderse sin levantar sospechas, asentir cuando era necesario, sonreír en el momento justo. Nadie preguntaba qué pensaba. Nadie quería saberlo.

Aquella noche, sin embargo, el ruido pesaba más de lo habitual. La casa estaba llena, las copas chocaban, alguien había subido el volumen del altavoz hasta hacerlo vibrar todo. Desde fuera, desde cualquier mirada ajena, era una fiesta. Desde dentro, para él, era otra cosa.

Se apoyó en la pared del salón, con el vaso intacto entre los dedos. Observaba a los demás hablar con una facilidad que le parecía obscena. Opinaban, discutían, se contradecían sin miedo. Decían lo primero que se les pasaba por la cabeza y luego reían, como si las palabras no dejaran rastro. Él nunca había entendido ese milagro.

Había aprendido pronto que pensar no era el problema. El problema era decirlo.

Cada vez que algo le molestaba, cada vez que una idea le ardía en la lengua, aparecía la misma pregunta: ¿y si no gusta?, ¿y si incomoda?, ¿y si rompe algo que después no se puede recomponer? Así fue guardando frases, opiniones, desacuerdos. Al principio parecía prudencia. Con los años se convirtió en una costumbre. Después, en una condena.

Alguien se acercó y le preguntó si estaba bien. Respondió que sí, como siempre. Era una respuesta automática, casi elegante. Nadie dudaba de ella. Nadie sospechaba que por dentro acumulaba palabras como quien apila cajas en una habitación sin ventanas.

Recordó otras fiestas, otros encuentros. Recordó cenas familiares en las que tragó silencios más duros que la comida, trabajos en los que calló injusticias por miedo a parecer conflictivo, relaciones en las que nunca dijo “esto me duele” y terminó marchándose sin haber estado del todo. El patrón se repetía con una precisión cruel.

Callar tenía un precio que nadie veía.

Porque las palabras no dichas no desaparecen. Se quedan. Se transforman en nudos en el pecho, en cansancio sin causa aparente, en una tristeza que no sabe explicarse. Se convierten en una versión de uno mismo cada vez más pequeña, más dócil, más invisible.

En medio del bullicio, alguien empezó a contar una anécdota exagerada. Todos rieron. Él también, un segundo tarde, imitando el gesto general. Sintió una punzada de rabia, no hacia los demás, sino hacia sí mismo. ¿Cuántas veces más iba a elegir el silencio por comodidad ajena?

Abrió la boca para decir algo —no sabía exactamente qué—, pero se detuvo. El miedo apareció puntual, eficiente. Pensó en el ambiente, en las caras, en la posibilidad de arruinar el momento. Pensó que no era importante. Que ya hablaría otro día. Siempre había otro día que nunca llegaba.

Se dio cuenta entonces de lo cansado que estaba. No físicamente, sino de sostener una versión mutilada de sí mismo. De ser el que escucha, el que comprende, el que nunca incomoda. De vivir con una voz interna que gritaba mientras él sonreía en voz alta.

Dejó el vaso sobre una mesa y se acercó al balcón. El aire fresco le golpeó la cara. Desde allí aún se oía la música, las risas, la vida pasando sin él. Pensó que nadie le había prohibido hablar. El silencio había sido, en realidad, una elección aprendida.

No dijo nada aquella noche. No fue una revelación espectacular ni un discurso que cambiara el rumbo de la velada. Pero mientras miraba la calle vacía, se prometió algo pequeño y enorme a la vez: la próxima vez que una idea le pesara demasiado, la dejaría salir, aunque temblara, aunque no gustara.



Sabía que no sería fácil. Decir lo que uno piensa implica riesgo. Pero callarlo todo, lo comprendía ahora, implicaba perderse poco a poco.

Detrás de él seguía siendo una fiesta. Dentro, por primera vez en mucho tiempo, empezaba a escucharse.

—LH



# LA SIEMBRA DEL AIRE



**RAQUEL MARTÍNEZ  
RODRÍGUEZ**

**E**n el pueblo de Almagro, donde el suelo parece un mapa de cicatrices secas y el horizonte una línea polvorienta, a Eliseo lo llaman El Cultivador de Nubes. Es un título que arrastra desde antiguo, una distinción que camina entre la burla y la lástima. Pero él no lo escucha, o al menos ha aprendido a filtrar el ruido del mundo, el ruido que le hace daño. Eliseo no cultiva trigo, ni cebada, ni siquiera las hoscas vides que con las raíces retorcidas apenas sobreviven al sol de agosto. Cultiva aire, dicen. Está loco.

Cada mañana, antes de que el sol castigue la nuca, Eliseo sale a su parcela con la azada al hombro. Su tierra es una lengua de terreno que nadie quiso en el reparto de la herencia, un pedazo de nada situado en la loma más alta del pueblo donde el viento sopla con una saña que parece personal. Su técnica es extraña, no sigue las líneas de nivel ni las lógicas del regadío que una vez salvaron a la comarca. Eliseo traza ángulos obtusos, rombos que se entrelazan y espirales que parecen imitar el ojo de un huracán visto desde el espacio.

Los vecinos se detienen en el lindero apoyados en sus cayados de madera de olivo limpiándose el sudor con pañuelos de cuadros y riendo por lo bajo, con esa risa seca de los que han visto morir sus pozos. “¿Qué cosecha del cielo sino nada?”, se preguntan con voz agria, proyectando su propia frustración sobre la espalda encorvada de Eliseo. Él no responde, guarda

silencio y cava más hondo, consciente de que el polvo que levanta su azada no es tierra muerta, sino un útero que aguarda una semilla que solo el alma entiende. Él sabe que las nubes también germinan.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que la tierra no era enemiga, respondía. Eliseo cierra los ojos mientras descansa un momento, apoyando la barbilla en el mango de la azada, y deja que la memoria lo transporte a los veranos de su infancia. Entonces, Almagro no olía a polvo y olvido, sino a humedad y vida. Recuerda los días del mes de julio cuando el agua corría generosa por las acequias, produciendo un sonido musical que era el latido del pueblo y el verde de los prados hería la vista. En aquel entonces, el fin de la siega era un estallido de alegría colectiva. Las carretas volvían del campo cargadas de oro, y al caer la tarde, el pueblo entero se congregaba en la plaza bajo el frescor de los chopos y el vino corría entre las risas de los viejos. Era una fiesta que parecía no tener fin, que olía a trigo recién cortado, a vino dulce y a la piel húmeda de los jóvenes que bailaban al son de un acordeón desafinado. Era una celebración de la abundancia, una época en la que nadie miraba al cielo con miedo, sino con gratitud.

Hoy, ese recuerdo es un fantasma que duele. El paisaje ha sido devorado por una sequía que parece eterna, una ausencia de lluvia que ha vuelto a los hombres huraños y a los campos estériles. Todos han dejado de mirar hacia arriba, todos excepto Eliseo.

En su campo, sin embargo, hay una anomalía. En los bordes de sus surcos vacíos, allí donde la lógica dice que nada debería prosperar, crecen las amapolas. Son flores frías de un rojo tan intenso que parecen heridas abiertas en el paisaje grisáceo. Los demás las ven como malas hierbas, como testigos molestos de la inutilidad de su esfuerzo. Pero para Eliseo son sus únicas aliadas, las únicas que no lo juzgan, las que lo entienden con su fragilidad valiente, y él siente cómo tiemblan con él cuando sopla la duda, esa brisa gélida que a veces le recorre el espinazo y le susurra que quizás solo es un hombre viejo cavando su propia tumba.

Cuando el sol finalmente se rinde y se hunde tras las colinas, dejando un rastro de ceniza púrpura, el mundo entra en un trance extraño. La noche cae de golpe sobre la loma y el silencio reina entre Eliseo y su tierra. No hay testigos para su última vigilia del día. El silencio en Almagro es un muro espeso que separa la realidad de la fe.



Esta noche el aire tiene un peso distinto. Eliseo, sentado en el umbral de su pequeña caseta de herramientas con las manos llenas de ampollas y el corazón acelerado, siente un escalofrío que no es de frío, es una vibración en la raíz de los dientes y un cambio en la presión de sus oídos.

Un olor lejano empieza a desplazar el aroma rancio de la tierra seca. Las amapolas, que durante semanas habían permanecido agachadas bajo el sol, dejaron de temblar, se irguieron de golpe como soldados ante un general... esperando. Eliseo también se levantó. En el horizonte, más allá de las colinas calvas, una luz lívida empezó a parpadear. Era el latido de la electricidad acumulada. El aire, ese que todos decían que él cultivaba en vano, se estaba volviendo denso, líquido y pesado. Eliseo mira al cielo, y sonríe. Sabe que el horizonte no se tiñe de negro por casualidad, sabe que su labor no ha sido en vano, que su paciencia ha sido el ancla para lo que viene. Sabe que ha preparado el cauce para el desbordamiento.

Hoy, mientras la primera gota impacta sobre su frente, Eliseo sabe que la fiesta, la verdadera fiesta, está a punto de volver.

Mañana, cuando los vecinos despierten con el estruendo de los truenos contra el tejado y el olor a tierra mojada les devuelva la memoria, el pueblo recordará que el aire también se puede labrar.

Mañana cosechará tormenta. Y si no, volverá a cavar.

Pero hoy, por fin, puede dormir.—LH





# EGO TE ABSOLVO



ÁNGEL MECERREYES SANCHO

**P**adre, estoy esperando la absolución. Es obligatoria, ¿sabe? Así que, venga, haga de cura como es su deber. Y sin contar nada de lo que le he dicho, ¿eh? Recuerdo que también es su obligación, por eso he venido. Necesitaba contar mi vida a alguien, ya soy viejo y he pasado mucho, ahora me acuerdo de que soy católico y tiene que servirme para esto: una confesión de todo lo que ha sido mi vida, sin que tenga miedo de que lo sepa nadie más. Sólo necesito descargar mi alma, porque, ¿sabe? Sí, yo creo en el infierno y en el sufrimiento de después de la muerte. Mi nonna, mi abuela, no hacía más que decirlo, no tenía otra cosa en la boca siempre, miedo al más allá, ir al infierno. El demonio. *No hay nada peor y tú, Guiseppe, llevas mal camino, te condenarás, estarás eternamente en el infierno.* Ja, parecía adivina. Murió joven, no llegó a saber mucho de mis andanzas, seguro que fue al cielo, a su cielo, desde allí estará todos los días echándose las manos a la cabeza viéndome. Pobre mujer, ella sí que era buena, en fin, yo no he salido a ella, ni a mi mamma tampoco. Otra pobrecilla como su madre y también estará acompañándola en sus lamentos.

Los ojillos vivarachos del viejo seguían inquietos, aunque su voz sonaba cansada, desencantada. Tenía ochenta y ocho años, bien vividos, exprimidos en toda su intensidad, había visto de todo, experimentado de todo, aguantado de

todo. Su mundo no era fácil y no lo había sido para él, era un sobreviviente a los barrios bajos, a la violencia sin objeto, a la extorsión, asesinatos, secuestros, a la corrupción, de todo. Para seguir contándolo diariamente hay que ponerse del lado del que manda, del más fuerte, del poderoso, no destacar demasiado, lealtad a toda prueba y aguantar. Esa había sido su forma de vida, nunca le había parecido rara ni había pensado que podía vivirla de otra manera. ¿Era una fiesta? ¿Su vida había sido una fiesta? No, estaba seguro, simplemente se había acomodado al momento y la había vivido sin sobresaltos, resignado, como todos. Tuvo familia, sí, como todos. Tampoco había sido nunca cariñoso ni familiar, una obligación, una responsabilidad más. Ahora, en su vejez, estaba solo.

Incluso fue político en una legislatura, alcalde del pueblo, ¿podía haber hecho algo más (mejor) de lo que hizo? No, obedecía órdenes, más dependencia sin libertad. En aquellos años conoció al padre Silvio, párroco joven recién llegado con unas ideas modernas que les tuvieron enfrentados toda la vida. Quizá lo vertiginoso del día a día, el peligro constante, la conciencia de que cada día podía ser el último, no lo había dado tiempo a reflexionar; tampoco lo necesitaba, todos eran iguales en su ambiente, obedecían, aguantaban y vivían, mejor o peor, pero sin remordimientos. No podía ser de otra manera, era lo que había, su justificación para actuar así, su excusa.

Ahora, sin embargo, veía cerca su final y se sentía incómodo, temeroso, el futuro se le presentaba como un infierno, el mismo que su nonna le explicaba con voz monótona, pero amenazante cuando se quedaba a dormir en su casa, de niño. Muchas veces, muchas noches, después del recital de la abuela, su sueño estaba invadido de ese fuego del infierno, de miedo atroz, de cuernos y rabos largos, enormes tinajas de aceite hirviendo, de daños insufribles que no desaparecían por muchas oraciones que se le atragantaban en la boca; según la nonna era la única forma de evitar el infierno, ser bueno y rezar. Meter la cabeza debajo de la almohada y cerrar muy fuerte los ojos no le servía de nada. No, era más fácil confesarse, después lo comprobó, cuando ya hizo la primera comunión y, prácticamente sin pecados, se confesaba todas las semanas, la mamma y la nonna estaban encantadas, era un niño bueno.



*Ego te absolvo a peccatis tuis*, una fórmula mágica, todos tus pecados quedan perdonados porque represento a Dios y es él, quien, en su infinita misericordia, decide perdonarte. Pues qué bien. ¿Perdonarme o darme una nueva oportunidad de pecar? ¿Oportunidad de no volver a pecar o, ya que es tan fácil conseguir el perdón, volver a pecar? ¿No hay problema de reincidencia?

¿Se puede pecar tantas veces como se quiera y siempre, siempre, se consigue el perdón y una nueva oportunidad? Arrepentimiento y propósito de enmienda. Vale. ¿Y si no consigo enmendarme? Porque puedo arrepentirme realmente de lo que he hecho y confesado, pero ¿si reincido porque me es imposible no hacerlo? Recuerdo que la Biblia decía algo de «ojo por ojo» y a la vez, lo de «poner la otra mejilla»; si haces lo uno, venganza, no haces lo otro, oféndeme otra vez, no lo entiendo. Y ¿de qué vale ser bueno, cumplir las normas, no salirse del carril establecido, si quien no lo hace no recibe castigo alguno y se le perdona, dándole una nueva oportunidad de repetirlo? Al menos según la religión católica. Bueno, y también la propia sociedad actual inundada de buenismo hasta que el mal te aprieta directamente, entonces reaccionas olvidando todo ese buenismo impostado de moda, aplicando la lógica natural: la venganza, acción y reacción, mejor ojo por ojo, lo contrario te acomplejará toda la vida. Yo no puedo ni quiero cambiar. En estos últimos años he tenido tiempo para pensar, sé que mi arrepentimiento es selectivo, sí, hay muchas cosas que hice de las que me arrepiento y creo que ahora no lo haría, claro, depende también del momento, de la situación, de las propias órdenes —yo era un *mandao*—, de otras no sólo no me arrepiento, sino que las volvería a hacer, por supuesto. Por eso digo lo de selectivo, y ¿puedo arrepentirme en confesión sólo de unos pecados y no de otros? ¿Me perdona Dios todos a la vez? Porque lo tengo claro, selectivo es mi arrepentimiento y también lo es respecto al propósito de enmienda.

—Padre, estoy esperando. ¿Qué hacemos? ¿Me voy y me doy por perdonado o sigo esperando? ¿No será que no quiere darme la absolución? ¿Es eso? Bueno, padre Silvio, usted y nos conocemos desde hace muchos años, lleva cuarenta años aquí y seguro que ha recibido confesiones mucho peores que la mía, y seguro que les ha perdonado en nombre de Dios. Porque esa es otra, usted no es más que un *mandao*, como yo en lo mío, tiene que perdonarme, aunque no quie-

ra, es lo que le ordenan. Así que, venga, que ya llevo mucho tiempo arrodillado, soy viejo y me duelen las rodillas.

—Ego te absolvo a peccatis tuis in nómine... —Instintivamente bendijo al confesante al tiempo que hablaba casi susurrando—. Puedes ir en paz.

—¡Cómo! No me diga que no me va a poner penitencia, me he confesado de mis pecados y quiero que me imponga una penitencia. Es verdad que hace mucho tiempo que no me confesaba, ja, demasiado, ¿verdad padre? Pero me arrepiento de mis pecados y hago propósito de enmienda, así que debe ponerme una penitencia, eso no habrá cambiado ¿no?

—No, no ha cambiado. Bastante penitencia tienes con reconocer lo que has hecho durante tu vida. El tiempo que te quede lo pasarás recordando y, aunque no quieras, arrepintiéndote de todo ello. No te hace falta el propósito de enmienda, lo que has hecho no tiene enmienda ni perdón, salvo el de Dios y creo que ya no podrás repetirlo. Tu madre y tu abuela te enseñaron a rezar y a no pecar, recuérdalas porque estarán poco orgullosas de ti en el cielo al que tú no irás para acompañarlas. Tienes mi bendición obligatoria, personalmente creo que no la mereces, pero Dios es misericordioso y, como bien dices, yo le obedezco. No hay penitencia. ¡Para qué!

El padre Silvio, derrotado y arrepentido por no haber sido ese confesor clemente e indulgente que su profesión y su vocación le exigían, se levantó y salió del confesionario dirigiéndose a la sacristía. Creía haber sido justo, demasiado sincero, cumplió como sacerdote, pero no pudo dejar de expresarse como persona.

Oyó un estruendo, Giuseppe se había levantado con prisas y chocado con un banco en su afán por alcanzarle. No se volvió a pesar de las llamadas de atención que le hacía y que estaban violentando a las pocas personas que se encontraban dentro de la iglesia. Llegó a la sacristía, cerró la puerta después de entrar y dio vuelta a la llave que estaba puesta. Giuseppe llegó al momento y aporreó la puerta sin tener en cuenta el espectáculo que estaba proporcionando, en una iglesia y con unas cuantas personas que tardarían segundos en contarle a todo el pueblo. Fue consciente de ello y dejó de golpear la puerta, se tranquilizó inspirando hondo varias veces seguidas y se dirigió a la salida bien derecho, sin mirar a nadie. Mañana será otro día, pensó, ya veremos, se arrepentirá.

Al salir de la iglesia paró un momento antes de afrontar la escalera. Cuando entró hacía un sol espléndido, ahora el cielo estaba nublado con amenaza de lluvia, arrugó el gesto, mal augurio, pensó. Empezaba a tener demasiado presente, demasiado cercano el infierno, soñaba con él como cuando era niño, ochenta años no le habían servido de nada, le temía. No debería haber entrado a confesarse.

Se caló el sombrero y empezó a bajar la escalera, tres escalones después, cayó herido de muerte por dos disparos que resonaron como truenos en la plaza. Rodó hasta el final y quedó tirado, mirando al cielo con los brazos en cruz y sangre manando mansamente del pecho. Un rayo de sol se atrevió a traspasar la niebla y se estrelló contra la pétrea escalera de la iglesia.

**FIN**

**—LH**





# NO ES FÁCIL



CARLOS CAPRIOLI

[www.carloscaprioli.com](http://www.carloscaprioli.com)

**Y**a no es lo mismo que antes. No es más algo sencillo darse vuelta en la cama. Antes, moverse era fácil. Vale decir también que antes, pero muchos años antes, la cama en ocasiones era una fiesta. Ahora... Bueno, ahora ya no es como entonces. Ahora la cama se parece mucho a un instituto de rehabilitación. Son los años, dicen los expertos.

A cierta edad, agacharse también es un tema. Las coyunturas hacen ruidos extraños a los que uno, de a poco, se va acostumbrando. Aunque siempre hay lugar para algún cambio. Para peor, por supuesto. Por ejemplo, ese ruido que hasta ayer no era común se transformó en algo habitual pero mucho más aparatoso, como si le faltara un poco más de aceite a ese engranaje.

Alguien me confesó hace un tiempo que la edad no se mide por los años sino por los ruidos que hacen los huesos al moverse. Puede ser.

Y si agacharse es un tema, levantarse es más que un tema, es un disco completo. No es fácil. ¡Lo que cuesta!

Ya que hablamos de discos, pareciera que con el tiempo se fueron rayando los de la espalda.

¿No? Antes uno podía levantar algo del piso sin concentrarse primero, como si se fuera a realizar la gran hazaña de ganar el campeonato mundial de levantamiento de pesas. Ahora a veces se puede, aunque quedarse duro en el intento también es posible.

¡Epa! ¿Cómo puede ser? ¡Esto antes no me pasaba! Bueno, las quejas hoy no se atienden.

Habrá que volver mañana. Con turno.

Es demasiado todo esto. Mejor pasemos a otro tema más entretenido. Por ejemplo, lo que estábamos diciendo antes, darse vuelta en la cama. ¡Ah! Esto sí que ya es algo serio. A veces recuerdo lo fácil que era. A veces, porque con el paso del tiempo uno se va olvidando y puede llegar a pensar, erróneamente, que siempre fue así. No, hagamos memoria. En una época uno lo hacía sin pensar primero. ¿A ver? ¿Cómo hago? Que bajo una pierna, que me ayudo apoyando una mano en el colchón, que flexiono las rodillas... Es que el hombro, para citar un ejemplo concreto, en ciertas posiciones se manifiesta contrariado y se niega a seguir nuestras instrucciones. Alguien me dijo que es el manguito rotador. ¡Si será impertinente! ¿Cómo se atreve a desafiar las órdenes de girar el brazo hacia donde uno quiere! Uno antes mandaba las directivas a los músculos y estos respondían sin chistar. ¡Qué manguito ni manguito!

Bueno, finalmente, lo he logrado. A pesar de todos los dolores y todas las limitaciones ya me he ubicado. Listo para un buen sueño, aunque no es fácil conciliarlo últimamente.

Justo suena el teléfono. Aunque me estire no llego. Con una plasticidad propia del Cirque Du Soleil, bajo la pierna izquierda para poder estirarme lo suficiente para agarrar el celular con la punta de los dedos. Se resbala. Cae. Mala suerte, tendré que levantarme nomás. Lo logro después de unos segundos, los suficientes para que se corte la comunicación y me quede la llamada perdida. Quiero ver quién era, pero no me acuerdo dónde dejé los anteojos. Creo que están abajo, en el comedor. Ya que estoy levantado voy a buscarlos. No estaban allí, pero a pesar de todo me pone contento encontrar sobre la mesa las llaves del auto, que tanto había buscado. Después de recorrer la casa de Este a Oeste y de Norte a Sur, ¡Eureka!, finalmente encuentro mis gafas. No es fácil.

Vuelvo a la cama, con la intención de dormir, pero primero veo la llamada reciente perdida: "Telemarketing". Con toda la bronca del mundo me vuelvo a acostar, ahora con la intención de escribir, ya que con todas estas piruetas me despabilé. Otra vez a ubicarme en la cama, esta vez en posición semisentado. Si acostarse es difícil, sentarse en la cama para escribir es una tarea ciclópea. Comienzo ubi-

cando mis glúteos en el lugar que le permita a mi cuerpo la equidistancia entre la almohada y el borde de la cama, para no correr el riesgo de caerme. Una vez ubicados giro las piernas para taparme con las cobijas, con una mano sostengo la laptop y con la otra tironeo de las sábanas. La mala suerte quiso que la mano que dejé libre para cubrirme con la frazada es la que corresponde al brazo cuyo manguito rotador está enojado, y el dolor no me deja hacer el movimiento necesario para lograrlo. Apoyo la laptop en el suelo y consigo mi objetivo usando las dos manos para taparme, sólo para darme cuenta que ahora debo alcanzar la computadora que está sobre la alfombra, por lo que debo estirar el brazo izquierdo, que es el del manguito afectado, ya que si lo intento con el otro brazo debería girar todo el cuerpo, algo imposible que además conllevaría la posibilidad de caerme de la cama. Con un dolor intenso me estiro y consigo atrapar al bendito aparato. ¡Qué felicidad!

Justo en ese momento se me acalambra el pie derecho, por suerte ya sé cómo proceder, no entro en pánico, trato de mover los dedos hasta que cede la contracción muscular. Respiro hondo. Me tomo un minuto para descansar y, feliz de haber conseguido mi objetivo, vuelvo a ubicarme cómodamente en la posición deseada. No es fácil. Pese al dolor, espero que mis articulaciones me den una tregua para poder escribir, ya que de dormir ni hablamos, al menos por un largo rato.

Escribo dos palabras y de repente siento un vacío intenso. O mejor dicho, un lleno intenso. En efecto, esta vez la que se manifiesta contrariada es mi vejiga. A esta altura no se pueden ignorar estos llamados del interior. Es peligroso. Cuando hay que ir, hay que ir. No conviene aguantar. No es fácil.

Otra vez la perorata de siempre, que bajar una pierna, que pedirle permiso a la otra. Que ayudarse con el brazo, el que tiene el manguito rotador que aún obedece. Correr al baño. Una vez

efectuada la descarga del fluido elemento, volver a la carrera, inclinarse para ubicar los glúteos...

Etcétera. Ya sabemos.

Otra vez en la cama. Otro minuto para reponerme de la difícil tarea efectuada.

Sin embargo, sentado en mi bendito lecho, me siento feliz. Pienso que tengo suficiente voluntad para vencer a la

adversidad. Es una tontería, pero hablando los otros días con un amigo me comentó lo deprimido que estaba por los achaques que lo persiguen. Escuché con atención todas sus quejas. Cada uno tiene las suyas, Pero siempre debemos recordar que hoy en la sección quejas ya no atienden. Cerraron. Hay que volver mañana. Con turno.

A mí no me pasa. Es más, a veces, cuando no me duele nada, cosa infrecuente en los últimos tiempos, me siento hecho un bebé.

Uno tiene que pensar que siempre existe la posibilidad de estar peor. Todos sabemos que, como decía un señor muy Cortez, la vejez es la más dura de las dictaduras, por lo tanto no vale la pena deprimirse, conviene disfrutar de la salud que nos queda intacta. Yo recomiendo usar las partes del cuerpo que todavía no duelen, aunque no sean demasiadas. Simplemente trato de ignorar a la anatomía rebelde, sea esta el manguito rotador, el pie, los dedos, el codo, el hombro, la cintura, el cuello, la rodilla ... Los ignoro. Hago de cuenta que no existen. Les mato el dolor con la indiferencia.

No hay que dejarse caer anímicamente. No es fácil. Es cierto.

Y si en algún momento uno se cae anímicamente, hay que levantarse. Eso sí, conviene mirar alrededor. Si hay alguien durmiendo cerca, debemos tener cuidado, no sea cosa que al levantarnos nuestros huesos hagan mucho ruido. —LH



# AFTER



**DORIS YADIRA GUEVARA  
BERNAL**

**E**l día en que pensé que ya podía morirme estaba lavando una taza. La sostenía por el asa. La grieta rozó el pulgar. Era una línea fina, irregular. Incliné la muñeca. El chorro cayó directo adentro. El agua golpeó el fondo y rebotó, salpicándome la piel. El calor llegó tarde, después del sonido. Primero el golpe, luego la quemadura. Los dedos se tensaron. No los aparté. El cuerpo hizo ese cálculo breve, silencioso: cuánto aguanta, cuánto duele, cuánto falta para soltar. El vapor empezó a subir. No rápido. En capas. Se pegó al vidrio de la ventana lateral, lo volvió opaco. El jardín del vecino se borró por partes, como si alguien pasara una goma.

Giré la cabeza. El reloj estaba sobre la nevera. Las manecillas quietas un segundo antes de avanzar. Siete. Doce. Siempre lo mismo. Nunca variaba. Nunca llegaba tarde. Afuera, un motor tosió dos veces y arrancó. Las llantas crujieron sobre la grava. El sonido se alejó.

Adentro, el agua seguía cayendo. La taza seguía en mi mano. Y yo esperé un segundo más. La idea llegó entera, sin dramatismo, como un correo que se abre solo: Universidad. Trabajo. Casa. Pareja. Hijos...

Check. Check. Check.

Listo.

No hubo tristeza. Eso fue lo obsceno. Solo una calma parecida a la de los hospitales: limpia, blanca, anestesiada.

Era una fiesta. Lo decían todos. La vida era una fiesta. Yo había llegado temprano, me había puesto el vestido correcto, había aprendido a sonreír cuando tocaba. Sabía cuándo hablar,

cuándo callar, cuándo agradecer. El cuerpo cumplía. La cabeza organizaba. El alma —si todavía existía— no molestaba.

Mi pareja hablaba mientras yo masticaba. El sonido de los cubiertos contra el plato marcaba el ritmo.

Clerc. Clerc. Clerc.

—Hoy llamé al del seguro —dijo—. Subió un poco, pero nada grave.

Asentí. El bocado se me quedó atravesado. Masticar era un trámite largo, pastoso. Tragué igual.

—También habría que pensar en cambiar el carro el próximo año —continuó—. Ya no da para más.

Clerc. Clerc.

Clerc.

La luz del comedor caía recta sobre la mesa. Blanca. Sin sombras. Todo se veía limpio, ordenado, irrefutable. Mis manos descansaban a los lados del plato. Inútiles.

—Los niños están bien —dijo—. Eso es lo importante. Importante. Otra palabra que cerraba cosas.

—Estamos bien —repitió, sin mirarme, y apoyó la mano sobre la mesa, como quien pone un punto final.

El ruido del contacto fue seco. Madera contra piel. Acuerdo sellado. Yo asentí.

Tragué. Sonreí.

La sonrisa me quedó rígida, como una prótesis mal ajustada. Sentí el movimiento exacto de los músculos, uno por uno, obedeciendo. No había emoción detrás. Solo memoria corporal.

—¿Cierzo? —preguntó al fin, levantando la vista.

Lo miré. Vi su cara de siempre. Cansada. Tranquila. Segura. La cara de alguien que cree haber llegado.

—Sí —dije.

La palabra salió liviana, hueca, perfecta. Clerc.

Clerc. Clerc.

Seguimos comiendo. El reloj avanzaba. El mundo seguía funcionando. Yo también. Y en ese funcionamiento impecable, algo adentro mío se apagó sin hacer ruido.

Empujé la puerta de vidrio con la yema de los dedos. El frío me tocó la cara primero. Después los brazos. El aire no

se movía: vibraba. Un zumbido bajo, continuo, instalado en las paredes.

No se callaba nunca. Di dos pasos. El piso devolvió el sonido seco de los zapatos. En el fondo de la garganta apareció ese gusto viejo, agrio. El café llevaba horas ahí, oxidándose en las tazas. El papel guardado respiraba polvo. Todo entraba por la nariz y no se iba. Me senté. La silla crujió apenas. La tela raspó la parte de atrás de los muslos. La ropa empezó a tomar el olor del lugar, lento, persistente, como si alguien la frotara contra un archivo. Levanté la vista. Los tubos de luz estaban encendidos desde quién sabe cuándo. Blancos. Exactos. No titilaban. No dudaban. Caían rectos sobre los escritorios, sobre los papeles, sobre los cuerpos alineados. Nadie miraba hacia arriba. El zumbido seguía. Siempre el mismo. Como algo vivo que no encontraba salida.

Marta, recursos humanos, sonrisa de catálogo, uñas perfectas, me miró por encima de la pantalla.

—A tu edad deberías sentirte plena.

Lo dijo despacio. Como si fuera una instrucción. Como si la plenitud fuera un trámite pendiente.

A tu edad.

La frase se deslizó por el escritorio, pasó entre los papeles, me golpeó en el pecho y cayó al piso sin hacer ruido.

Treinta.

El número no tenía vértigo. No abría puertas. No prometía nada. Era una tapa. Pesada. Definitiva. Se cerró sola, con un chasquido seco, como las carpetas gruesas.

Plena.

La palabra quedó suspendida entre nosotras. Inflada. Perfecta. Inservible. No significaba nada concreto. No dolía. No ardía. No se podía tocar. Una palabra limpia para tapar cosas sucias.

Asentí. —Claro —dije.

Mi voz sonó estable. Profesional. Apta.

Marta sonrió un poco más. Anotó algo. Tal vez nada. Tal vez mi nombre. Tal vez un visto bueno invisible.

—Eso se nota —agregó.

No supe qué parte de mí estaba notando. El cuerpo derecho. La puntualidad. La ausencia de conflicto. Todo lo que no hacía ruido.

Salí de la oficina caminando normal. Ni rápido ni lento. El pasillo era largo, gris, perfectamente iluminado. Mis pasos sonaban huecos.

Pensé, sin emoción *si esto es plenitud, está mal diseñada*. Y seguí trabajando. El piloto automático tenía textura: áspera, repetitiva. La vida se movía sola. Yo la miraba desde atrás, como si ya no fuera mía. Cada día se parecía al anterior con una precisión insultante. Me despertaba, funcionaba, me acostaba. Y en el medio, nada.

Era una fiesta. Y yo ya no sentía la música.

Todo se fue a la mierda una noche cualquiera. Sin señales. Sin advertencias. Solo ruido. El cumpleaños de Ivana. Un bar lleno. Luces violetas. El suelo pegajoso. El aire espeso de sudor y alcohol barato. El bajo golpeando el pecho como una orden.

—¡Por fin! —me gritó Ivana, abrazándome—. Pensé que te habías muerto.

Reí. El sonido salió tarde, forzado. Me pusieron un vaso en la mano. El líquido frío bajó rápido. Ardió. Otro. Otro más. El cuerpo despertó de golpe, como un animal al que le abren la jaula a patadas. Bailé. No con gracia. Con rabia. El sudor me corría por la espalda. El pelo pegajoso en la nuca. La música anulaba el pensamiento. Bendita anulación. El ruido era una tregua.

—¡Esto es vivir! —dijo alguien, gritando.

Y algo se rompió. No afuera. Adentro. ¿Esto era? ¿Este era el famoso “vivir”? pero, solo era una fiesta.

La frase empezó a pudrirse ahí, entre risas abiertas de más, cuerpos chocando, besos sin nombre. Vi a mi pareja desde lejos. Quieto. Sosteniendo su bebida como si fuera un objeto extraño. Mirándome con una mezcla de sorpresa y reproche.

—Estás distinta —dijo cuando me acerqué.

Distinta. Como si hubiera cambiado de especie.

Salí a fumar aunque no fumaba. El aire frío me cortó la cara. En el andén, una mujer mayor bailaba sola, auriculares puestos, ojos cerrados. Movía los brazos lento, como si nadara en algo invisible. Nadie la miraba. Ella no miraba a nadie. No dijo nada. Pero su quietud me dio miedo.

Las semanas siguientes fueron una resaca larga. No de alcohol. De consciencia. Dormía mal. Comía peor. El cuerpo empezó a pasar factura: náuseas, mareos, punzadas que aparecían sin aviso. Yo las ignoraba. Siempre había ignorado lo importante.

—Te estás pasando —dijo mi madre por teléfono—. No eres así.



No sabía qué contestar. Tal vez nunca había sido nada.

Seguía saliendo. Seguía bebiendo. Seguía forzando la fiesta como quien golpea una máquina esperando que vuelva a funcionar. Cada noche era un poco más violenta. Cada mañana, más corta. Estaba viviendo lo que era una fiesta. Y yo estaba sangrando por dentro sin saberlo.

Las semanas siguientes fueron una sucesión de noches largas y mañanas cortas. Resacas que no eran solo físicas. El cuerpo dolía de maneras nuevas: la mandíbula apretada, la espalda rígida, el estómago revuelto sin causa clara. Pensamientos que aparecían en lugares incómodos: en la fila del supermercado, en el semáforo, en la ducha.

—¿Esto me gusta? ¿Cuándo dejé de vivir y empecé a cumplir? Mi madre llamó un domingo.

—No te reconozco —dijo—. Siempre fuiste tan responsable. Responsable.

Otra palabra como una losa.

En el trabajo, cometí errores mínimos, pero visibles. Llegué tarde. Olvidé reuniones. Marta frunció el ceño.

—¿Te pasa algo?

Quise decirle: ¡sí, me estoy muriendo de una forma que no sabría explicar! Pero respondí —No. Nada.

Era una fiesta. Y yo estaba exhausta.

El cuerpo eligió el momento. Siempre lo hace. No fue en una fiesta. Fue en la cocina. De día. Un dolor seco me dobló en dos. No gritó. No avisó. Me quitó el aire. Sentí el suelo frío en la mejilla antes de entender que estaba cayendo. El estómago se contrajo como un puño. La boca se llenó de un sabor metálico. Sangre.

El tiempo se volvió espeso. Voces lejanas. Pasos. Sirenas. Luces blancas. El techo del hospital pasando rápido sobre mí como una película mal editada.

—Hemorragia interna —dijo alguien—. Se está yendo.

No sentí miedo. Sentí fastidio. Como si la vida estuviera exagerando.

Luego vino el famoso túnel. No oscuro. No luminoso. Un pasillo de imágenes. Vi a mis hijos. No como recuerdos. Como fragmentos. Videos cortos, granulados, reproduciéndose dentro de una película antigua. El rollo avanzaba solo. Sus risas. Sus manos pequeñas. El olor de sus cabezas cuando dormían.

Entendí. No con palabras. Con el cuerpo. No me estaba muriendo yo. Los estaba dejando. Grité. No sé si con la boca o con otra cosa.

—¡Hijueputas! ¿Me van a dejar morir?

No era una súplica. Era rabia. Era apego. Era amor sin poesía.

El cuerpo volvió de golpe. Como una patada. Dolor. Tubos. Luces. El pecho subiendo y bajando con violencia. Alguien dijo:

—Volvió.

Volví sabiendo que había estado es un lugar al que el cuerpo no entraba entero y que yo había vivido como si no importara.

La recuperación fue lenta. Humillante. El cuerpo frágil. Dependiente. El espejo devolviendo una imagen ajena. Un embarazo silencioso y mal implantado me había sacado por sorpresa de escena. La fiesta había terminado. No hubo aplausos. Solo silencio.

Entendí entonces la crueldad completa. No me había enfermado por salir, ni por beber, ni por bailar. Me había enfermado por abandonarme. Por vivir desconectada del centro, del cuerpo, de la verdad incómoda.

Una mano en el pecho no fue calma, pero comprobé que yo todavía estaba allí. Ese latido llegó como sentencia. Y ya no había anestesia que la tapara.

Algunas personas se fueron. Otras no supieron qué hacer conmigo.

—Antes eras más alegre —dijo Ivana.

—Antes estabas más tranquila —mencionó mi pareja. Antes. Antes estaba anestesiada.

La fiesta ya no era afuera. No tenía luces ni alcohol ni aplausos. Era interna. Silenciosa. Brutal. Una fiesta donde cada invitado era una parte mía que había dejado esperando.

Un día volví a lavar la taza. La misma. La grieta seguía ahí. El café se enfrió rápido. Sonreí. Pensé otra vez la frase. La dejé caer despacio, como una piedra en agua quieta.

Era una fiesta.

Esta vez, por fin, yo estaba adentro. Y casi muero sin saberlo. —LH

# NADIE ME CORRE



SERGIO CARRASCO RUIZ

[www.instagram.com/vozdelapiedra](https://www.instagram.com/vozdelapiedra)

Nadie me corre. Me perseguían. No por maldad, sino por juego. Por esa forma salvaje de reír con los pies, de saltar sobre el polvo y el mediodía, de convertir el aliento en viento y el corazón en un tambor desbocado. Como si la vida fuera una única carrera entre luz y carne, y el único deber sagrado fuese gastar ambas hasta el fondo, hasta no dejar más que jadeo y cielo en los ojos.

Corrían detrás de mí.

Yo huía.

Nos tocábamos con el filo del sol, rozando el abismo de una caída que nunca llegaba, parte esencial del pacto. Un roce de calor y sombra que nos definía.

Eran pequeños, salvajes, eternos. Cuerpos hechos de grito y rodilla raspada, de uñas con tierra y trenzas deshechas por la velocidad.

Me daban nombre sin saberlo: yo era «la base», «el refugio», «el ya te pillé», «la meta». Yo era la sombra que se alargaba en la plaza cuando sonaba la campana, el límite mágico que todo lo permitía. El banco de piedra áspera que quemaba en agosto, la corteza del árbol que guardaba iniciales y promesas minúsculas, el chorro frío de la fuente que curaba el sediento: todo servía de frontera y de salvación. Nadie pensaba en el final. Era una fiesta sin reloj, y duraba lo justo para creer, de verdad, con una fe absoluta y sudorosa, que el tiempo obedecía únicamente a nuestros pulmones agitados.

Hasta que dejaron de venir.

Primero cerró la escuela; su portazón fue un primer epítafio de metal oxidado. Luego enmudeció la fuente; la garganta de cemento se secó para siempre, olvidando la melodía del agua. Después, la plaza se quedó sin centro, sin ese punto imantado que atraía las trayectorias locas, los giros bruscos. La vaca blanca y lenta dejó de cruzar a su hora. Ya no hubo que frenar el juego en seco, agacharse entre risas sofocadas y esperar a que pasara con su parsimonia de nube, un testigo indiferente y necesario.

Ahora soy una silueta larga y desdibujada sobre un banco sin muslos que la calienten. Me estiro al anochecer, por si alguna risa antigua regresa navegando en el viento, pero solo oigo campanas que repican a lo lejos, campanas que ya no marcan recreos, sino horas muertas, fracciones vacías. El eco llega plano, desprovisto de la urgencia del chocolate y la merienda, de ese rumor de papel de aluminio y zumo.

El columpio se balancea sin nadie, chirriando una pregunta oxidada al vacío.

El árbol ya no escucha secretos; sus raíces, profundas y sabias, olvidaron el temblor ligero de las carreras, el morse de las pisadas.

La tierra, aunque fértil y generosa, ya no conoce el peso repentino de una mochila abandonada en la derrota, ni la huella concreta de una suela pequeña que frena en seco, levantando un remolino de polvo y hierba.

A veces, en verano, vuelven. O algo que se les parece. Traen heridas nuevas en las piernas y pantallas encendidas en las manos, islas de luz azulada y fría en la penumbra dorada del atardecer. Juegan, sí, pero menos conmigo y más con la luz que sale de sus dedos. Su persecución es virtual, silenciosa; su refugio, una batería con porcentaje menguante. Miran a través de un cristal, absortos, y yo ya no estoy del otro lado. Soy invisible para ese nuevo sol.

Nadie me corre.

Nadie me nombra.

Nadie me elige, ya, como testigo o como cómplice.

Y eso, para quien fue el juego mismo, la regla secreta y la línea de llegada, no es solo el olvido, la paz o el descanso.

Es el principio mismo —lento, íntimo, inexorable— de la muerte de una sombra. —LH



# LA ÚLTIMA HABITACIÓN



**ANA ISABEL MARTÍN  
FERRERO**

**N**unca pensé que una vida pudiera medirse en habitaciones. No en años, ni en ciudades, ni en personas, sino en los espacios donde uno decide quedarse o donde la vida te obliga a entrar.

Las primeras habitaciones que recuerdo están llenas de ruido: juguetes, discusiones de madrugada que yo no entendía, y una frase que mi padre repetía demasiado a menudo: “Todo mejorará cuando crezcáis”. A veces pienso que crecer fue precisamente lo que lo empeoró todo.

Más tarde llegaron otras habitaciones: dormitorios alquilados, oficinas sin ventanas, cocinas que parecían siempre prestadas.

Espacios que marcaban etapas que yo encadenaba sin pensar, como si la vida fuera un corredor largo y yo no pudiera hacer otra cosa que avanzar por él.

Y luego estuvieron esas habitaciones.

Las de la residencia en la que entraba cada jueves, siempre a la misma hora, siempre con el mismo nudo en el estómago. Mi madre me esperaba sentada, con una manta hasta las rodillas y una memoria que iba y venía como las mareas.

– Hoy estás distinto – me decía a veces –. ¿Has dormido mal?

No sabía cómo explicarle que había dormido mal desde hacía años.

Que uno se acostumbra a vivir con agujeros, hasta que se vuelven casi cómodos.

Aquel jueves, sin embargo, todo cambió.

La enfermera me recibió con una expresión rara: una mezcla entre prisa y respeto.

Hoy no estará en su habitación – dijo –. La han trasladado.

Noté un tirón invisible en el pecho.

¿A cuál?

Me señaló un pasillo que nunca había recorrido.

La última habitación del ala norte.

La última.

Era una palabra demasiado contundente para decirla sin cuidado.

El pasillo era estrecho y silencioso, como si contuviera la respiración. Hacía frío, un frío distinto al habitual en aquel edificio. Y mientras avanzaba, no podía evitar revivir todas las habitaciones que había visitado junto a mi madre: la del hospital cuando se cayó por primera vez, la que compartía con otra mujer que hablaba dormida, la que tenía vistas al patio donde siempre había palomas.

Pero ninguna me había inquietado tanto como aquella. La puerta estaba entreabierta.

Empujé despacio.

Mi madre estaba allí, pero no estaba como otras veces.

No miraba por la ventana ni me buscaba con los ojos. Tenía la mirada quieta, como si estuviera escuchando algo que sucedía muy lejos.

Hola, mamá – susurré.

Ella tardó en girarse. Tardó demasiado.

Pensé que no vendrías – dijo al fin.

Me acerqué y le cogí la mano. Estaba helada.

¿Estás bien?

Sonrió, pero era una sonrisa que no me alcanzó.

Hoy ha sido distinto – respondió –. Muy distinto.

Me senté a su lado. La habitación era mínima, apenas una cama, una lámpara amarillenta y un mueble bajo donde habían colocado una foto mía de cuando tenía nueve años.

Nueve años...

La edad en que todo se rompió en nuestra familia.

¿Recuerdas cuando celebrábamos tu cumpleaños? – preguntó de pronto –.

Siempre decías que querías globos rojos y música alta.

Reí, aunque no me acordaba de nada.

Me acuerdo poco, mamá.

Claro que te acuerdas – insistió –. Aquello... era una fiesta.

Cuando dijo la frase, algo se movió dentro de mí. Como si

una puerta antigua se hubiera abierto.

Yo tenía nueve años.

Mi hermana, siete.

La fiesta no era nuestra. Era la de los vecinos del cuarto. Mi hermana se escondió jugando.

Yo debía encontrarla. No la encontré a tiempo.

Mi madre bajó la mirada, como si hubiera leído mis pensamientos.

No te lo dije nunca – dijo, con un hilo de voz –, porque pensé que te protegería: tú no podías haberla salvado. Ningún niño podría. Ninguno.

Tragué saliva.

Habíamos pasado veintisiete años evitando esa conversación.

Yo también quería esconderme – susurré –. Para no sentirme culpable cada día.

Mi madre asintió muy despacio.

Lo sé. Por eso estás aquí hoy.

Noté un escalofrío. No entendía del todo lo que quería decir.

¿Por eso... me esperabas?

No – corrigió ella –. Por eso has venido a despedirte.

Fue como si alguien hubiera apagado todas las luces de la habitación, salvo la lámpara amarillenta.

Sentí que el mundo se inclinaba bajo mis pies.

¿Despedirme?, mamá, no, por favor...

Ella me acarició la mejilla. Hacía años que no lo hacía.

No tengas miedo – dijo –. Ya he estado en todas las habitaciones del pasillo. Esta es la última. La de descansar.

El monitor, a su lado, seguía marcando constantes, pero eran lentas, agotadas. Frágiles.

Me incliné sobre ella.

Mamá, no me dejes aún.

Hijo... – y su voz sonó más clara que en meses – No he venido para dejarte. He venido para devolverte lo que te quité.

Me quedé rígido.

¿Qué me quitaste?

Tu infancia, tu alegría, tu derecho a romperte cuando lo necesitabas. Te pedí que fueras fuerte demasiado pronto.

No pude responder. Las lágrimas me caían sin disimulo. Ella apretó mi mano, con una fuerza inesperada.

Perdóname.

Y entonces lo entendí.

Todas esas habitaciones a las que había ido durante años no eran de ella. Eran mías.

Cada visita era un intento de ordenar lo que la culpa había desordenado en mí.

La última habitación no era un lugar físico.

Era este momento: el único en el que por fin nos atrevíamos a decir la verdad.

La luz de la lámpara parpadeó.

Mi madre respiró más despacio, como si se despidiera del aire.

¿Puedo... quedarme contigo? – pregunté.

Claro – susurró –. Ya no quiero que te escondas.

Apreté su mano.

La sentí aflojarse, como una cuerda que se suelta al fin después de demasiada tensión.

Cuando el monitor emitió un pitido largo y continuo, yo no lloré más. Solo respiré hondo, por los dos.

Me quedé a su lado mucho después de que la enfermera entrara. Mucho después de que apagarán la luz. 7

Porque, por primera vez en mi vida, ya no me daba miedo estar en una habitación. La última habitación.

La que, sin saberlo, había estado buscando desde niño. —LH





# VIDA DE PERROS



**LOU W. MORRISON**  
(SEUDÓNIMO)

[www.instagram.com/lou\\_wild\\_morrison\\_](https://www.instagram.com/lou_wild_morrison_)

—¿M e das un cigarro?

—Claro—sacó la cajetilla y un mechero y esperó a que él extrajera por sí mismo uno de los cigarrillos—. ¿No se supone que vosotros sois los que tenéis que asegurarnos de que ya prácticamente nadie fume en ningún sitio?

—Sí, se supone—pasó del mechero y se encendió el cigarrillo aproximando las puntas de ambos cigarrillos—. Pero si tú no dices nada, yo tampoco—tras dar una calada miró al edificio junto al que estaban detenidos y luego preguntó—. ¿Estás en tu descanso?

—Más bien disfrutando de las últimas horas que me quedan trabajando en esta mierda de sitio.

—¿Y eso?

—Nadie hace nada. Si te quejas todavía la culpa es tuya y encima te llevas la bronca cuando eres tú quien está dando el callo.

El musculoso agente de policía de rizados cabellos naranjas que escondía su mirada tras unas gafas estilo aviador que le daban un toque bastante setentero se puso debajo de una de las ventanas del edificio y tras izarse a pulso miró en el interior de las oficinas. Allí un montón de chonis desatendían sus cabinas de teleoperador, acumulando lucecitas, demasiado preocupadas del cuidado de sus uñas cuando no de

compartir, cuan cacatúas de estridentes plumajes, los más diversos cotorreos. Sin duda parecía que era una fiesta más que una jornada laboral.

—Ya veo—se dejó caer y tras dar una calada con la vista clavada en la ventana volvió a la conversación—. Es una auténtica mierda, te entiendo.

—No pasa nada, Pope—se encogió de hombros—. Solo espero que la supervisora de sala no me dé mucho por saco escribiendo alguna sarta de mentiras en mi expediente que pueda joderme el conseguir lo antes posible un nuevo curro. Ya sabes, por lo de las referencias y eso.

Él asintió mientras se quitaba el cigarrillo de entre los labios sin romper el contacto visual.

—Me encantaría ayudarte, pero con las nuevas leyes tengo las manos tan atadas y la mordaza tan prieta como tú.

—Mejor no hacerse mala sangre, que luego vienen las úlceras como la que tiene mi viejo. Él volvió a asentir y dejó caer el cigarrillo para apagarlo con la puntera de su bota.

—En fin.

—Nos vemos, Popeye.

—Nos vemos.

El agente de Policía Nacional, al que todo el mundo conocía como Popeye, salió del callejón y volvió a montarse en su Zero Motorcycles de patrullaje urbano. Antes de arrancar cogió el micrófono de la radio para informar.

—Tras un pequeño descanso me reincorporo, gente.

—Cada vez duran menos, Pope—llegó una voz masculina desde el otro lado de la línea—

. Vas a tener que mirártelo.

—Vete a la mierda, Zack.

—Recuerda que soy tu superior—una risa divertida llegó desde el otro lado de la línea anulando cualquier severidad en el tono de la frase.

Popeye negó con la cabeza mientras se ponía el casco. Zacarías Eliot y él habían sido cadetes en la misma promoción, pero, dos años después de graduarse, él estaba cómodo donde estaba y Zacarías había decidido promocionar a oficial.

—Por mucho que me lo repitas no te voy a tomar más en serio, recuerda que sé que tu madre te borda los calzoncillos entre otros secretitos que prefieres que no me ponga a revelar.

—Eres un mal subordinado y un compañero de piso asqueroso.

—Pero te encantan mis albóndigas.

Un chasquido de lengua llegó desde el otro lado de la línea.

—Cabrón, sabes por dónde cogerme.

—Arranco y reanudo el servicio—y colgó la radio mientras hacía exactamente lo que acababa de decir.

El que le asignaran para patrullar el barrio de Vallecas había sido la mejor noticia para él pues se había criado en la Villa, al otro lado de la avenida de la Albufera y no muy lejos de la actual estación de Sierra de Guadalupe. Todos los días recorría un callejero en el que se podía encontrar ilustres nombres del mundo del espectáculo, la cultura, la historia e incluso algún que otro bandolero de altos vuelos que hizo fortuna durante los tiempos del tío Paco.

Popeye se asomó un instante a la calle Payaso Fofó cuando su motocicleta rebasaba el Estadio de Vallecas y luego siguió bajando la Avenida de la Albufera hasta la parada de metro de Nueva Numancia, un poquito antes de llegar a esta, detenido en un paso de cebra, se quedó mirando al punto de la calle donde mucho tiempo atrás había estado el mítico cine Excelsior del que se contaba que había albergado a grupos de extrema derecha

cuando la sala se cerró. Lo cierto es que nada hace más mítico a un barrio que albergar cientos de leyendas en sus calles y estaba claro que Vallecas es uno de los barrios más míticos que han existido y existirán.

En estas estaba cuando algo le hizo girar para meterse por una de las calles que llevaban directamente al Bulevar del Puente de Vallecas. Fue justo cuando alcanzaba este que escuchó gritos y súplicas provenientes del transitado paseo y enseguida vio a un grupo de tres individuos que arrastraban a una adolescente al interior de un portal. Sin pensárselo atravesó la zona peatonal con su vehículo alcanzando al último de los violadores antes de que la puerta se cerrara. Con un solo movimiento incrustó el rostro del desgraciado contra el portón y lo dejó ahí inconsciente para que sirviera de tope mientras poniéndose los guantes atravesaba el umbral para sumergirse él también en el portal. La chica gritaba y se revolvió por lo que el otro par de malnacidos estaban demasiado ocupados para oírle acercarse. Agarró del pelo al que le pillaba más cerca y le hundió el cañón de su revólver Colt Detective Special 38 CTG en el punto donde un toreiro daría la puntilla al morlaco.

—¡A ver, par de hijos de la gran puta! Vais a dejar en paz a la chiquilla, os vais a tirar al suelo boca abajo y vais a contar hasta que me salga a mí de los cojones o hasta que mis compañeros lleguen—cosa difícil esta última porque no le había dado tiempo a dar parte—. Mientras tanto rezad porque esta pobre niña no tenga mácula alguna sobre su piel, menos aún un hueso roto o lo que le he hecho a vuestro amigo se va a quedar en un juego de niños con lo que os espera si me entero de que habéis hecho algo más que asustarla.

Acompañó a la chica fuera del portal e hizo que no se enteraba cuando esta, llena de rabia, le partió varios dedos de la mano a uno de sus violadores con un pisotón.

—Ahora, cielo, voy a tomarte la declaración preliminar, pero antes tengo que avisar a unos amigos para que traigan el camión de la basura y se lleven a estos mierdas.

Popeye agarró la radio y dio el código correcto al tiempo que pedía refuerzos para llevarse a los tres violadores detenidos.

—Alto y claro, Pope—la voz de la agente Andrea Hood llegó desde el otro lado de la línea—. Estamos aparcados cerca, enseguida que te cuelgue saco de la oreja a tu amigo del Rodilla con bandeja de sándwich o sin ella.

—Corto y cambio, Andy.

Tal y como se lo había prometido, en tanto en cuanto esperaban la llegada del coche patrulla con el oficial Zacarias Eliot y la agente Andrea Hood en su interior, le tomó la declaración preliminar con esa habilidad tan propia de él para hacer sentir cómoda a cualquier persona en cualquier situación. En cuanto estuvo todo y los tres degenerados fueron empaquetados en dirección a la comisaría, Pope se ofreció a acompañar a la chica al hospital antes de tramitar la denuncia, pero esta prefirió que mejor la acompañara a su casa pues allí podía hablar con sus padres antes de ir con ellos a urgencias. Así que, tras complacerla y tranquilizar a los alterados padres, se despidió ofreciendo su ayuda en todo lo que necesitaran asegurándoles que contarían con su testimonio de los hechos en la causa. Caminó de regreso al bulevar. Una vez allí aparcó la moto justo delante del local donde sabía que podría saciar la rabiosa sed que le quemaba por dentro después de lo que acababa de ocurrir. Antes de entrar se puso los guantes y metió el revólver junto a su arma reglamentaria y la placa en la alforja e inmediatamente después atravesó la puerta.



Apenas un minuto después el obeso cuerpo de un individuo hizo el camino a la inversa de una forma bastante violenta, tenía el rostro y la camisa empapados de sangre y algunos restos de vidrio, procedentes del vaso contra el que le habían reventado la cara, incrustados en mejillas, frente, barbilla y labios. Enseguida Popeye se reunió con él en el exterior.

—La próxima vez que tú o alguien de tu depravada sangre le haga daño a algún inocente...—se acuclilló junto al gimoteante gordo y le agarró de la oreja para que le escuchara mejor—. Yo me ocuparé de haceros sangrar uno a uno sin que importe cuál de vosotros ha cometido el delito.

Tras incorporarse pateó al hombre antes de subirse a la moto, había acabado su turno. Tras dejar su transporte en Portazgo y cambiarse en los vestuarios decidió enfriarse dando un paseo; sus pies lo condujeron hasta el parque del Cerro del Tío Pío.

—Hola de nuevo.

La chica que coronaba su cabeza con una cresta de un rojo vivo y vestía pantalones y cazadora de cuero bajó la cámara de fotos y miró sonriente a Popeye.

—Hola, Pope. ¿Qué tal terminaste la jornada?

—Ya sabes, a base de músculo y espinacas— flexionó los bíceps mientras imitaba el pitido de una locomotora.

La chica estalló en carcajadas.

—A mí al final, tal y como auguré, me esperaba la carta de despido al acabar la jornada. Se quedaron mirándose con una sonrisa irónica colgando de ambos rostros.

—Qué vida de perros.

—¿Me invitas a una cerveza, Pope?

—Por supuesto, cielo. Nos hemos ganado eso y una buena ración de patatas bravas. —LH



# UN NUEVO COLEGIO



FERNANDO ARMAS PÉREZ

[www.fernandoarmas.com](http://www.fernandoarmas.com)

**M**is padres me habían dicho que el primer día era una fiesta, que se abriría una puerta para conocer a nuevos amigos y aprender muchas cosas con fascinación. Aun así, en mi estómago se revolvían nubes de inquietud; la idea de entrar en una clase repleta de desconocidos me pesaba como la piedra de nuestro jardín que a veces uso de asiento.

Vestido con el uniforme recién planchado, mamá me ayudó a colgarme la mochila y, con su incesante charla, subimos al coche. Sus palabras flotaban a mi alrededor, pero yo solo observaba una ciudad desconocida, muda y distante que se deslizaba tras la ventana.

Al llegar, me llevó de la mano hasta la puerta del aula. Mamá y la maestra intercambiaron palabras ajenas a mí. De pronto, la figura de mamá se desvaneció en la curva del pasillo y otra mano tomó la mía.

El aula era inmensa. O tal vez todo el colegio lo era. Los pasillos se extendían en interminables laberintos, y el bullicio de los niños corriendo y gritando que me envolvía distorsionaba el espacio hasta marearme. Me asignaron un asiento junto a la ventana.

Me invadió el alivio; al menos podría mirar hacia fuera cuando las voces se tornaran insoportables.

Las horas pasaron sin sobresaltos. La maestra habló del curso, presentó a los demás, pero yo me mantuve en silen-

cio, decorando mis libretas con pegatinas, mientras las risas y charlas se sucedían a mi alrededor, distantes, inalcanzables. De vez en

cuando, los sonidos fuertes me obligaban a taparme los oídos, para buscar refugio en mi pequeño rincón.

Todo seguía su curso hasta la hora del recreo. Me senté apartado en el patio, con la mirada fija en el cielo, buscando respuestas que no sabía formular. Entonces, un chico que no había visto antes se acercó. No llevaba uniforme; vestía una camiseta blanca y pantalones cortos, y una melena desordenada caía sobre sus ojos.

—¿Por qué no juegas con los demás? —preguntó, curioso.

—No sé... prefiero estar aquí —murmuré encogiéndome de hombros.

Su sonrisa no era como las otras. Había en él una sensación extraña, algo que no pertenecía a aquel lugar. No podía describirlo. Lo sentía ... enigmático.

—Me llamo Tomás —dijo.

—Alejandro —respondí.

—Vas a querer jugar conmigo, Alejandro, ya lo verás.

No supe qué responder. En ese momento, la música que marcaba el final del recreo sonó, y la maestra, que había aparecido como una sombra protectora, me tomó de la mano. Me guio de vuelta al aula. Miré atrás, buscando despedirme de Tomás, pero ya no estaba.

Desde mi asiento junto a la ventana, lo vi. Estaba solo en el patio, con las manos en los bolsillos, observando el edificio. Surgieron nuevas preguntas que me habría gustado hacerle.

—Hay un niño nuevo en la escuela, se llama Tomás —dije a la maestra, con la voz que no había usado—. Los otros no lo ven. Me llaman autista, ¿es verdad? Me lo dijo Tomás.

La maestra permaneció en silencio unos segundos. Luego, posó una mano cálida en mi hombro.

—Claro que Tomás está aquí, Alejandro. Pero solo tú puedes verlo, porque eres especial.

La miré con una expresión que no supe descifrar. Ella me devolvió una sonrisa.

—¿Puedo invitar a Tomás a sentarse conmigo?

—Por supuesto, invítalo.

Abrí la puerta del aula, y allí estaba Tomás. ¿Sabía que lo iba a invitar al aula?



—Vine a buscarte —le dije suavemente—. Necesito que te sientes conmigo.

Se sentó a mi lado, y el aula dejó de parecerme un lugar extraño. Con Tomás cerca, todo cobraba sentido. Aunque no pudiera hablar con los otros niños, con él sí podía, y eso me bastaba.

Al final del día, mamá me tomó de la mano. Temblaba y noté sus sollozos mientras la maestra le hablaba en voz baja. Yo observaba, pero mis pensamientos estaban con Tomás, con su despedida en el aula.

—Adiós, Tomás —susurré, mientras él cerraba la puerta, despidiéndose en silencio.

La placa del aula, adornada con pequeños marcianitos verdes y apenas sujeta por una chincheta, se tambaleó. Decía «AULA ENCLAVE GRUPO A».

—Volveré mañana —murmuré, sabiendo que Tomás estaría allí, siempre, esperándome. —LH

